

# PROFECÍA

LA MAFIA ES SOLO EL COMIENZO



RAQUEL ATTARD

TERCERA ENTREGA

# **PROFECÍA: LA MAFIA ES SOLO EL COMIENZO**

**Raquel Attard**

*Saga MAFIA*

*Libro 3*

## **Sinopsis**

Quedan muchas cosas por descubrir y muy poco tiempo para hacerlo. Una muerte que resolver, una traición que vengar, demasiados misterios ocultos están empezando a salir a luz.

Secretos, mentiras. Amor. Traición... Blake por fin tiene a Álex de su parte. Es hora de luchar juntos. Pero, ¿se pueden fiar el uno del otro? ¿pueden confiar en la familia?

Los enemigos están mucho más cerca de lo creen. Y no tardarán en averiguarlo.

Aquí está la mafia más oscura que nunca y esto es solo el comienzo...

## Copyright

Título original: PROFECÍA: LA MAFIA ES SOLO EL COMIENZO

©RAQUEL ATTARD

Primera edición, agosto de 2020.

ISBN: 9798668814343.

Sello: Independently published.

Diseño: Raquel Attard.

Licencia: Todos los derechos reservados.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículo 270 y siguientes del Código Penal).

Los personajes y los hechos narrados son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

¡Gracias por adquirir este libro!

¡Estoy deseando saber tu opinión!

¡Te espero!



Y si te gusta, te invito a leer otras de mis historias en Amazon.

- **Haz que cuente.**

- **Bendita locura.** *(Haz que cuente 2)*

- **Te lo concedo.** *(Haz que cuente 3)*

- **Realidad: la Mafia es tu vida.** *(Mafia 1)*

- **Superstición: el poder de la Mafia.** *(Mafia 2)*

## **Nota de autora**

En este libro se mencionan personajes de la Saga Haz que cuente. No hace falta que leáis esa saga para entender esta historia, aunque os invito a hacerlo si queréis conocer mejor a los personajes.

¡Feliz lectura!

*No se puede vencer  
a alguien que nunca se rinde.*

*Babe Ruth.*

## Prólogo

*Un mes antes.*

### ROBERTO MARCONNI

Me levantaba cada día con la misma pregunta rondando en mi cabeza. ¿Será hoy el día de mi muerte?

A las personas que llevaban una vida como la nuestra, la muerte las acechaba constantemente, escondida entre las sombras, esperando el momento propicio para hacer su aparición.

La vejez, tal y como la entendíamos concebida, era un lujo que solo unos pocos afortunados podrían alcanzar.

Mis padres habían tenido esa suerte, aunque también ellos estaban acostumbrados a convivir con la muerte, de una forma u otra.

Nos pisaba los talones.

Era puro arte.

Magia.

El resultado final.

Y en cierto modo, incluso la deseaba. Dejar atrás todo lo que me ataba a este mundo y descansar.

Pero no lo haría.

La realidad era que ardería para toda la eternidad, tal y como prometían las llamas del infierno. Porque, aunque siempre había procurado ser una persona justa y honesta, tenía que reconocer que no era una buena persona.

Había transgredido tantas veces la ley, que llegué a inventar mis propias normas. Creé un código de conducta que seguía fielmente y que le exigía a los demás. Nunca había querido ser alguien temido, pero sí respetado. Me consideraba accesible para mi familia y mis empleados, y escuchaba sus opiniones, pero siempre era yo quién, finalmente, decidía sobre todas las cuestiones, según mi propio criterio.

Todos los que estaban a mi alrededor se sentían obligados a cumplir mis expectativas y yo pensaba que aquéllo estaba bien, que era como tenía que ser, porque yo era el cabeza de familia. Solo yo sabía lo que era mejor para todos.

Me convertí en la ley y coloqué las trampas para que mis enemigos cayeran en ellas. Como yo lo veía, la justicia era un concepto utópico al que jamás conseguiríamos llegar. Cada persona tenía su propia forma de ver la vida y sus creencias. Las leyes eran unas en Estados Unidos, pero otras en Italia o en España. ¿Quién me iba a impedir aplicar las que yo quisiera?

Era una persona admirada, un referente en la comunidad de Nueva York, y mi legado se extendía hasta Florencia, Pisa y Sicilia, dónde la familia de mi mujer, los De Lucchi y la de mi

madre, los Spígola, nos guardaban las espaldas y nos daban parte del pastel. Lo tenía todo controlado. Como siempre. O eso quise creer.

¿Será hoy el día de mi muerte?

Todos los días me atormentaba lo mismo. Cincuenta y tres años de aciertos, errores, decisiones e intrigas, hasta que llegó el momento y no lo vi venir. Nunca pensé que fuera ese. El día había transcurrido de forma normal, como cualquier otro día.

Pero no se podía aplazar lo inevitable. Lo que estaba escrito en piedra y destinado a cumplirse. Todos acabaríamos muriendo, tarde o temprano, y a mí me había llegado la hora. Por eso, lo dejé todo muy bien atado para los míos. No podía revelar lo que tanto me había torturado estos años, pero no me iría de este mundo sin dejar pistas para que mi hija lo averiguara. Era inteligente y, pese a su juventud, confiaba en ella más que en mí mismo. Yo la había enseñado y tendría a mi cuñado, Agostino, para ayudarla y guiarla.

Agostino siempre había sido mi mano derecha, un hermano más que un cuñado, pero él tampoco podía contar lo que sabía, al menos, por el momento. Yo no iba a ponerle en ese compromiso, pese a estar seguro de que acataría mi voluntad y la llevaría a cabo, hasta sus últimas consecuencias. Incluso, aunque su propia vida corriera peligro. Esa era la clase de relación que teníamos, y no podía estar más orgulloso de contar con alguien como él entre mis filas.

Por eso sabía que, si Blake se desviaba del camino, Agostino le aconsejaría sutilmente qué dirección tomar. Era ella quien tenía que averiguar lo que estaba ocurriendo y todo estaba preparado y dispuesto para que así fuera. Todo debía salir tal y como lo habíamos planeado.

¿Será hoy el día de mi muerte?

Por supuesto que lo era. Y no podía retrasarlo más, porque ese momento era el único en décadas, que no había dependido enteramente de mí o de mis acciones. Ese momento formaba parte de algo más grande, de un poder superior, y sus decisiones pesaban más que las mías propias.

Así que yo, que jamás acataba lo que los demás querían; yo, que era ley, en toda la extensión de la palabra, respiré hondo y, por primera vez en la vida, asumí mi destino, preparado para lo que me iba a encontrar al otro lado.

## Capítulo 1. Profecía

### BLAKE

A nadie se le permitía conocer el futuro.

Podíamos hacer una u otra conjetura lógica con la información que teníamos, pero no podíamos adivinar lo que iba a ocurrir. Eso solo lo sabía Dios, y a nosotros no nos lo revelaría.

Al menos, no hasta que llegara el momento justo.

Entonces, ¿por qué creía firmemente que mi padre seguía vivo? ¿por qué sabía que cada vez me estaba acercando más a él y a la verdad que me pidió que revelara?

Algo me lo decía. Lo notaba dentro de mí, quemándome las entrañas.

La carta que me dejó, la palabra <<tesoro>> escrita en ella, que descubriera la verdad, o que la hubiera escrito el mismo día de su muerte... todo apuntaba a que había algo que se me estaba escapando.

Ya habíamos descifrado sus últimas palabras. Le habían tendido una trampa y me pidió que averiguara quién había sido y que vengara su muerte. Eso nos había llevado hasta Scarlett, John, Vera y los Léoni. Hasta una traición que nunca jamás hubiera esperado, y menos, de quién consideraba como uno de mis mejores amigos.

Pero en su carta había mucho más que las palabras que estaban sobre el papel.

<<La familia es el camino para conseguir todos tus propósitos>>.

<<Busca dentro de ti las respuestas a las preguntas que te estás haciendo>>.

<<Muy en el fondo, sé que las sabes>>.

<<Juré no revelar nunca este secreto>>.

<<En la verdad, hallarás la libertad>>.

Debíamos encontrar a qué verdad se refería.

Debíamos rellenar los huecos que no llenaban las palabras.

Y lo hicimos antes de tiempo.

Quizá no fuera Dios, después de todo. Quizá fuera el diablo el que estaba de nuestra parte. Y no dejaba de preguntarme, cuándo volvería para cobrarse la deuda.

Pero ese día todavía no había llegado y nuestra preocupación estaba centrada en la reunión que teníamos entre manos.

La habitación de mi primo Giordano se había convertido en el centro neurálgico de nuestra alianza improvisada con los Cabante, ya que estaba convaleciente. Vitorio le dio una paliza al escapar con Vera, pero el médico nos había dicho que las heridas eran superficiales y esperábamos que no tardara demasiado en recuperarse, aunque le dolía todo el cuerpo. Por suerte, estaba despierto, y tan interesado como yo en la conversación que se estaba desarrollando.

—Quién sabe si están todos los Ricco implicados. No me fio de Luciano —comentó Cósomo.

—Yo no me fio de nadie —dije segura.

—Os ayudaremos a acabar con ellos —afirmó Álex, aludiendo a nuestros enemigos que, según parecía, también eran los suyos.

—Por supuesto —confirmó Bass—. Y nosotros terminaremos lo que empezamos en Roma.

—¿A qué te refieres? —preguntó Giordano, que estaba tumbado en su cama. Todos estábamos rodeándolo.

—Hay muchas cosas que tenemos que contaros... —Romano miró a sus hermanos y se dispuso a contárnoslo todo—. A estas alturas, no tiene sentido que sigamos ocultándolo. Veréis, llegamos a Nueva York hace unos cuatro meses, eso ya lo sabéis.

—Lo que no sabéis es por qué tuvimos que huir de Roma —dijo Bass—. Álex, haz los honores.

Se miraban entre ellos, a veces con una sonrisa y otras, con la intriga rumiando sus ceños fruncidos. Nos tenían en ascuas. Llevaba mucho tiempo preguntándome qué fue lo que los trajo a Nueva York. El motivo que los sacó de Roma, de su hogar, debía ser grave si tuvieron que dejar toda su vida atrás y empezar de cero.

—Bueno... Cósomo sí lo sabe —dijo Álex alzando las cejas y yo miré a mi primo con cara de sorpresa. La suya reflejaba culpabilidad.

—¿Cómo? —pregunté perpleja. No sabía si sentirme dolida porque no me lo hubiera dicho, aunque me intrigaban más los motivos que tendría para no hacerlo. Él nunca nos ocultaba nada.

—Lo siento —nos miró a Giordano y a mí, disculpándose—. Lo averigüé después de la investigación preliminar. Ya sabéis que no me quedo tranquilo hasta que confirmo que no hay nada más que encontrar. Ellos —señaló a los Cabante—, llevaban toda la vida viviendo en Roma. Tenía que haber más información.

—Tuviste que mirar a conciencia —espetó Giordano—. Yo mismo hice esa investigación.

Cósomo se encogió un poco sobre sí mismo. Se le veía apurado, aunque no arrepentido. En la voz de Gio no había reproche, solo duda e incertidumbre.

—Tenemos formas diferentes de investigar, hermanito.

Y era cierto. Mientras Giordano era un obseso de la tecnología, Cósomo siempre veía más allá de las simples palabras. Los quería a los dos, pero hasta yo veía lo diferentes que eran en todos los sentidos.

—Tú no dejas de pensar ni cuando duermes —bromeé analizando sus expresiones—. Entiendo que quisieras seguir indagando. Pero, ¿por qué no nos dijiste lo que habías averiguado?

—No me correspondía a mí contarle, Blake —mi primo tenía un deje en su voz. Una debilidad. Miró a Romano de reojo y me di cuenta de que lo había hecho por él. El amor era un factor determinante en demasiadas ocasiones, y muy poco objetivo—. Y sabéis que, si hubiera encontrado algo realmente malo, os lo habría dicho. Decidí confiar en ellos.

—La confianza es un arma de doble filo —cuando Giordano dijo aquello, entendí lo que se estaba gestando en su cabeza.

Confiábamos en Cósomo tanto como para no plantearnos siquiera la posibilidad de que nos ocultara información. Y ese había sido también nuestro punto débil, porque lo había hecho.

Supuse que nunca se terminaba de conocer bien a las personas, ni siquiera a las de nuestra propia familia, pero no sabía cómo debía sentirme por ello.

—Está bien —intermedié—, ya seguiremos discutiendo eso. Álex, cuéntenos, por favor —pedí intrigada, fijándome por primera vez esa noche, con detenimiento, en su semblante.

Parecía agotado, tanto como yo, aunque no perdiera el aspecto arrebatador que lo hacía destacar por encima del resto. Pero, lo que más me preocupó, fue el sufrimiento que refulgía en su rostro y que se abría paso por delante de cualquier otro sentimiento que lo embargara en aquel

momento.

No supe identificar el motivo concreto, e imaginé que sería debido al cúmulo de situaciones en las que estábamos envueltos. Cuando posó su mirada azul sobre mí, se me puso la piel de gallina.

Nosotros también teníamos una conversación pendiente... y muchas más cosas, pero tendríamos que dejarlas para más tarde. Debíamos hablarlas en privado. No veía la hora de quedarme a solas con él.

—Bien —carraspeó, paseando la vista por nuestros rostros—. Os podéis imaginar que en Italia también hay varios clanes, igual que ocurre en Nueva York. Y mientras algunos han formado alianzas, otros están enfrentados —hizo una pausa. Hasta ahí, todos lo seguíamos—. En nuestro caso, los Cabante, los Escalante y los Beligio, estábamos enfrentados a los Léoni y, estos a su vez, con el resto de clanes, como los Spígola o los Pinazzo.

—Para que os hagáis una idea, sería como vosotros ahora con los Ricco —explicó Romano.

Todavía no me creía la traición de John y ni siquiera sabía lo que debía pensar al respecto. ¿Me dolía? ¿me sentía aliviada por tener una excusa para no casarme con él? Aunque eso también estaba por ver... en realidad, no se había resuelto nada.

Ahora entendía las continuas interrupciones de John y Vera cada vez que preguntaba por los Léoni y lo idiota que había sido al no darme cuenta de lo que ocurría a mi alrededor, por haber estado tan sumida en mi propio caos.

Esa imprudencia podía costarme demasiado cara... y, en cierto modo, ya había comenzado a pagar el precio.

—Nuestros hermanos postizos han sido el detonante de esta lucha que ahora veis —comentó Bass, con un aire de solemnidad que no me pasó desapercibido—, pero la guerra contra los Léoni empezó mucho antes. Antes, incluso, de que nosotros nacióéramos.

—¿Hermanos postizos? —pregunté desconcertada. Necesitaba esa aclaración.

—Sí. Alessio y su hermana, Isabella, crecieron con nosotros. Se puede decir que, prácticamente, nos han criado —explicó Bass y pude sentir cuánto cariño les procesaba—. Nuestros padres son sus padrinos, por eso se hicieron cargo de ellos cuando los Escalante murieron.

—¿Qué les pasó?

—Un ajuste de cuentas. Fredric y nuestro padre eran el terror de Roma cuando eran jóvenes. Dos amigos demasiado temerarios a los que no frenaba nada, ni nadie.

—Excepto la muerte —dijo Álex y me centré en él. Sus ojos se habían oscurecido por los recuerdos que rondaban en su mente y yo estaba deseosa de conocerlos todos.

—¿A qué se dedicaban?

—A nada bueno. Robo, extorsión, drogas... imagina lo que quieras y lo habían hecho. Eran demasiado parecidos y, en lugar de contenerse el uno al otro, se alentaban y desafiaban continuamente. Hasta que Sofia, la novia de Fredric, se quedó embarazada y le pidió que sentara la cabeza. Tenían diecinueve años y toda la vida por delante.

Mi mente voló hasta recrear la imagen de dos chicos riendo, llenos de vida, y creyendo que se comerían el mundo, como Giordano, Cósomo o yo misma, y sentí compasión por el final que tuvo uno de ellos.

—Entonces, nuestro padre se hizo Juez y Fredric llegó a ser Fiscal General. Subieron de nivel y sus trapicheos también lo hicieron —cuando Romano interrumpió, me sobresalté. Estaba tan concentrada en Álex y en su historia, que se me había borrado el resto de la habitación.

Este asintió con gesto serio y continuó él.

—Ya no se metían con gente de la calle, sino con altos cargos y personajes públicos. Como fiscal, Fredric tenía mucho poder, incluso más que nuestro padre. Digamos que, si lo que hacían antes ya era peligroso, en aquélla época, tenían que dormir con un ojo abierto.

—¿Y merecía la pena vivir así? —realmente, me lo preguntaba. Porque mi familia era así, vivíamos al margen de la ley, con nuestras propias normas, y ya no estaba segura de que mereciera la pena. No después de la muerte de mi padre—. ¿Por qué no lo dejaron, si tenían tanto poder? Podían haber conseguido lo que se propusieran legalmente.

Álex me miró y vi en él un fuego que me recorrió todo el cuerpo. Lo que me hacía sentir, incluso sin tocarme, me dejaba noqueada. Todavía tenía el calor de su último beso en mis labios.

—Es verdad. Tenían trabajos lucrativos, podían haberlo dejado. Mi madre conoció a mi padre siendo ya Juez y coincidía plenamente con Sofia. Ninguna había querido nunca esa vida, pero la tuvieron que soportar porque, Fredric y mi padre, necesitaban esa adrenalina más que respirar. Supongo que estaba en su naturaleza y, contra eso, poco se podía hacer.

—¿Cómo los mataron? —preguntó Giordano. Yo también quería saberlo. Observé a Cósomo y supe que él ya conocía la respuesta.

—Fueron a su casa en plena noche y los asesinaron a sangre fría. Fredric metió en la cárcel a Fabrizio Arenardi, uno de los pilares fundamentales del Clan Léoni. Arenardi era la cabeza pensante de su cúpula por aquél entonces y, sin él, les iba a costar mucho reestructurar sus bases.

—Lo condenaron a cincuenta años de prisión por atentados contra la autoridad —siguió Romano—. Es una de las condenas más largas que se han visto en Italia y uno de los méritos del Fiscal Escalante que han pasado a la historia.

—Exacto —confirmó Álex—. Fredric los jodió bien y los Léoni se cebaron con ellos. Alessio escondió a Bella en un armario hasta que se fueron, luego llamó a emergencias y, estos, a mis padres.

—Aless ha sufrido mucho —se lamentó Bass y fue una de las pocas veces en las que no lo vi sonreír—. Bella era más pequeña, pero él ya tenía nueve años. Nosotros no habíamos nacido siquiera y él ya acarreaba un dolor profundo, que no hizo más intensificarse con el paso del tiempo.

—Y ese solo fue el primer aviso —continuó Álex—. A partir de entonces, no hubo tregua. Cada cosa que mi familia hacía, cada movimiento, era cuestionado por los Léoni.

—Casi una década después, acabaron con nuestro tío Gennaro, el marido de tía Mérida —dijo Romano—. Papá, por su posición, era intocable. Llevaba años como Juez y tenía protección veinticuatro horas, así que arrasaron con los que había a su alrededor.

No entendí el porqué de tanta inquina. ¿Cómo habría empezado aquélla rivalidad entre su padre y los Léoni? Si su objetivo era el Escalante, y ya lo habían quitado de en medio, ¿por qué continuar con más muertes?

—A partir de entonces, adoptamos un perfil bajo. Mi padre hacía algunos trabajos, pero intentaba no interferir con los otros clanes. Los Beligio seguían siendo nuestros aliados, pero se apartaron completamente de esa parte del negocio y Alessio tampoco quiso saber nada de los asuntos ilegales de mi padre.

—¿No os vengastéis? —pregunté. Yo lo hubiera hecho. En realidad, lo estaba haciendo, y ya había empezado por Scarlett. Me extrañaba que ellos no hubieran tomado cartas en el asunto.

—Éramos niños, Blake. Cuando aquéllo ocurrió, yo tenía siete años —explicó Álex—. Bass, cinco, y Romano acababa de nacer. Mi primo Leo tenía nueve, y ninguno entendíamos nada de lo que estaba ocurriendo. Un día, Gennaro estaba con nosotros y, al día siguiente, era solo un recuerdo.

—A nuestro padre le habían arrebatado de nuevo a su mano derecha —comentó Romano como si de una película se tratara—. Alessio ya estaba en la Universidad, estudiando para ser abogado y, aunque era plenamente consciente de a dónde pertenecía, siempre ha sido una persona muy recta, nunca quiso formar parte activa del negocio. Su visión era otra. Él ambicionaba defender a su gente por la vía legal. Nuestro padre estaba solo. Contaba con algunos hombres que le eran fieles, sí, ¿pero iniciar una lucha? ¿cuánta gente más moriría?

—Así que ese fue su segundo aviso —afirmé, entendiendo cuánto habían sufrido los Cabante y la cantidad de giros que habían dado sus vidas.

—Exacto. Pero nunca hay dos sin tres —dijo Bass—. Unos años después, Alessio se licenció y montó un despacho en Roma que solo defendía a la alta alcurnia de la mafia, incluidos políticos, jueces, policías corruptos... a toda la red de contactos que nuestro padre había desarrollado con el paso del tiempo. Alessio no se ensuciaba las manos, pero tampoco iba a dejar que nos volviéramos a hundir. Se lo debía a sus padrinos.

—Bella fue a trabajar con él en cuanto se sacó la carrera —continuó Álex—. Les iba muy bien, tenían mucho éxito. Alessio se casó con Giovanna Belgio y tuvieron una hija. Leo comenzó a salir con Livia, la hermana de Giovanna, y eran felices. Todo era perfecto, hasta que Alessio desafió a los Léoni.

—¿Por qué lo hizo? —no tenía sentido. Una cosa era defender a sus hombres en juicio y otra desafiar directamente a sus enemigos.

—¿Por quién serías capaz de arriesgar tu vida, Blake? —me preguntó Álex, recorriendo todas y cada una de las expresiones de mi rostro.

—Por la familia —contesté sin dudar. Uno lo arriesga todo por su familia. Eso siempre había sido lo más importante para mí y supuse que también lo era para ellos.

—Respuesta correcta —se burló Bass—. Lo hizo por Bella. Ella y Xesco Léoni... digamos que tenían una historia de la que no fuimos conscientes hasta que ya era demasiado tarde —hizo una mueca de dolor—. Es mejor no entrar en detalles, pero terminó con el asesinato de Giovanna.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace dos años —dijo Álex—. Desde entonces, os podéis imaginar que el aire en Roma se hizo irrespirable.

No me podía creer todo lo que les había ocurrido. Las vidas de Alessio y Bella... no las envidiaba. Primero, sus padres. Luego, su mujer. Entendía bien su dolor por la parte que me tocaba y podía asegurar que nadie en este mundo tendría que sufrir tanto como lo habían hecho ellos. Sentía demasiada empatía como para contenerla en el pecho y me mordí el labio, intentando aguantar la rabia que pugnaba por salir.

—De un día para otro, mataron a Giovanna y, con ese tercer aviso, comprendimos que nuestro mundo, tal y como lo conocíamos, no volvería a existir.

—Livia se hundió y mi primo Leo con ella —explicó Romano—. Alessio se encerró en sí mismo y se concentró en su hija, Daniela. Bella se convirtió en un fantasma, la culpabilidad no dejaba de acosarla, pese a que ella no tuvo la culpa de nada de lo ocurrió, solamente de enamorarse de la persona equivocada.

—Por eso, en represalia, Bass y yo —dijo Álex—, robamos algo muy importante para los Léoni, y para mitad de clanes de Italia, y lo escondimos donde nadie iba a ser capaz de encontrarlo. De hecho, todavía lo tenemos escondido, y por eso están aquí.

—Por eso y por sus padres —aclaró Romano como si fuera obvio—. Sobra decir que nosotros matamos a Santos y a Ricardo.

¿Qué? ¿ellos mataron a los hermanos de Petra?

No sabía por qué pensaba que habían sido los Spígola.

Me costaba imaginar a Álex como a un asesino, pese a que yo misma lo era y no me arrepentía de ello.

Por supuesto, hubiera preferido no tener que hacerlo. Disparar mi arma contra alguien, terminar con una vida, arrebatársela a sus seres queridos... era un acto que las personas no debían permitirse. Nadie debería ostentar tanto poder.

Y era cierto que, más de una vez, aparecía en mi mente la imagen de mi mano apretando el gatillo y los ojos abiertos de Scarlett, después de exhalar su último aliento. No se me iba de la cabeza. Ni eso, ni sus últimas palabras.

Sin embargo, ellos habían empezado, ellos me habían quitado a mi padre y, como siempre decía mi abuelo, <<la sangre llama a la sangre>>. Por eso, cada vez que surgía esa imagen tras mis párpados, estaba segura de que volvería a hacerlo, una y mil veces.

Aunque sí me alegraba de que mis primos no me hubieran visto hacer aquéllo. No soportaría que me miraran de forma diferente.

—Romano —pronunció Cósomo y, con la mirada, se dijeron demasiadas cosas.

Quizá mi primo no esperaba que su novio soltara ese hecho tan a la ligera, pero él mejor que nadie debía tener asumido lo que éramos, lo que habíamos hecho y lo que tendríamos que hacer. Esa realidad sobrevolaba nuestras cabezas como una verdad irrefutable.

Romano se encogió de hombros a modo de disculpa, aunque estaba claro que no lo sentía.

—Tú tienes tus secretos, amor, y yo tengo los míos.

La palabra, pese a ser cariñosa, parecía envenenada. El resentimiento entre mi primo y su novio era palpable. No estaba segura de cuál sería el motivo exacto, pero esperaba que pudieran solucionarlo.

Se hizo un silencio que fue interrumpido por Bass. Se veía que no le gustaban los momentos incómodos.

—Así que, después del robo, decidimos movernos. No podíamos quedarnos bajo aquella amenaza. Estábamos seguros de que habría un próximo movimiento por parte de los Léoni y —señaló a sus hermanos, y a él mismo, de forma cómica—, ninguno de nosotros queremos morir todavía. Nos quedan muchas cosas por hacer.

—Por eso vinimos a Nueva York —aclaró Álex—. Cortamos comunicación con Italia, enterramos nuestra vida allí, y Leo nos iba informando de todas las novedades desde una línea segura.

—Pero me dijiste que tu cuñada seguía allí —afirmé mirándolo, aunque me dirigía a todos los Cabante.

—Mi novia, Julia, ya está con nosotros —la voz de Bass reflejaba alivio—. La idea siempre ha sido que viniera más tarde, pero no podíamos dejarla allí por más tiempo. Leo la protegía, pero unos tipos la amenazaron, y tuvimos que ir a por ella.

—¿Por qué más tarde? ¿por qué no pudo venir con vosotros desde el principio?

—Uno no deja su vida de un día para otro, Blake —dijo Álex—. Enterramos todo lo que pudimos, pero había negocios que no podíamos cerrar tan fácilmente y nadie mejor que Julia para hacerlo por nosotros. No está emparentada legalmente con los Cabante, su familia ni siquiera pertenece a la mafia, y solo quiénes nos conocen bien, saben la relación que nos une a ella.

—No está emparentada aún, pero pronto lo estará —corrigió Sebastian y sus hermanos se levantaron como un resorte.

—¿A qué te refieres? ¿le has pedido matrimonio?

Este asintió. Conocía a pocas personas tan risueñas como Bass, y me alegré de que en su cara

hubiera de nuevo una sonrisa. Transmitía cierta paz.

—Cuando todo esto pase y podamos volver a Roma para que sus padres estén presentes en la boda.

Sus hermanos lo abrazaron y lo felicitaron con entusiasmo. Sentí el amor que se procesaban. El mismo que nos teníamos mis primos y yo. Pero no podía imaginar que Álex se fuera. Ni siquiera me atrevía a pensarlo. Quería que se quedara a mi lado.

—¡Enhorabuena, cabronazo! —exclamó Romano.

—¡Ya era hora! —comentó Álex.

—Chicos, lamento interrumpir —tenía una incertidumbre rondando en mi cabeza—. Pero, hay algo que no me cuadra. ¿Cómo han sabido los Léoni que fuisteis vosotros quienes matasteis a Santos y a Ricardo? En teoría, Xesco y Vitorio estaban aquí para poner la bomba en el coche de mi padre —hice una mueca. Todavía no me acostumbraba a decirlo en voz alta.

—Blake y yo escuchamos decir a Vitorio que se habían quedado en Nueva York por vosotros —recordó Giordano y supe que pensábamos lo mismo. ¿Quién había delatado a los Cabante?

Los hermanos se miraron, hablando sin palabras, pero fue Álex quien contestó.

—La verdad es que no me extraña. A los Léoni les sobran enemigos, pero pocos se atreverían a ponerles una mano encima. Además, nosotros estábamos en Roma, y ellos lo sabían.

—Marcello me vio —dijo Bass—. No dudo de que se lo contara a Xesco y a Vitorio, aunque no pueden estar cien por cien seguros de que fuimos nosotros.

—Pero, ¿por qué lo hicisteis? —Cósomo todavía estaba dándole vueltas al tema. Mi primo era incorregible. Hasta que no encajara todas las piezas, no iba a parar.

—Sin nosotros allí, Julia estaba en el punto de mira. Como ha dicho Bass, temíamos que los Léoni mataran a alguno de los nuestros y, cuando la amenazaron, decidimos acabar con ellos antes. Les hemos devuelto parte de todo el daño que le han hecho a nuestra familia —comentó Romano con orgullo.

Era una forma de verlo, sí. No menos dolorosa, porque nadie les devolvería a quienes habían perdido. Pero, en cierta manera, era un consuelo.

—Y lo hicisteis en la boda del alcalde —afirmó Giordano—. Ahí, con dos cojones.

—Sí —contestó Álex con el gesto afligido—. Nuestra tía lleva seis años saliendo con Alfredo Collati y mucho tiempo planeando esta boda, pero no había mejor momento que ese y hasta Leo lo sabía. Espero que algún día nos perdone por haberla impedido.

—Yo espero que siga sin enterarse —dijo Bass divertido—. Mérida tiene un carácter... que podría acabar con los tres con solo una mirada.

Los hermanos rieron e imaginé la de historias y anécdotas familiares felices que tendrían para contar. No todo había sido malo y eso, de alguna manera, me confortó.

—¿Alessio e Isabella siguen en Roma? —pregunté.

—No. Mucho antes de venirnos a Nueva York, ellos decidieron irse a España, poco después de la muerte de Giovanna. Necesitaban cambiar de aires y recomponerse... ojalá algún día lo consigan —dijo Romano con pesar.

Se veía de lejos la admiración que los tres sentían por ellos.

—Alessio y su hija están instalados en Málaga desde hace un año y medio —aclaró Álex—, pero Bella seguía manteniendo el despacho de Roma hasta hace dos meses.

—¿Qué cambió hace dos meses?

—Mi padre recibió la llamada de su contacto en la Fiscalía. Arenardi iba a salir de la cárcel por buena conducta —farfulló incrédulo—. Al parecer, era un preso modelo. Nuestro padre avisó a Alessio, y Leo los ayudó a traspasar el despacho.

—Pero Leo, Livia y Mérida siguen allí, ¿no es peligroso para ellos?

—Lo es para todos, Blake. Y desde que matamos a Santos y Ricardo, lo es mucho más. Pero mi tía y mi primo son personajes públicos. Leo está metido en política y Mérida es la primera dama, están en las portadas de las revistas cada dos por tres. Y a Livia no dejan de perseguirla los *paparazzis*<sup>1</sup>, están locos con su embarazo. Por eso sabemos que no se atreverán a hacerles nada.

—¿Qué piensan los *paparazzis*<sup>1</sup> sobre la muerte de los Léoni? —preguntó Giordano.

—Lo que nosotros queremos que piensen, por eso no hay que preocuparse —se pavoneó Romano—. Los tenemos controlados.

—Puede que estemos lejos de Italia —Álex se encogió de hombros, como si aquello no importara en absoluto—, pero nosotros seguimos siendo Roma —pronunció las palabras con la seguridad que le caracterizaba y esa certeza activó cada fibra de mi ser.

Álex era tan parecido a mí, que sus vivencias y toda la confianza que había depositado en nosotros, no hacían más que asegurarme que todos los Cabante estaban de nuestro lado y no hubiéramos podido conseguir mejores aliados que ellos. Por eso, decidí ser sincera con quienes tanto nos estaban dando.

—Nosotros también tenemos algunas cosas que contaros —mire a mis primos, esperando su aprobación. No era solo mi historia la que quería contar, era la de mi familia, y solo lo haría si ellos estaban de acuerdo.

Cósono, que tenía la vista fija en Romano, volvió su cara hacia mí y me hizo un gesto de asentimiento. Miré a Giordano, pero este hizo una mueca de dolor.

—Creo que me va a explotar la cabeza —comentó, pasándose los dedos por sus sienes.

Era cierto que nos habían dado mucha información que analizar, pero yo todavía tenía mil preguntas que hacerles y muchas cosas que explicarles a ellos, aunque entendí que habrían de esperar por el momento.

Me levanté y alcancé una pastilla a mi primo. Ya se le había tenido que pasar el efecto del calmante. Puse mi mano en su frente y lo noté caliente, aunque no en exceso.

—Deberíamos dejarte descansar.

—No. Esto es importante —se quejó, pero había demasiadas cosas que asimilar como para meter más en nuestras cabezas en ese momento. Y menos, en una cabeza convaleciente como la suya.

—Tú —remarqué la palabra—, eres lo importante. Todo lo demás puede esperar hasta mañana.

—Blake, casi está amaneciendo. Hoy ya es mañana —dijo Cósono, burlándose de las leyes del tiempo.

Había sido un día demasiado largo. Mi fiesta de compromiso, la traición de John y Vera, la muerte de Scarlett a mis manos...

—No era una sugerencia —miré a Cósono y luego me dirigí a los Cabante—. Vamos, todos fuera —ordené y comenzaron a levantarse.



## Capítulo 2. La función debe continuar

### GIORDANO

Mi prima me arropó bajo las sábanas, aunque no hiciera nada de frío aquella noche. Intuí que quería protegerme del mundo exterior, como cuando éramos niños, y no me quejé. Estaba casi seguro de que a todos nos había hecho estremecer por igual la historia contada por los Cabante.

—Intenta dormir. Verás como te encuentras mejor cuando despiertes —me miró con afecto y con una cara de cansancio que pocas veces le había visto. Tenía los ojos rojos y unas ojeras demasiado marcadas.

En ese momento, pensé que un gesto de cariño suyo valía por diez de cualquier otra persona. Que se preocupara por mí, con todo lo que ella ya soportaba, era digno de admiración y quería ser la clase de primo que se mereciera esa actitud de ella. Pero no lo era.

Mi excusa había sido muy pobre para servir de justificación. Y, aún así, la había aceptado y se había aguantado las ganas de soltar todo lo que le inquietaba, que no era poco. Había pensado en mí antes que en ella, como siempre.

Que me iba a explotar la cabeza, no era mentira. Pero, joder, menudo cabrón estaba hecho. Tenía que cortar lo que sabía que iba a contar. No era el momento. Todo se estaba precipitando y, desde mi posición, poco más podía hacer.

—Blake —la llamé, antes de que cerrara la puerta—. No hace falta que te diga cuánto te quiero, ¿verdad?

Frunció el ceño, quizá sospechando de que me ocurría algo. Esa actitud cariñosa era más propia de Cósomo que de mí. Yo no solía ser tan sentimental o, al menos, procuraba no mostrarlo abiertamente. Pero quería que lo notara. Que se enterara de lo que pasaba. Que se diera cuenta.

—Verdad —intentó sonreír—. ¿Estás bien?

¿Cómo responder a aquéllo sin delatarme? ¿sin que creyera que no se debía a mi estado, sino a algo más importante y grave?

Suspiré agobiado.

—Lo estaré.

Cuando Blake y Cósomo irrumpieron en mi habitación en mitad de la noche, seguidos de los Cabante, yo me acababa de despertar de un sueño inquietante, y pronto comprobé que la realidad no lo era menos. Había conseguido dormir algo, gracias al calmante administrado por el médico, pero aún me dolía todo el cuerpo y también me escocía bastante el orgullo.

Me había jodido mucho que el Léoni pudiera conmigo y, en parte, me sentía culpable por haberlos dejado escapar a Vera y a él. Pero me habían pillado por sorpresa y no pude con los tres. Cuando Vitorio se dispuso a salir y me encontró en la puerta, no dudó en darme un puñetazo que me tumbó. Yo le di una patada en la pierna que le hizo trastabillarse, pero consiguió mantener el equilibrio, por lo que tuve poco margen de maniobra.

Peleé con uñas y dientes, y le alcancé algún que otro puñetazo también. Incluso le tiré una silla que le rozó la cabeza pero, en cuánto el Léoni vio un hueco, cogió a Vera de la muñeca y

salió corriendo, dejando a Scarlett a su suerte.

Comprendía que Vera y Vitorio eran familia, pero estaba claro que este no sentía nada por Scarlett o no la hubiera dejado allí a nuestra merced. Todos sabíamos cuál era el final que le esperaba.

La retuve, medio inconsciente, con las pocas fuerzas que me quedaban, por si podíamos sacarle más información y para empezar a cobrarnos la venganza que tanto habíamos ansiado.

Y me alegré de que mi prima hubiera obtenido esa pequeña satisfacción, aunque mi ojo se alegraba un poco menos. Se me había quedado cerrado por el golpe y me dolía muchísimo.

Rara vez me había visto en una situación parecida. Yo no era una persona de acción. No, al menos, en el sentido físico. Mi cometido siempre había sido intelectual.

Mi hermano era el yonki de la adrenalina y el armario empotrado. No diría que yo no estoy fuerte, porque estaría mintiendo y ya lo había hecho bastante hasta el momento. Pero, mientras Blake aprendía Kárate y Cósomo iba al gimnasio, yo me entretenía con el ordenador, navegando por la red e intentando sacar cualquier provecho de la información que encontraba en la *deep web*<sup>2</sup>, lo que siempre había sido muy útil para mi familia.

Era mi especialidad y me encantaba. Tanto que, con el paso de los años, llegué a montar una auténtica sala de espionaje en una de las habitaciones del área de servicio, desde la que controlaba los movimientos bancarios de las familias, los secretos de los personajes públicos que teníamos en nómina e, incluso, el mercado de valores de diferentes países.

Siempre estaba preparado para actuar cuando era preciso, por eso no dudé en ayudar a mi tío cuando me lo pidió. Sabía que si me había hecho partícipe de aquello, era porque no le había quedado más remedio. Necesitaba de mis habilidades para dar con el objetivo. Y yo tecleaba su búsqueda, lo que precisaba, lo que me pedía, como nadie.

Aunque las cosas no estaban saliendo como pensábamos.

Mi padre y mi abuelo habían sido los últimos en abandonar mi habitación esa noche, después de la visita del médico. Cuando se aseguraron de que no tenía nada grave, se pusieron muy serios, y me reprendieron por el curso de las actuaciones que estaban generando los acontecimientos.

¡Cómo si yo pudiera haberlos previsto! ¿quién iba a pensar que, mi impulsiva decisión de ir a buscar a los Léoni, iba a desencadenar la muerte de Scarlett y el descubrimiento de la traición?

Lo único que quería era que Blake los conociera para que me diera la razón. Esos tíos eran unos gilipollas, y ver cómo Martia los miraba cuando me los presentó, con ese tono de orgullo en su voz, y lo fanfarrones que eran, con su estúpido acento, me puso celoso hasta lo indecible. No sabía qué mierda me pasaba, pero me estaba volviendo loco.

Martia y yo llevábamos un año dejándolo y volviendo, atascados en una relación que, desde fuera se veía tóxica, según Cósomo y Blake, pero que desde dentro, era la hostia... y la culpa de que eso pasara era mía, porque era yo quién solo le daba migajas. Quién la quería, pero no se entregaba al cien por cien.

No hacía mucho tiempo le dije a Blake que, sentir como sentíamos, era una estafa al amor, pero no supe expresar todo lo que había en mi interior, todo lo que englobaba aquella frase.

Y sabía que, si en ese momento lo hubiera comprendido, lo habría compartido con mi prima, pues nadie me conocía como ella y nadie me iba a entender mejor.

Ni siquiera podía abrirme tanto en canal con mi hermano, porque tendía a imponer sus pensamientos por encima de los míos, o a quitarle importancia a cualquier asunto que se le mencionara. Y no es que no lo agradeciera, pero a veces había que ponerse serio, sobre todo con los sentimientos que salían de tan adentro. Tan adentro, que no supe por qué habían emergido, hasta que recapacité mil veces sobre aquella frase.

Pensándolo en frío, estaba seguro de haberla pronunciado porque la gente que vivía como nosotros lo hacíamos, no podía entregarse al amor. Había algo que estaba por encima de eso, de todo, que tomaba nombre propio y que te ataba a un destino tan incierto como certero. La mafia. Y todo lo que esa palabra traía consigo, minando cada posibilidad que se presentaba de ser feliz.

Debía admitir, solo para mí y para nadie más, que tenía miedo. Por mí, por mi familia y por Martia. Por el futuro que estaba por llegar o, joder, simplemente porque hubiera un futuro al que ir.

Sentía pavor. Estaba loco por ella, pero esa locura me hacía querer que nuestra relación fuera eterna. Tenía miedo de que algo me la arrebatará. De sentir tanto dolor que no fuera capaz de soportarlo. Y por eso la frené. A ella, a mí y a lo que sentíamos, condenándome yo solito, una vez más.

Nunca le permití ir más allá, vernos como pareja. Y ella me lo echaba en cara, pero nunca me apartó. Chocábamos continuamente. Siempre estábamos peleando, por una cosa o por otra, y haciendo las paces, también continuamente, con una pasión que era la que todavía me tenía enganchado a ella sin remedio.

Cada vez que decíamos encontrarnos por casualidad en nuestra discoteca, nos íbamos a dar rienda suelta a esa pasión, hasta que se acabara la jodida noche.

¿Y al día siguiente?

Más remordimientos y una desazón que no me dejaba respirar. La necesitaba y la alejaba, y no me entendía ni yo. Pero el caso era, que me entendía perfectamente.

Mis sentimientos, a flor de piel, estaban encontrados. Unos frente a los otros, sin que ninguno de ellos ganara la batalla. Entonces, ¿por qué no la dejaba?

Supuse que por el mismo motivo por el que Cósomo no iba a dejar a Romano, pese a haberle ocultado que habían ido a Roma para matar a Santos y a Ricardo. Ellos estuvieron en contacto permanente durante esa semana, por lo que Romano no solo había omitido información, sino que lo había engañado, con todas las letras. Aunque mi hermano no era el más indicado para echar en cara a nadie la mentira. Bien que se había callado él lo que habían hecho los Cabante en Roma...

También por el mismo motivo por el que Blake no iba a dejar de luchar para estar con Álex, pese a todas las cosas que los separaban. Mi prima estaba enamorada como nunca, y el Cabante la correspondía, solo había que ver las miradas que se echaban y la tensión que se palpaba en el ambiente.

Nuestras emociones vivían en permanente contradicción. Parecíamos ser las caras y las cruces de una misma moneda. Condenados a estar juntos, pero irremediabilmente separados. Y eso se podía traducir de muchas formas, pero ninguna buena.

Por eso, cuando Blake dijo que tenía algunas cosas que contar, supe que se iba a sincerar con Álex y tuve que pararlo. Estaba claro que mi prima era incansable y que buscaría la verdad que tan fielmente habíamos guardado mi padre, mi abuelo y yo, hasta que no le quedara un aliento de vida.

¿Por qué no se la dijeron a ella directamente, en lugar de meterme a mí en toda esta mierda?

Porque no era seguro.

Y yo era el primero que lo entendía.

Entendía las ganas que tenía Blake de deshacerse del compromiso con John y más aún ahora, que sabía que era un traidor. Y lo iba a hacer. Por supuesto, no dejaríamos que se casara con ese impresentable, pero cuando tuviéramos a Luciano cogido por los huevos, no antes. De no ser así, espetarle a los Ricco esa verdad a la cara, sería poner en peligro a alguien demasiado importante para nuestra familia. Alguien que yo mismo estaba deseando conocer.

El plan tenía que salir bien, ni siquiera yo lo dudaba. Aunque, como todo en esta vida, necesitara sus tiempos, su momento correcto. Tío Roberto contaba con ello. Mi abuelo, mi padre y mi tío, sabían que muy pronto llegaría la hora en que esa verdad saliera a la luz. Ellos mismos lo habían preparado todo para que así fuera.

Aun así, me sentía un fracaso ante los ojos de mi hermano y de mi prima, y también lo sentía muchísimo por Martia. La traición de Vera hizo que, inevitablemente, la mirara con otros ojos, pese a que ella había estado en todo momento junto a mí. Sentí atisbar en su cara la vergüenza y la culpabilidad por lo que su hermana había hecho, sin ser capaz de consolarla como se merecía, porque ella también hubiera sido una víctima de los retorcidos actos de Vera y los Léoni.

No me cabía la menor duda de que Martia, Zia, Salvatore y Graziella, eran desconocedores de las intrigas que se traían entre manos Petra y Vera. Sin embargo, ni una sola palabra de alivio salió de mi boca y me maldije por ser tan frío con quien tanto cariño me daba.

También había factores externos que influían, que nos habían venido dados y había que investigar, como las coordenadas que Blake encontró en la caja fuerte de los Ricco.

¡Qué manipuladores, hijos de puta! Queriendo enviarnos a solo Dios sabía dónde para que perdiéramos el tiempo en callejones sin salida. Le quité esa idea de la cabeza a mi prima. Quería zanjarlo cuánto antes. Incluso le propuse que uno de nuestros hombres fuera a comprobarlo. Más valía perder dinero en billetes de avión, que el poco tiempo del que disponíamos.

Pero ella, no. Que siguiera investigando, me dijo.

Ella en sus trece. Maldita cabezota.

Me dolía todo el cuerpo. La pastilla que me había dado Blake, comenzaba a hacer su efecto. Estaba deseando quedarme dormido y olvidarme, por un momento, de toda esta jodida pesadilla.

## Capítulo 3. Un puto kamikaze

### ÁLEX

Cósono, mis hermanos, y yo, salíamos de la habitación cuando, por rabillo del ojo, vi como Blake le daba un beso en la frente a Giordano y lo arrojaba con cariño.

Quise ser la persona en la que ella se apoyara, a la que besara y cuidara cuando lo necesitara. Quise que me amara como nunca lo había hecho con nadie. Con la misma fuerza que yo sentía por ella. También quería ser quién la protegiera a ella de todo lo malo del mundo, que no era poco, y deseé que me lo permitiera, aunque todavía me planteaba si estaría más segura conmigo o lejos de mí.

Las personas que nos acechaban, las situaciones que estaban por venir, eran demasiado grandes y rocambolescas como para no estar preocupados, por muy fuertes que nos creyéramos. Todos sabíamos que estábamos en peligro, pero esta nueva alianza que habíamos formado, me daba esperanzas. No estábamos solos.

Aunque yo nunca lo había estado. Tenía a mis hermanos y estos a mí, y nos comprendíamos unos a otros mejor, incluso, que a nosotros mismos. Sabía que Romano había sufrido pensando que Cósono nos había traicionado, porque su sufrimiento era el mío. También estaba seguro del alivio de Bass por tener a Julia a su lado, pese a que sus suegros seguían en Italia bajo una amenaza latente. Nuestro primo Leo les guardaba las espaldas y los vigilaba en la distancia, preparado para actuar cuando fuera necesario.

Tampoco Livia, mi tía Mérida o él mismo, eran ajenos a cualquier acción por parte de los Léoni. No. Yo sabía que no eran intocables, aunque hacía cinco minutos hubiera dicho lo contrario. No quise darle voz a mis pensamientos por no preocupar más a mis hermanos, pero muchas veces me preguntaba si habría otra muerte después de lo que hicimos en Roma. Habíamos desafiado a nuestros enemigos y ellos no eran de los que se quedaban quietos, sin tomar represalias.

Quizá la pregunta más sensata sería, ¿cuándo ocurriría? Y me atormentaba pensar si nosotros éramos capaces de evitarlo, pero no estábamos tomando las medidas necesarias para hacerlo. Al contrario, no hacíamos más que ponerlos en nuestra contra, como unos putos kamikazes.

Pero, con Xesco y Vitorio en Nueva York, daba por hecho que nosotros éramos el objetivo. Aunque Marcello seguía en Roma y quién sabía lo que, sus hombres y él, eran capaces de hacer. Supuse que no tardaríamos en averiguarlo.

Acabábamos de revelarle a los Marconni una gran parte de nuestra vida y, con ella, todo lo que protegía a mi familia. Observé a Blake de lejos. Me había expuesto ante sus ojos, había desnudado una parte de mí que solo reservaba a las personas más cercanas. Le había contado lo que éramos, lo que hicimos. Me había abierto en canal y ella podría utilizar esa información para destrozarnos o protegerla con su vida. Estábamos en sus manos.

Pero no me arrepentía.

Una vez que empecé a contar la historia, no pude parar. Las palabras fluían solas, salían de

mi boca dejando a su paso un rastro de sosiego que me era del todo desconocido. Me había quitado un gran peso de encima y supe que mis hermanos habían sentido lo mismo. Aunque me preocupaba Romano. Su situación con Cósomo se estaba equiparando peligrosamente a la mía con Blake y esperaba que lo ocurrido no trajera más consecuencias imprevistas.

La frase que mi padre repetía siempre como un mantra, resonó en mi mente: <<No le des a nadie el poder para destruirte porque, tarde o temprano, acabará utilizándolo>>. Sacudí la cabeza intentando deshacerme de ese pensamiento pesimista, cuando Blake llegó hasta nosotros, que aguardábamos en el pasillo, cerrando la puerta de la habitación de Giordano tras de sí.

—Todavía tenemos muchas cosas que contaros —miró a Cósomo y suspiró—, e intuyo que vosotros tampoco nos lo habéis dicho todo.

No. Ni de lejos. Quedaba mucho por explicar. Todavía no sabían qué era ese algo tan valioso que robamos a los Léoni, ni que ese desconocimiento era vital para nuestra supervivencia.

Cósomo había averiguado una parte, pero no esta. De haberlo hecho, estaba seguro de que ya lo habría revelado.

Era una pieza clave para nuestros enemigos e, incluso, para nosotros mismos. Era el origen de todo. Algo con lo que ninguno tendría que volver a mover un dedo en la vida y que los Léoni pensaban vender en el mercado negro al mejor postor y a nuestras espaldas.

Pero también me intrigaba lo que fuera que se estuviera guardando ella y que no nos había podido contar. Sabía que la boda con el rubito traidor no era deseada y me preguntaba constantemente el motivo de que se llevara a cabo. ¿Por qué seguía adelante? ¿por qué permitía que la obligaran a casarse con alguien a quien no quería?

Conociéndola como creía hacerlo, Blake no era de las personas que se achantaban ante nadie. Ni siquiera lo había hecho ante nosotros. Por eso me alegré de que la verdadera cara del rubio saliera a la luz y de que el compromiso se rompiera. Eso me dejaba el campo libre para actuar, y no pensaba perder el tiempo dando rodeos. La quería para mí, con todas las consecuencias.

Romano apoyó una mano en la mejilla de Cósomo, al que vi reticente, aunque no se apartó, y nos sacó a todos de nuestro letargo.

—Descansad un poco, volveremos mañana —nos miró a Bass y a mí—. Papá y mamá se estarán preguntando dónde estamos.

—No creo —dijo Bass—. Le envié un mensaje a Julia hace horas, los habrá informado.

Cómo no. Mi hermano estaba en contacto permanente con mi cuñada. Desde que se habían reencontrado, parecían una extensión el uno del otro.

—Os acompañamos a la puerta —se ofreció Blake, pero yo no quería irme. No quería dejarla. Teníamos una conversación pendiente.

Los cinco comenzamos a caminar por aquélla interminable casa en silencio. Todavía no había nadie en los pasillos. Seguramente continuaban durmiendo, ajenos a nuestras intrigas. En mi cabeza, miles de pensamientos se agolpaban sin descanso.

Bajamos las escaleras y me detuve en la puerta de la entrada. Mis hermanos, junto a Cósomo, rebasaron el umbral, pero ella se detuvo conmigo. Era tan consciente de mis movimientos como yo de los suyos. Estábamos conectados a muchos niveles y otros tantos que ya me hubiera gustado explorar. Deseaba volver a besarla, tocarla, tenerla entre mis brazos y hacerle el amor, más que nada en este jodido mundo.

—Siempre me he preguntado qué hay tras esa puerta —dije mirando hacia la puerta blanca que había situada detrás de las escaleras y que pensaba que daba al área de servicio.

Blake sonrió.

—¿Quieres que te haga un *tour*<sup>3</sup>? —preguntó y yo vi el cielo abierto. O bien no tenía sueño, pese a lo largo que había sido el día, o quizá tuviera las mismas ganas que yo de estar juntos y a solas.

—Quédate —me animó Bass con una sonrisa canalla—. Les diremos a mamá y a papá que estás entretenido.

Menudo capullo era. Pero, al fin y al cabo, había venido en mi moto, así que, ¿por qué no?

—Si no estás muy cansada... me encantaría.

Dejamos a Cósomo despidiéndose de mis hermanos en la entrada y nos acercamos hasta la puerta, situándonos debajo de la escalera.

Antes, hacía años, yo era muy supersticioso. Nunca me había gustado llamar a la mala suerte, hasta que entendí que la suerte era algo que se labraba uno mismo.

Por eso no me importó pararme allí. Quería ver todo lo que me aguardaba y, que ella también quisiera enseñármelo, era muy buena señal.

—¿Estás preparado? —asentí y Blake la abrió mientras me miraba—. Bienvenido a mi mundo, Alex.

Pronunció esas palabras como si, realmente, me estuviera abriendo la puerta a otra dimensión, y yo me quedé anonadado.

Ante mí, había un pasillo muy largo con unas cinco puertas a cada lado. Era austero, nada que ver con el lujo que había en el resto de la casa. No se escuchaba ni un ruido, por lo que imaginé que no habría nadie tras ellas o que la estancia estaría insonorizada.

Blake cerró la puerta, dejándonos dentro. Se la veía emocionada. Como si fuera a contarme algo que le ilusionara mucho. Me aguanté las ganas de empotrarla contra la pared y besarla hasta que a ambos nos costara respirar con normalidad.

—¿Qué es esto?

—Vamos a descubrirlo juntos, ¿no? —dijo sonriendo y qué sonrisa, joder. Qué sonrisa que me recorrió todo el maldito cuerpo—. Mis abuelos construyeron esta mansión cuando no eran nadie —explicó orgullosa—. Emigraron a Nueva York cuando mi padre y tía Bianca aún eran jóvenes y tuvieron que labrarse el futuro con sus propias manos.

Nos adentramos más en el pasillo y abrió la primera puerta de la derecha, también blanca, todas lo eran, donde había una inmensa cocina que tenía una salida en el lateral que daba al jardín. Esa era la puerta a la que yo había llegado hacía unas horas, gracias a la distracción del camarero al que había sobornado. En ese momento, todavía no imaginaba todo lo que se escondía allí dentro.

La segunda puerta de la misma fila daba a un gimnasio, la tercera a una gigantesca biblioteca. La cuarta, era una sala de reuniones, parecida a la que había en la casa, donde Blake me llevó cuando nos conocimos, antes de todo. La quinta estaba vacía, solo con una silla en medio y algunos instrumentos, encima de una mesa, que no llegué a distinguir, pues ella no me permitió acercarme demasiado, aunque no había que ser muy listo para adivinar que eran utensilios de tortura.

—¿Todo esto lo hicieron tus abuelos? —ella asintió. Me parecía increíble que hubieran construido todo aquello de la nada. La inmensidad de las estancias era impresionante y parecía no tener fin.

Cerró la última puerta y pasamos a la fila de izquierda.

—La casa se ha ido reformando con el paso de los años, pero estas habitaciones están desde el principio —el sonido de su voz era, prácticamente, un susurro, y un rumor me recorrió desde la cabeza hasta los pies, poniéndome la carne de gallina—. Si mi abuelo es tan respetado ahora se

debe a que, lo primero que hizo al llegar a Nueva York, fue apoyar a compatriotas en su misma situación. Lo poco que tenía, lo compartía con ellos. Les ayudaba a asentarse en la ciudad y les daba trabajo, y, cuando ellos prosperaban, se lo devolvían con creces. Pero, cuando mi padre y mi tía crecieron, estas habitaciones se fueron transformando en lo que ves ahora.

Hasta el momento, no había ningún cuarto que estuviera cerrado con llave pero, para abrir el siguiente, Blake metió un código, como si estuviera desactivando una alarma.

—Este es el despacho de Giordano.

Nos quedamos en el umbral de la puerta de aquella estancia, admirando todo lo que contenía. Había tres ordenadores completos dispuestos en fila, un solo teclado, y varias pantallas más en negro. Me preguntaba qué vería allí Giordano y, por un instante, fui consciente del poder que realmente ostentaban los Marconni.

No es que antes no lo supiera, pero nunca me había parado demasiado a pensar en ello y aquéllo lo hacía más real.

Blake se saltó la siguiente puerta y yo la miré alzando las cejas. Dudaba que a esas alturas tuviera que ocultarme algo. Estábamos poniendo todas las cartas sobre la mesa.

—No hay nada que ver ahí, son los vestuarios del personal —contestó a mi pregunta tácita y se rió. Y yo me reí con ella, porque no había mejor sonido en el mundo que el de su risa. Posó una mano en mi hombro, apoyándose en mí, y me disculpé por el ruido que mi carcajada había generado.

—No te preocupes. Está todo insonorizado.

Nos quedamos callados, mirándonos a los ojos y me acerqué un poco más a ella. Paseé mis dedos por las sombras negras que había bajo sus ojos, mientras se quedaba quieta, disfrutando de mi contacto. Casi rozaba sus labios.

—Estoy deseando besarte —dije sin poder contenerme.

—Álex...

—No te vas a casar —afirmé—, y ya no hay nada que nos impida estar juntos.

Suspiró críptica, con un brillo intenso en su mirada.

—Todavía hay muchas cosas que debes saber.

—¿Crees que algo de lo que me digas, podrá cambiar lo que siento? —dije contra su boca y ella acarició mis brazos, pegándose un poco más a mí, si es que eso era posible.

No podía pensar en otra cosa que no fuera en ella, pero quise dejar que tomara la iniciativa. La notaba indecisa y no sabía por qué.

—¿Y qué sientes, Álex? —pronunció mi nombre de tal forma, que la erección que crecía sin remedio por su cercanía, palpité. ¿De verdad tenía que explicarle cómo me hacía sentir? ¿por eso estaba insegura? La necesidad que tenía de ella era abrumadora, pero yo no era de la clase de personas que hablaban de sus sentimientos en voz alta. Era de los que los demostraba.

Cogí su cara entre mis manos y lamí su labio con mi lengua. El aire escapó de su boca y me adentré en ella, evitando contestar. O dándole un beso por respuesta, que Blake me devolvió sin dudar.

Sentía una atracción irremediable, un deseo irrefrenable y unas ganas locas de continuar besándola hasta perderme en ella y olvidarme de los Léoni, del peligro que corríamos, de Nueva York, de Roma, y hasta de mi maldito nombre.

Sin embargo, no podía ser tan egoísta. Quería estar con ella, pero ambos teníamos una misión que cumplir. Aunque eso no tenía por qué impedirnos estar juntos.

Por fin podríamos ser un equipo, en lugar de ir el uno contra el otro. Aquéllo me gustaba. Era todo lo que había querido desde que la conocí.

—Blake... —susurré mientras nuestros alientos se entremezclaban y pegué mi frente a la suya. Ella tenía los ojos cerrados y esperé que hubiera entendido mi respuesta. Pero, por si quedaba alguna duda, terminé declarándome de la única forma que sabía. Con mi lealtad—. Hemos llegado juntos hasta aquí —abrió los ojos—, y sé que tenemos que planear nuestro próximo movimiento y que quedan muchas cosas por resolver, pero lo haremos juntos —la abracé y ella apoyó el peso del mundo sobre mi hombro—. Nada, ni nadie, en la tierra o en el infierno, ha tenido nunca más poder sobre mí que tú. No volveré a separarme de ti, salvo que me lo pidas.

—¿Es una promesa? —preguntó contra mi camisa, estremeciéndose ante mis palabras, y casi me pareció vulnerable. Yo aspiraba su aroma a frutas salvajes, mientras acariciaba su espalda con parsimonia, y la sujetaba con firmeza.

—Te doy mi palabra, y todo cuánto vale, con ella —la despegué de mi cuerpo, no sin pesar, y la miré a los ojos—. No pienso dejarte sola. Tu lucha será mi lucha, Blake.

Ella negó con la cabeza, pero no dijo nada, y la inquietud de la incertidumbre se instaló en mi mente. Antes de poder siquiera preguntarle por su reacción, se separó de mí, pegó en la siguiente puerta, y la abrió sin esperar a que le dieran paso.

Había dos hombres sentados delante de unos monitores que abarcaban todo el perímetro de la mansión. Era la sala de vigilancia.

—Ellos son Paolo y Jack —me los presentó sin un atisbo de duda en su voz, fuerte y segura, como no lo había estado hacía un minuto—. Son dos de nuestros vigilantes de seguridad.

Así que algunos de ellos era la famosa voz en *off* que siempre nos habría la verja. Los hombres se levantaron de sus asientos y cabecearon en mi dirección, a modo de saludo.

—¿Sois nuevos? —les pregunté directamente frunciendo la mirada.

Había algo que no dejaba de rondarme la cabeza desde hacía casi un mes y, de la nada, me habían brindado la ocasión perfecta para resolver la duda.

—No —contestó Blake por ellos, mirándome sin entender por qué preguntaba eso o a dónde quería llegar—. Llevan con nosotros más de diez años. ¿Por qué lo dices?

—Tengo una pregunta para vosotros —me acerqué un poco más a ellos, sin responder—. ¿Por qué no visteis quién puso la bomba en el coche de su padre?

Blake me miró con gesto de sorpresa. Pero, de nuevo, fue ella misma quién me contestó.

—Las cámaras se apagaron a las diecinueve cincuenta de la tarde. Todo a partir de entonces es un borrón hasta las veinte treinta, que se volvieron a encender.

—Señorita Marconni —dijo uno de ellos, hablando por primera vez—, esa información es confidencial, nadie tiene que saberlo.

Blake lo miró como si no se pudiera creer que alguien de su personal la estuviera reprendiendo, desafiante.

—Paolo, no pierdas el tiempo cuestionándome, por favor.

El hombre asintió, pero no se disculpó.

—Lo estamos investigando —dijo el otro, que sería Jack.

No me daban ninguna confianza. Pero si llevaban años internados en la familia, supuse que Blake sí confiaba en ellos. No obstante, me mantendría alerta.

—Deberíais comprobar también la localización de las cámaras. Tenéis un punto ciego en el jardín —comenté, sin revelar que me había colado por él varias veces sin ser visto. Debían arreglar esa brecha en su seguridad si querían que la mansión fuera una fortaleza.

—Ya lo habéis oído —ordenó Blake, mirándome a mí—. Volved al trabajo.

—¿Te molesta que haya preguntado? —dije cuando salimos de allí. Ella permanecía distante, pensativa. Iba unos pasos por delante de mí, pero se paró y se giró para encararme.

—No —afirmó y frunció el ceño—. Me molesta que no se te escape nada. Eres demasiado parecido a mí.

—Llevo bastante tiempo dándole vueltas a eso —me crucé de brazos. En lo concerniente a su seguridad, no pensaba ceder—. Se han acercado demasiado a vosotros.

—Lo sé. Y no han podido hacerlo sin ayuda del interior. Nadie tiene acceso a este área de la casa, solo la familia y el personal.

—¿Por eso no los has despedido? —caí en la cuenta. Joder. También iba un paso por delante en aquéllo.

—Hay que tener a los enemigos cerca, Álex. Giordano los tiene vigilados.

—El despacho de tu primo está más equipado, incluso, que la sala de vigilancia... —comenté—. ¿Él también monitoriza la casa?

—Es un obseso del control —sonrió—. Y tú eres demasiado listo para tu propio bien —abrió la siguiente puerta y, sorprendentemente, nos encontramos de nuevo en la alacena, que daba al jardín por el otro lado.

—Blake —la paré en cuanto cerró la puerta que nos había dado acceso a todas aquéllas habitaciones y nos quedamos resguardados debajo de la escalera.

Ella me miró con los labios entre abiertos, casi invitándome a besarla de nuevo, a acortar esos malditos centímetros que nos separaban. El recorrido terminó, pero nuestra conversación no lo había hecho aún. Ninguno de los dos había tenido suficiente.

Busqué su contacto. Puse una mano en su brazo y apoyé la otra en su cintura. Pero no iba a besarla hasta saber el por qué de su reacción anterior. Le había abierto mi corazón, joder. Eso no era ninguna tontería para mí. Jamás lo había hecho con nadie. Jamás había sentido por nadie lo que sentía por ella. Jodidas mariposas.

## BLAKE

Álex me tenía encerrada contra la pared y notaba su tacto por todas partes. Su inteligencia no dejaba de sorprenderme y no me había importado confirmar sus sospechas. Enseñarle esa parte de mí, había resultado muy fácil, después de que él me hubiera dado tanto.

Estaba orgullosa de todo lo que mi familia había construido y de que ese fuera mi legado. Deseaba engrandecerlo y honrarlo cuanto fuera posible, y esperaba que él pudiera formar parte de aquéllo algún día. Que me ayudara a conseguirlo y lo compartiera conmigo.

Y él también quería. Acababa de dejármelo claro.

Había hablado de sus sentimientos sin reservas y me había dicho unas cosas que... no sabía bien cómo gestionar con todo lo que teníamos encima. Porque estar segura de que Álex sentía lo mismo que yo, solo hacía las cosas más difíciles para ambos.

—¿Qué ocurre? —me preguntó demasiado cerca—. ¿No me deseas?

Por supuesto que lo deseaba. Sus manos acariciando mi cuerpo, me transmitían un calor que ardía debajo de mi piel. Estaba segura de que lo amaba, aunque esas palabras no hubieran salido de mi boca. Repasó mi labio inferior con su pulgar y exhalé un suspiro.

Le había dicho que todavía tenía muchas cosas que resolver y sabía que debía contárselas, pero él creía que el compromiso estaba roto y, estando a solas, temí su reacción. Sus hermanos tenían una capacidad para calmarlo de la que él ni siquiera se daba cuenta.

¿Cómo explicarle que, en realidad, no había nada resuelto? Que, aunque no pensaba casarme con John, lo más probable era que tuviera que mantener esa maldita farsa porque los Ricco estaban protegiendo a una persona vital para mi familia... ¿cómo decirle que me atormentaba no poder hacerle feliz, cuando él se había abierto a mí de tal forma que me sería imposible negarle nada?

Esperaba que entendiera mi silencio. No siempre había que hablar para hacer que alguien te escuchara. Esperaba que me leyera, que supiera que pensaba encontrar una solución para poder estar juntos, que tuviera la certeza de que el infierno se congelaría antes de permitir que John me pusiera un solo dedo encima.

Debía hablar con mi familia y dejar clara mi postura. Casarme con el asesino de mi padre... ni una película mala tendría tal argumento.

Por eso no se lo puse fácil. Por eso adopté esa actitud y le contesté como lo hice. Por eso me puse la coraza.

—Un poco presuntuoso por tu parte, ¿no? ¿y si te dijera que no te deseo? —pronuncié, con su cara a pocos centímetros de la mía.

Valiente mentirosa estaba resultando ser. Y más me costaba serlo, cuando él estaba tan imponente.

Se había quitado la chaqueta, pero llevaba aún el pantalón del traje y la camisa celeste, a juego con sus ojos. La corbata, de un azul oscuro más intenso, descansaba abierta sobre su cuello. Yo seguía llevando el vestido verde y mi moño desenfadado estaba prácticamente deshecho. Álex se encargó de ponerme un mechón de pelo detrás de la oreja, acariciando mi cuello de forma deliberadamente lenta a su paso. Temblé.

—Tu cuerpo me dice lo contrario —no dije nada. Me estaba leyendo, tal y como yo esperaba que hiciera. Ahí estaba la magia, en el aire, flotando entre nosotros—. Te estremeces cuando estoy cerca de ti, como ahora. Te rozo y tus ojos se cierran instintivamente, queriendo sentir todas las emociones que te estoy provocando.

Qué razón tenía y cuánto había llegado a conocerme en tan poco tiempo... no debí tener la coraza muy estudiada porque, en cuanto terminó de pronunciar esas palabras, me la quité.

—¡A la mierda! —tiré de los extremos de su corbata, acercándolo a mí cuanto pude. Tragué saliva y volví a cerrar los ojos ante el suave contacto de sus labios con los míos.

—¿Cómo ha ido el paseo? —nos interrumpió Cósomo y me sobresalté.

<<Muy oportuno, primito...>>. Más le valía tener una buena excusa para aparecer por aquí en este momento.

Álex se separó muy despacio de mí. Demasiado despacio como para no darse cuenta de que me había molestado que parara.

—Ha sido... interesante —contestó sin dejar de mirarme.

—Diría que todo con Blake lo es —se burló Cósomo y yo puse los ojos en blanco. Menudo idiota estaba hecho.

Álex suspiró, dejándome totalmente vacía de su contacto, y se dirigió a mi primo con el semblante serio.

—Creo que te debo una disculpa.

—¿Por qué? —preguntó este extrañado y Álex alzó las cejas, como si fuera evidente.

—¿Por haberte apuntado con un arma a la cabeza? —dijo irónico.

Sí. Por eso, por haber desconfiado de él, y por no haber acudido a mí primero. Con lo que sabía de nosotros, ya debía haber intuido que no nos traicionaríamos jamás. Mis primos y yo éramos uno, en muchos sentidos.

Cósomo hizo un gesto con la mano, quitándole importancia al asunto.

—No soy rencoroso, Álex. Hay cosas que hacen mucho más daño que esa.

No supe a qué se refería, pero me vino a la cabeza Romano. Aunque creía que las cosas nunca podrían ir mal entre ellos, se querían demasiado. Pero también sabía que mi primo se había quedado tocado al descubrir el asesinato. Lo conocía demasiado bien y era muy impulsivo. Esperaba que no hiciera ninguna tontería. Tendría que observarlo.

Álex asintió y se giró hacia mí.

—Creo que es hora de irme —se acercó y volvió a ponerme el mismo mechón de pelo suelto detrás de la oreja. Llevaba toda la noche dándome la lata—. Volveré mañana —me dio un beso en la mejilla y me miró a los ojos, susurrando—. Gracias por haberme abierto la puerta a tu mundo, Blake.

No pude evitar volver a cerrar los ojos y expirar profundamente todo el aire contenido, porque supe que no se refería solo a las estancias que acababa de enseñarle, sino al hecho de que me había abierto a él, tanto como él conmigo. Y que, aunque quedaba mucho que contar por ambas partes, por fin, estábamos en el mismo equipo.

¿Y decía que yo tenía poder sobre él? No sabía de lo que hablaba. Era yo la que estaba completamente a su merced.

Mi primo carraspeó. Álex se había marchado y yo llevaba unos minutos de más apoyada en la pared. Me obligué a incorporarme y me situé a su lado.

—Parece que he interrumpido algo importante —sonrió. Era un listillo.

—Qué perspicaz —me burlé—. ¿No descansas?

—No tengo sueño. ¿Qué tal con Alex?

—Demasiado bien —suspiré.

—Lo dices como si eso fuera malo.

—Tenemos muchas cosas encima. No podemos permitirnos tener distracciones.

—Blake, por favor, que estás hablando conmigo.

Ya, ya lo sabía. Pero, ¿cómo decir en voz alta lo que todavía ni siquiera yo había asimilado? Nos había costado sangre, sudor y lágrimas llegar hasta este momento y ni siquiera podía saborearlo como merecía. Puse la pelota en su tejado.

—¿Qué tal con Romano?

Mi primo comenzó a hacer aspavientos con los brazos.

—Es testarudo como él solo. Piensa que puede con todo y no ve el peligro al que se expone. Tengo que ir detrás de él constantemente, preocupado por si le pasa algo o hace alguna locura. ¡Es que no conoce la diferencia entre emoción y peligro, joder! ¡se cree invencible!

Lo miré alzando las cejas y no pude evitar que se me escapara una risita por todo lo que había soltado.

—Os parecéis bastante.

Él movió la cabeza negando.

—Cuando me dice esas mierdas y se queda tan ancho, me entran ganas de romper con todo. A veces, creo que no lo conozco.

—A veces, yo pienso lo mismo sobre ti —me puse seria, porque esa frase me salió del alma—. ¿Por qué nos ocultaste información?

Cósmo se frotó los ojos. ¡Y decía que no estaba cansado! Lo que estaba era dándole vueltas a la cabeza como un loco. Sin embargo, parecía muy seguro de haber tomado la decisión correcta al no decirnos nada ni a Giordano, ni a mí, sobre el asunto de Roma, y no dejaba de preguntarme por qué.

—No sé lo que robaron, Blake. Esa es la verdad. Averigüé que habían huido por un enfrentamiento con los Léoni y, sí, sabía que tenían algo muy valioso en su poder y que estaban bajo su amenaza, por eso no dije nada. Cuanta menos gente lo supiera, mejor.

Le di un pequeño puñetazo en el hombro. Me sentí un poco herida por sus palabras.

—¿Creías que yo iba a ir pregonándolo o qué?

—¡Claro que no! —se hizo el ofendido, como si eso fuera inconcebible—. Simplemente, entendí sus motivos y respeté su silencio. Te recuerdo que Romano tampoco me lo contó a mí, y te digo más, si mataran a alguien de mi familia —me apuntó con un dedo—, te aseguro que lo mínimo que haría sería robar algo y huir. Me enfrentaría a ellos y que pasara lo que tuviera que pasar. ¿Cómo culparlos, Blake? Han perdido a personas muy importantes en sus vidas. ¿Te imaginas perderme a mí o a Giordano!?

—¿O a mi padre? —dije y se me cortó el aliento. No. De hecho, todavía estaba en proceso de asimilar su muerte. Perder a alguno de mis primos era impensable.

—O a tío Roberto, sí —torció el gesto—. Por eso, entiendo que hayas matado a Scarlett. Por eso, comprendo lo de Santos y Ricardo. Y, por eso, te voy a ayudar a acabar con Vera, John y los Léoni. Pero tienes que respetar mis decisiones, como yo respeto las tuyas.

—Lo hago —era verdad. Respetaba a mis primos por encima de todo y sabía que jamás harían nada para dañarme. Esa era una de las pocas certezas que tenía en la vida—. Lo único que te pido es que no haya muchos daños colaterales cuando las tomes —lo reprendí, aunque no quise ser en exceso severa. Él tenía sus propios demonios con los que lidiar.

—Hecho —me dedicó una sonrisa—. ¿Estamos bien? No puedo soportar que estés enfadada conmigo.

Puso cara de niño bueno y suspiré.

—Somos familia. Lo tuyo es mío, incluidos los problemas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Entonces, estamos bien —sonreí a mi vez—. Descansa, yo voy a tomar un poco el aire — me despedí sabiendo que ambos teníamos mucho en lo que pensar y que debíamos ser fuertes, y estar más unidos que nunca, para no vernos arrastrados por toda la locura que nos rodeaba últimamente.

Salí al porche y dejé que la fresca brisa golpeará mi cara. Un color rojizo teñía el amanecer. Di la vuelta a la casa y me acerqué al jardín. Todo estaba ya recogido.

No quedaba rastro de lo ocurrido la noche anterior y no sabía si sentirme aliviada por ello. Necesitaba que algo me lo recordara. Quería mantener la rabia viva hasta terminar lo que habíamos empezado esa noche.

Escuché ruido en el interior de la casa que, poco a poco, iba volviendo a la vida. Levanté la cabeza y respiré. Una, dos, tres veces, impregnándome del frío rocío de la mañana.

Advertí que el tiempo amenazaba lluvia. Y, por un momento, pensé que, incluso el cielo lloraba lo que estaba a punto de ocurrir.

## Capítulo 4. Algunas verdades a medias

### BLAKE

Después de descansar lo poco que pude, revisé mi teléfono. Mis hombres se habían encargado del desastre provocado en la sala de reuniones y me informaban de ello con un breve <<Todo ok>>. Eso significaba que el cuerpo de Scarlett estaría ya en poder de los Ricco y se dispondrían a darle sepultura.

El funeral debía celebrarse pronto y en la más estricta intimidad. No acudirían ninguna de las otras familias, puesto que era una traidora. Solo los más allegados y el sacerdote estarían presentes. No podía ser de otra forma, esa era nuestra ley.

Mandé instrucciones a cada uno de mis hombres para que continuaran con su cometido.

Carlo recogería los pagos pendientes y echaría un vistazo a los negocios. Por suerte, todo parecía ir bien en la 59, pero le dije que se llevara a Stephano con él, por si acaso. Le vendría bien un apoyo y, el hijo de Reinard, tenía que aprender nuestros métodos a pasos agigantados si quería que siguiera contando con él en mi equipo.

Gianno había negociado la adquisición del despacho de abogados en la 60 y se estaba encargando de mejorarlo, según nuestras condiciones.

Beto había ido a la sede central de nuestra cadena de hoteles, para revisar que las cuentas cuadraran.

Chiara estaba permanentemente en la Fundación, asegurándose de que todo estuviera en orden.

Y Reinard investigaba cualquier resquicio oculto sobre el tipo del FBI. No había vuelto a molestarnos y, aunque pudiera parecer absurdo, aquéllo me preocupaba.

Estaba todo demasiado tranquilo y, como siempre decía mi abuelo, <<donde hay vida, hay problemas>>. Y aquí había mucho de ambas cosas.

Odiaba a ese tipo, aun sin haber cruzado palabra con él. Lo que insinuaba de mi padre no era cierto, era despreciable y, tarde o temprano, averiguaríamos lo que estaba ocurriendo y le haríamos tragar sus palabras una a una.

El ritmo de Nueva York era frenético y el tiempo pasaba veloz. Había muy pocas horas encerradas en el día y no sabía si serían las suficientes como para hacer todo lo que nos aguardaba.

Ví que tenía una llamada perdida de Fiorella y se la devolví, antes de bajar al comedor. Cogió el teléfono cuándo ya estaba a punto de colgar.

—Blake, ¡por fin! —expresó con alivio—. ¿Cómo estás?

—No preguntes y no tendré que mentirte —contesté. Eso le diría todo lo que tenía que saber. Lo que había ocurrido era demasiado como para haberlo asimilado aún—. ¿Sabes algo de Zia?

—Sí, hablé con ella hace un rato. Está fatal, Blake. No se cree que esto esté pasando y yo me siento como una mierda.

—¿Tú, por qué?

—¿Porque no puedo ayudarlos! Y porque también confié en Scarlett y en Vera. ¿Por qué nos han hecho esto? ¿cómo han podido engañarnos a todos? ¡no tiene sentido!

Claro, ella no sabía nada sobre la implicación de John en el asunto. Decidí que debía ser sincera con una de mis mejores amigas.

—Hay algo que tengo que contarte, pero no puede ser por teléfono. Es sobre John.

—¿Qué ocurre?

—Debemos reunirnos pero, hasta entonces, tengo que pedirte un favor.

—Lo que quieras.

—Cuida de Zia. Todavía hay muchas cosas que tengo que solucionar antes de poder hacerlo yo misma... y te va a necesitar.

Mi amiga suspiró a través de la línea. Notaba su nerviosismo, aunque su voz no temblara. La conocía muy bien.

—Estoy en ello. Con la desaparición de Vera y Petra, la casa es un descontrol. Después de comer, me pasaré por allí.

Me envaré al escuchar aquello. ¿Petra también? Sabía que no era mejor que sus hermanos, pero no esperaba que se quitara de en medio tan pronto.

—¿Petra está desaparecida? ¿de qué hablas, Fio?

—Nadie sabe nada de ella desde hace horas. No descartan que haya huido con los Léoni.

Dios mío. ¿Dónde estarían escondidos? Habría que buscar incluso debajo de las piedras hasta encontrarlos y, si no quería que Zia o mis padrinos nos retiraran la palabra, no podría hacerlo yo.

—No confíes en nadie, Fiorella, ¿me oyes? —insistí, era importante.

—Solo en Carrick y en mi madre, lo sé, no te preocupes. Pero, tienes que explicarme lo que está pasando, Blake. No me gusta enterarme la última de la cosas y sabes que estoy más que dispuesta a ayudar en lo que haga falta.

—Cuento con ello y lo haré en cuánto nos veamos pero, mientras tanto, mantenme informada —pedí antes de colgar. Sabía que lo haría.

Bajé a almorzar y encontré en el comedor a toda mi familia, salvo a Giordano, que continuaba en su habitación. Rory me sirvió un plato con pasta, aunque yo tenía el estómago totalmente cerrado. Le pedí, por favor, que me trajera un café. Eso era lo único que admitiría mi cuerpo. Eso, y unas cuántas verdades.

—Tengo que hablar con vosotros —me puse en pie.

Mi abuelo levantó la cabeza de su plato. Mis tíos y mi madre, dejaron los cubiertos en la mesa, dispuestos a escucharme. Cósomo asintió a mi lado, apoyándose en lo que sabía que iba a decir. Mi abuela chasqueó la boca con aire ausente.

—¿Qué pasa, Blake? —preguntó Agostino.

—Hay algo que no os he contado. No solo fueron Scarlett y Vera quienes nos traicionaron. John también lo hizo. Está saliendo con Vera y planean quedarse con mi herencia, una vez que nos hayamos casado —me reí ante lo inverosímil de mis palabras. Me estaba volviendo loca—. Y no sé si Luciano y Kinsley están también implicados.

Miré a mi familia, pero no hubo ni una sola reacción fuera de lo normal. A nadie pareció extrañarle mis palabras. Cósomo y yo cruzamos una mirada de duda. Mi abuelo fue quien rompió un silencio que decía demasiadas cosas.

—No me sorprendería que Luciano lo hubiera orquestado todo —dijo y todos le prestamos atención—. Siempre le ha tenido mucha envidia a tu padre.

¿Cómo? Nunca lo había notado. Pensaba que se llevaban bien. Mis suegros nos adoraban. Sin

embargo, las últimas palabras de Scarlett, seguían en mi cabeza.

Dijo que no había sido ella y nos iba a dar el nombre de quién lo había hecho, pero no estaba segura de si sería el de su hermano o el de su padre. Maldije que esa certeza hubiera muerto con ella, dejándome con tanta incertidumbre.

—¿Por qué dices eso, abuelo?

—Hija, desde mi posición se ven las cosas con mucha claridad. Que las calle, no quiere decir que no me haya dado cuenta.

—Explícate, por favor.

Me senté, pero me incorporé hacia adelante, atenta a lo que tenía que decir.

—Luciano siempre ha querido ser *il capo di tutti capi*<sup>4</sup> pero en Nueva York, todas las familias tienen el mismo rango. Ese es el pacto que yo firmé con Micaelo Lorenzo y con Ignato Gulio al llegar a esta ciudad. Y lo sellamos con sangre. Pero Luciano, como su padre, nunca lo aceptaron.

Mi abuelo me acababa de confirmar lo que yo misma sospechaba. Era todo un complot de los Ricco para hacerse con el poder. ¿Quién más estaría en el ajo?

—¿Alguna vez han intentado romper ese pacto?

Necesitaba saber el pasado para comprender el presente. Había grandes cantidades de información en mi cabeza, esperando encajar en su lugar, y nadie conocía mejor que él la verdadera naturaleza de las personas.

—Jamás se atrevió —continuó mi abuelo—. Lucca Ricco era un hombre sin escrúpulos, pero antaño, se hacían las cosas de otra manera. Se respetaba la palabra por encima de todo. Era lo único que teníamos. Ahora... siquiera eso ya parece valer de nada.

Todo iba cobrando sentido poco a poco... John era igual que su abuelo... y tenía el apoyo de su padre. Debíamos pararlos.

—Ni que decir tiene que no pienso casarme —afirmé—. Hay que hacer algo para impedir esa boda.

—Blake —mi madre comenzó a hablar, pero se detuvo. Miró a mi abuela, lo pensó mejor, y cuándo ordenó las palabras en su mente, se dispuso a contarlas a todos los presentes, aunque dirigiéndose a mí—. Nada me horroriza más que pensar en dejarte en manos de ese cretino, pero las circunstancias no han cambiado. Los Ricco siguen teniendo la clave de algo, de alguien —se corrigió—, de vital importancia para nuestra familia.

—Necesito saber quién es —pedí—. ¿No veis que, negándome esa información, me ponéis en peligro?

—Lo sabrás cuando llegue el momento —dijo Agostino.

—Pero, ¿qué ganáis ocultándomelo? —no lograba entenderlo.

—Estamos comprando tiempo, hija —afirmó mi abuelo y quise entrever algo más, aunque en ese momento, no supe el qué.

—¿Para qué? ¿a qué estamos esperando? —alzó la voz mi primo, tan incrédulo como yo—. ¡Decídnoslo de una vez!

—Cósomo, siempre has sido el más impaciente —comentó su padre, pasándose una mano por la frente—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que, esperar al momento justo, es la clave de todo?

—¡Maldita sea! —me enervé. Yo nunca me enfrentaba a mi familia, pero me sentía furiosa y tenía la paciencia bajo mínimos—. ¿¡No os dais cuenta de que quieren matarme, como hicieron con papá!?

—Blake, mide tus palabras —me advirtió mi abuelo—. Las paredes tienen oídos.

—Te necesitan viva hasta después de la boda —dijo tía Bianca—. Estamos jugando con ventaja.

No me podía creer lo que estaba escuchando. Todos, incluso mi abuela, daban certeza a las palabras pronunciadas, porque seguro que no era la primera vez que mantenían esa conversación a mis espaldas.

Mi primo me observó e intuí que ambos estábamos perdidos en sus intrigas. ¿Éramos los únicos que ignorábamos lo que realmente ocurría? ¿qué estaba pasando?

—Esa boda no va a celebrarse —sentencié. No podía más. Sentía tal rabia e impotencia, que me salían por los poros.

—Buscaremos la manera de impedirlo —dijo Agostino, que cruzó una mirada cómplice con mi abuelo—. La buscaremos —me prometió y, por todo lo que intuía que él sabía, lo creí. Quise hacerlo.

Quise pensar que me protegería. Que no permitiría tamaña desfachatez. Que mi vida podía ser tan importante como la de aquella persona que estaban ocultando. No sabía si sería una esperanza vana pero, al menos, era una esperanza. Mucho más de lo que había tenido hasta ese momento.

—Cariño, hay algunas cosas de tu padre que me gustaría donar —me dijo mi madre, como si no hubiera pasado nada, como si el corazón no me latiera con una fiereza abrumadora—. Necesito que me ayudes a guardarlas en cajas y que las lleves a la Fundación.

Asentí y callé el hecho de que mi padre supiera que iba a morir. De que quizá, y rogaba porque así fuera, siguiera vivo. No quería que mi madre se alterara sin poder demostrarlo.

Hasta el momento, solo tenía las afirmaciones del albacea y un presentimiento, que de poco o nada servía sin más pruebas. Y bastante estábamos sufriendo ya con los vivos, como para despertar más fantasmas. Al menos, hasta que tuviera alguna evidencia clara de que mi presentimiento era cierto.

Tía Bianca, mamá y yo, subimos a su habitación y nos dispusimos a guardarlo todo en cajas y bolsas grandes de plástico. Hicimos limpieza de todas y cada una de las cosas que alguna vez habían pertenecido a mi padre. Su ropa, su perfume, zapatos, incluso cinturones y ropa interior. Todo debía desaparecer si queríamos seguir adelante.

El armario que mi padre compartía con mi madre, quedó prácticamente desierto y ella se sentó en la cama admirándolo, con mi tía Bianca rodeando sus hombros en un abrazo sentido. Las dejé allí rumiando su pena, atrapadas en sus recuerdos.

Cósono me ayudó a cargar las cosas en el coche y me preguntó si me acompañaba a la Fundación. Le dije que no. Que era algo que tenía que hacer yo sola.

Y era una verdad a medias. No pensaba deshacerme de lo que todavía desprendía el olor de mi padre.

Salí de la mansión y fui hasta una empresa de trasteros. Pagué el alquiler de uno de ellos en metálico, durante un año, y guardé sus cosas allí.

Lo hice con dolor y pesar, y con la ingenua idea de que, algún día, él pudiera volver a necesitarlas. Lo hice porque yo todavía no estaba preparada para seguir adelante. Porque necesitaba retener cerca todo lo que me quedaba de él, aunque fueran cosas materiales. Lo hice porque, si él nos hubiera visto, se habría enfadado con nosotras a lo grande por haber tocado sus cosas, y porque su recuerdo seguía tan vivo en mi mente, que continuaba respetando su palabra incluso por encima de la ley.

Y aunque era una ilusa, una idiota y una mentirosa con los demás, no podía engañarme a mí misma.

Lo hice porque estaba aferrada a esa maldita intuición que rugía en mi estómago y que me comía las entrañas. Y me conocía lo suficientemente bien como para saber que jamás iba a dejarla ir. No, hasta que estuviera segura de que estaba muerto. No, mientras a mí me quedara un solo soplo de vida.

## Capítulo 5. Una menos

### ROMANO

—¿Qué pasa con Cósomo? —me preguntó Álex antes de entrar en el sótano de nuestra casa.

Lo dejamos con Blake esa mañana y había vuelto con una sonrisa de oreja a oreja, hacía una media hora. El tiempo suficiente para explicarle lo que habíamos hecho Bass y yo en su ausencia, y que le cambiara la cara.

—Todo le molesta. No hay quien cojones lo aguante, pero ya lo arreglaré —dije, dando la conversación por zanjada.

No quería darle más vueltas y menos con mis hermanos, que eran unos cotillas sabiondos.

Era evidente que mi novio y yo debíamos hablar. Tenía toda la razón del mundo al enfadarse. Le oculté lo que hicimos en Roma, lo de Santos y Ricardo, lo que teníamos ahora entre manos... y no es que no quisiera contárselo, ¡claro que quería ser sincero! Lo amaba por encima de todas las cosas. La pasión que había entre nosotros era brutal. Conectamos desde el primer momento y por nada del mundo pensaba perderlo, pero sabía que me iba a poner el grito en el cielo cuando se enterara de todo y, por el momento, prefería ahorrarme esa bronca...

Cósomo tenía una extraña forma de juzgarme con la mirada, que me jodía en lo más profundo. Como si nunca se le hubiera pasado por la cabeza robar, amenazar o matar a alguien. Como si él no perteneciera a la mafia.

Y que conste, que eso no quería decir que los mafiosos no pudieran tener valores. Por supuesto que los teníamos. Éramos hombres de honor. Sabíamos distinguir el bien del mal, la ambición de la falsa modestia, y la mierda del oro. Y tampoco iba a negar que yo había hecho cosas de las que no me sentía orgulloso, pero él no era mejor que yo. No debía echarme nada en cara.

—Creo que lo que le ha molestado, en realidad, ha sido la mentira —dijo Álex y yo me cagué en todo.

Ya habíamos hecho partícipes a los Marconni de muchas más cosas de las que debíamos. Y sabía que él se había quitado un peso de encima. Incluso Bass y yo nos habíamos liberado en cierto modo, pero había asuntos que no me parecía oportuno ir aireando tan alegremente, ni siquiera a mi novio. Y no solo lo hacía por nosotros, también quería protegerlo a él. Pero es que era un cabezota metomentodo. Al final, acababa averiguándolo todo siempre, de una forma u otra.

—¡No puedo contarle cada paso que doy! ¡no es seguro! —alcé la voz. Además, no quería que me reprendiera por mis actos. Me hacía sentir como un niño pequeño.

—En eso consiste una relación, cuñado —me dijo Julia sonriente y Bass la abrazó por detrás, dándole un beso en la cabeza—. Tienes que hacer partícipe de tus cosas a tu pareja.

—¿Estamos a lo que estamos? —pregunté, ignorando su afirmación. No quería seguir hablando de Cósomo. Lo que teníamos entre manos debía captar toda nuestra atención en ese momento.

—Sí, estamos —confirmó Álex—. ¿Vas a entrar? —preguntó a Julia.

—¿Bromeas? —contestó ella, alzando las cejas—. Esto es lo más emocionante que hemos hecho desde que llegamos.

¿En serio? Claro, porque destapar lo que nos trajo a Nueva York y confesar prácticamente todos nuestros secretos, había sido pan comido...

—¡Oye! —la reprendió mi hermano y mi cuñada se rió—. Luego te voy a enseñar yo lo que es la emoción —dijo y me dolieron los oídos.

A veces, no sabía quién era peor, si Bass o Julia. Normal que fueran el uno para el otro.

—No hace falta que entréis ninguno de los dos —pidió Álex, comenzando a girar el pomo—. Buscaos un maldito hotel.

Esa broma nos inundó a todos de la calma que precedía a la tormenta. Porque cuando mi hermano terminó de abrir la puerta y observamos lo que había tras ella, solo pudimos adoptar un gesto serio y prepararnos para la acción.

Petra continuaba amordazada y atada a una silla, tal y como la habíamos dejado hacía un rato. A Bass y a mí se nos había ocurrido la genial idea de secuestrarla para sacarle información.

Vale. Estaba claro que, a veces, se nos iba la olla bastante. Pero, al no estar Álex para contenernos, a los dos nos pareció la mejor decisión del mundo.

Y la verdad era, que había sido muy fácil.

Estaba sentada en el porche trasero de la casa de su hijo, meciéndose en una butaca, perdida en sus pensamientos. Dentro de la casa había demasiado caos como para que se dieran cuenta de que Bass y yo nos acercábamos y la dormíamos con cloroformo para llevárnosla de allí. Cuando se quisieran dar cuenta, ya sería tarde. No iban a volver a verla.

La cara de la anciana era un poema. Nunca nos había visto. No sabía que éramos los hijos de los Cabante. Aunque, una vez que se enterara, estaba seguro de que le cambiaría el semblante.

Álex se adelantó y le quitó la mordaza. Él iba a ser el encargado de llevar a cabo el interrogatorio. Era el que más temple tenía y el que más acostumbrado estaba a hacerlo.

La Léoni comenzó a quejarse, pero calló cuando mi hermano le dio agua.

—¿¡Cómo os atrevéis!? ¡soltadme! —exigió, después de beber. Un hilo del líquido corría por su barbilla y Álex se la secó. Fue acto de bondad por su parte. Yo no hubiera sido tan buena persona.

—Tranquilízate, Petra —dijo—. Solo queremos charlar contigo.

—Estáis muertos —siseó.

Estaba indefensa, pero no dejaba a un lado su carácter. Si no tuviera tanta mala leche, casi me hubiera dado pena verla en aquella situación. Casi.

—¿Como tus hermanos? —se burló Álex de forma cruel. Tenía un don para que sus gestos cuidadosos contradijeran sus duras palabras.

—¡Malditos bastardos! —gritó sin poder contenerse—. ¿Qué sabéis vosotros de mis hermanos?

—Sé que Santos murió con los ojos abiertos —Álex se acercó a su rostro y le acarició la cara. Petra movió la cabeza asqueada.

—Y Ricardo también —dije yo—. Hasta en eso se pusieron de acuerdo.

—Los Cabante —susurró, reconociéndonos por fin. Sus sobrinos estaban en Nueva York por nosotros.

—Parece que nuestra fama nos precede —se mofó Bass.

—Xesco y Vitorio os mataran con sus propias manos. A vosotros, a vuestros padres, a toda vuestra familia —espetó fuera de sí—, igual que hicieron con los otros. Vais a caer uno a uno.

Menuda hija de puta era. Fredric, Sofía, Gennaro, Giovanna... Todos habían muerto a manos de su familia y ella no hacía más que regodearse.

—No gastes saliva —dijo Bass—. Deja las amenazas para quien pueda cumplirlas.

—¿Creíais que por salir de Roma estabais a salvo? —siguió altiva—. ¿Como los huerfanitos Escalante?

—Ni los nombres —se envaró Bass y todos nos pusimos alerta. Por ahí sí que no pensábamos pasar. Alessio y Bella ya habían sufrido demasiado. La anciana se rió.

—No podéis esconderos de los Léoni. Ni vosotros, ni ellos. ¿Quién creéis que avisó a mi familia de dónde estabais? —continuó arrogante. No supe decir si sonreía o hacía una mueca. Tenía la cara desencajada—. Para todos erais la sexta familia, unos desconocidos, pero yo os tenía calados —su voz era ronca pero firme.

Hablaba con la seguridad de quién se sabe con ventaja y eso me inquietó. Supe que mis hermanos pensaban lo mismo que yo, por la mirada que nos echamos. ¿Podía tener un as en la manga que aún no conocíamos?

—Así que tú nos delataste —comentó Álex, ignorando lo anterior—. Casi me estás pidiendo que te mate, Petra.

—¿Dónde lo tenéis? —preguntó, refiriéndose a lo que robamos en Roma.

—¿Qué dices? —Álex se puso una mano en el oído. Era puro teatro—. ¿Que quieres que te mate?

—¡Decidme dónde lo habéis escondido! ¡os lo exijo! —gritó de nuevo, intentando levantarse sin éxito. Tenía unas bridas alrededor de sus muñecas.

—No te oigo bien —siguió burlándose—. Solo escucho, ¡mátame, Cabante! ¡igual que a mis hermanos!

Me entró la risa y Álex sonrió.

—Nosotros os mataremos antes —Petra apretaba los labios con fuerza. Estaba blanca como la pared. La rabia se la estaba comiendo por dentro.

—¿Crees que tus sobrinos van a venir a rescatarte? —preguntó Álex. Ese era el plan, sacarlos de la madriguera en que estuvieran escondidos. Por fin la estaba llevando a su terrero—. Quizá debamos ponerlos a prueba...

—Desde luego, han llegado muy lejos —dijo Bass, que tenía de nuevo su perpetua sonrisa—. ¿Quién hubiera pensado que Vitorio y Xesco iban a abandonar Italia alguna vez?

—Parece que querían ponernos sus muertes en bandeja —contestó Álex—. Podían habérnoslo puesto más difícil. Así no tiene gracia.

Petra gruñó.

—La fruta no cae muy lejos del árbol. La muerte de sus padres fue un juego de niños —comenté, haciéndola rabiar aún más.

Julia se mantenía cerca de la puerta, observando el diálogo que se había establecido entre mis hermanos y yo. Me encantaba vernos en acción. Bass y Álex eran los putos amos cuando se lo proponían. La Léoni movía la cabeza de uno a otro, incrédula por lo que estaba escuchando.

—Pero me da que no van a arriesgar su vida por ella —dijo Álex desdeñoso—. Tampoco es que se hayan preocupado mucho hasta ahora...

—De hecho, llevaban varias semanas en Nueva York antes de decidirse a dar la cara —confirmó Bass.

Álex se miró la muñeca, como si llevara un reloj imaginario.

—Parece que es la hora de los cobardes.

—Exactamente como sus padres —dije y Petra ya no pudo más.

—¡Basta! —exclamó entre dientes. Queríamos que se le soltara la lengua y estábamos consiguiéndolo—. ¡Seréis pasto del infierno! ¡os comerán vivos! ¡os arrancarán el corazón y se lo darán a vuestras mujeres para que os lloren! ¡no quedará nada que reconocer de vuestros malditos cadáveres!

—¿Tú crees? —Álex no se había inmutado siquiera por lo que acababa de largar la Léoni por la boca—. Yo diría que son unos malditos cobardes —se acercó a ella, quedándose a un palmo de su cara—. Co.bar.des —deletreó, qué bien se le daba. Nada molestaba más a Petra que el que hablaran mal sobre su familia, y mi hermano no dejaba de sonreír mientras la atosigaba—. ¡COBARDES!

—¡Basta!

—¡COBARDES! —repitió.

—¡No!

—Escondidos en el hueco más profundo de Nueva York, como las ratas callejeras que son.

—¡No es verdad!

—Como Vera, que es otra rata inmunda.

—¡Basta! ¡no es verdad! ¡acabarán contigo el primero, hijo de mil putas!

—¿Cómo? ¿encerrados en las cloacas? ¿cagados de miedo? ¿aterrorizados por si les hacemos algo? ¿acaso crees que les importas lo más mínimo?

—¡¡Ellos saben dónde estoy!!

—¿Cómo pueden saberlo? ¡nadie sabía que te íbamos a traer aquí! —gritó mi hermano por primera vez, con su mismo tono—. ¡Estás sola!

—¡Me tienen localizada! —espetó Petra, ya sin poder contenerse—. Ese maldito aparato —se señaló el cuello con la cabeza. Llevaba un colgante cuyo final estaba escondido tras el vestido. Álex se lo quitó y todos lo observamos. Era un pulsador, como los de asistencia a las personas mayores que viven solas—. Solo tenéis que darle al botón y sé que vendrán. Vera siempre me hace llevarlo por si me pasa algo. ¡Está conectado con una alarma de su móvil! ¡mi nieta me adora!

Los teníamos. El amor por su familia había sido su perdición. Al final, el secuestro sí que había sido una idea alucinante.

—Dudo que alguien pueda adorarte, Petra, querida —pronunció mi madre entrando al sótano, seguida de mi padre, y todos enmudecimos.

Mis padres se habían enterado del secuestro minutos antes que Álex. La verdad era que, Bass y yo, temíamos que nos cayera una bronca de las grandes, pero fue al contrario. Ellos les tenían tantas ganas como nosotros a los Léoni. Quizá más. Les habían arrebatado a personas demasiado importantes en su vida como para pasar por alto esta oportunidad.

Incluso mi madre, que rara vez se metía en estos asuntos, y que odiaba la vida que llevábamos, había bajado a ver el espectáculo. Sofía y Fredric eran sus íntimos amigos. Gennaro, su cuñado. Y Giovanna, prácticamente, una nuera. Entendía que lo hubiera hecho. Lo que no esperaba era verla encararse directamente con la Léoni.

—¿Crees que eres la primera persona que viene a por mi familia? —continuó, acercándose a ella. Mi padre se había quedado a cierta distancia, dejándola hacer. Álex también se apartó—. Muchos lo han intentado y aquí seguimos. ¿Qué te hace diferente? —le escupió en la cara y Petra hizo una mueca de auténtico asco—. Yo te lo diré. Nada. No podrás con nosotros, porque nosotros somos Roma —susurró, aunque todos la escuchamos.

La Léoni se había quedado impactada. Incluso yo me había sorprendido ante la frialdad de mi madre, cuya voz siempre desprendía ternura. Me enorgullecí. No podía estar más de acuerdo con ella.

—¡Mi familia es quién domina Roma! —gritó Petra.

Pobre desgraciada.

—¿Qué familia? —preguntó mi madre—. ¿La que nosotros matamos? —se agachó para ponerse a su altura—. Tus sobrinos, tu nieta y tú, también estáis muertos ya, pero aún no lo sabéis.

—Me encontrarán —dijo la anciana, aunque ya con mucha menos seguridad en la voz—. Me salvarán.

Mi madre se rió.

—Claro que sí, querida. Encontrarán tu cuerpo. Y, entonces, les llegará su turno.

Mi madre miró a mi padre por encima del hombro y este se dispuso a acercarse. Parecían tenerlo todo planeado. Una sola señal bastó para que mi padre se colocara delante de la Léoni, pusiera un dedo en su barbilla para obligarla a mirarlo y cambiara ese dedo por el cuchillo que guardaba en la otra mano.

Bass rodeó a Julia con el brazo y no la dejó mirar. Álex y yo no pudimos apartar la vista del rostro asustado de Petra, que sabía, tan bien como nosotros, cuál iba a ser su final.

—Dile a tus hermanos que Alessio Cabante les envía saludos. Algún día volveremos a encontrarnos en el infierno —y le cortó la garganta sin ningún tipo de miramiento.

La Léoni emitió un sonido ahogado y fue lo último que escuchamos de ella. Su cuello no paraba de echar sangre a borbotones, mientras mi padre limpiaba el cuchillo con un pañuelo que sacó de su bolsillo.

Álex se acercó a ella y le cerró los ojos. Me fijé en lo que llevaba en su mano.

—¿Qué hacemos con el colgante? —pregunté.

—No los hagamos esperar, ¿no? —dijo Bass, más que dispuesto a pulsarlo él mismo.

—Todavía no —ordenó mi madre con la misma sonrisa inquietante que lucía mi padre en su rostro—. Deshaceos del cadáver y arreglaos para el almuerzo. Estamos de celebración.

Mis hermanos, Julia y yo, nos miramos con una pregunta silenciosa. Era cierto que los mayores enemigos de mi padre estaban muertos. Petra, Santos y Ricardo. A los Léoni les iba a costar mucho recuperarse de aquéllo, pero todavía quedaban sus hijos y Arenardi. No habíamos acabado, ni muchísimo menos. Nuestra familia seguía en peligro, tanto en Nueva York, como en Roma... incluso, en España, porque Petra nos había dejado claro que Alessio y Bella también eran un objetivo. Y no habría paz, no podríamos descansar realmente, hasta terminar lo que habíamos empezado.

Pero entonces, mi padre pronunció diez palabras que abrieron un inmenso universo de posibilidades. Algo que llevábamos demasiado tiempo esperando y que nos catapultaría directamente al estatus que ostentábamos antes de que todo ocurriera. Por segunda vez, no sin esfuerzo, habíamos alcanzado la cima del poder y eso, por supuesto, había que celebrarlo.

—Estáis ante el nuevo Juez del Estado de Nueva York —y finalmente, todos sonreímos.



## Capítulo 6. La estrategia

### GIORDANO

Los Cabante volvieron a nuestra casa al día siguiente y se reunieron de nuevo en mi habitación. Ellos nos habían contado prácticamente todo sobre sus vidas, y ahora le tocaba a mi prima. Y necesitaba mi apoyo, tanto como yo el suyo, aunque ella no supiera aún hasta qué punto era así.

Blake, Álex, Bass, Cósomo y Romano, se sentaron en las mismas posiciones que la madrugada anterior. Yo todavía no me había movido de la cama, solo para ir al baño, y recibía las visitas de rigor de mi familia cada cinco minutos.

Pero la más importante, había sido la de mi abuelo, porque no solo vino a verme para pasar el rato, sino también para interrogarme. Quería averiguar cuánto sabía mi prima. Después de que ella les contara lo que había ocurrido con John, que él también era parte de la traición y que no pensaba casarse, todos estaban preocupados.

Al parecer, mi padre le había asegurado que encontraríamos la manera de evitar su boda. Y eso solo sería posible si nos espabilábamos y descubríamos la forma de jugársela a Luciano. Era un cabrón muy escurridizo y se había asegurado de no dejar ningún cabo suelto.

Aún no me había recuperado del todo, pero seguía trabajando en ello. Mi portátil descansaba en la mesa del escritorio y lo cogía cada vez que me dejaban solo. No había tiempo que perder. A Blake se le estaba acabando la paciencia.

Mi abuelo me dijo que se había cabreado mucho y, por muy fría que fuera, ella nunca jamás se enfadaba con la familia, ni alzaba la voz, por lo que esa actitud me inquietó casi tanto como lo que teníamos entre manos.

En mi habitación, además de los Cabante, mi hermano y mi prima, se había colado alguien nuevo. Julia, la novia de Bass, que rápidamente vi tan parecida a él, aunque un poco más comedida, y más responsable que el hermano más divertido de Álex.

—No hemos visto nada sobre la muerte de Scarlett en la prensa. ¿La policía no lo está investigando? —preguntó Bass.

A Blake casi le faltó reír y yo miré a Sebastian con incredulidad.

—La policía tiene demasiado trabajo como para preocuparse de una muerte aislada. Mis hombres ya la han camuflado —contestó ella.

—¿Y el FBI? —Romano se refería al tipo que había hablado varias veces con Cósomo.

Se llamaba Bradley Ford. Lo teníamos pegado al culo porque quería que le sirviéramos a Palmiro en bandeja, tal y como había fingido hacer tío Roberto. Pero, por el momento, no me preocupaba. Con respecto a él, todo estaba preparado, y sabía que Reinard lo estaba vigilando.

—No estamos dándole información y le he vetado la entrada a esta casa —dijo Blake—. Espero que eso sea suficiente.

—Si eso está controlado, ¿qué estamos haciendo aquí? —volvió Bass a la carga. ¿Es que tenía prisa por ir a otro sitio? Joder, que lo que Blake tenía que decir, no era nada fácil.

—Bueno, como os dije ayer, hay algunas cosas que debemos contaros —comentó mi prima y se dispuso a hacer partícipes de nuestras intrigas a los recién llegados—. No sé ni por dónde empezar.

La animé con la mirada. Mi abuelo había dado su aprobación. Me dijo que no veía mal que tuviéramos un poco de apoyo exterior, siempre y cuando pudiéramos confiar en ellos, y que iba a procurar que no se cruzaran con nadie de nuestra familia cuando vinieran.

Le aseguré que así era. Confiaba en la verdad de sus sentimientos. Yo mismo sabía hasta dónde podía llegar alguien por amor.

Aun así, aunque él también era conocedor de la relación que unía a Cósomo con Romano y a Blake con Álex, me pidió que inventara algo para limitar sus visitas, puesto que podía ser peligroso que nos vieran juntos. Los Cabante tenían tantos enemigos como nosotros y eso no nos beneficiaba.

—Por el principio —contesté, a sabiendas de dónde había comenzado todo.

—Siempre por el principio —estuvo de acuerdo Cósomo. Los dos éramos muy prácticos en ese sentido. Blake Asintió.

—John y yo llevamos juntos toda la vida —comenzó, envolviéndonos en su historia. Tenía una capacidad innata para ello—. No tengo recuerdos de mi infancia o de mi adolescencia sin él.

Efectivamente, habíamos crecido todos juntos. Martia, Zia, Vera, Matteo, Elio, Fredo, Fiorella, John, incluso, Scarlett. Aunque se veía que la hermana de John no aceptaba la supremacía de Blake y la desafiaba constantemente. Ya sabíamos el motivo.

La envidia <<sana>> te impulsaba a ser mejor, a conseguir lo que te propusieras. Pero, la mala, la de verdad, era una mierda de sentimiento que te corroía por dentro hasta pudrirte. Y Scarlett era un buen ejemplo de ello.

—Podéis comprender —continuó—, que nuestra relación se diera de forma tan natural como respirar. Teníamos cuatro años cuando me pidió salir y seis cuando le dije que sí —recordó, con una sonrisa triste—. Hemos estado juntos desde entonces.

Escuchar a mi prima revelando aquéllo, y lo que significaba para ella y para Álex, hizo que me diera un vuelco al corazón, y que Martia viniera a mis pensamientos. Ni siquiera la había llamado para preguntarle cómo estaba. Siempre había sido un puto gilipollas con ella, pero la amaba y todavía podía cambiar, darle todo de mí. Aquella conversación hizo que me preguntara si tendría el coraje para hacerlo algún día.

Miré a Álex y observé la cantidad de emociones que pasaban por su rostro, muchas de ellas indescifrables para alguien que no estuviera enamorado. Pero en esa habitación, supe que todos lo entendíamos demasiado bien.

—Nunca habíamos tenido planes de boda como tales. Simplemente, la vida seguía su curso y, llevando tanto tiempo juntos, supe que era eso lo que nuestras familias esperaban de nosotros cuando tuviéramos una edad razonable —se encogió de hombros—. Que nos casáramos y nos hiciéramos cargo del negocio.

—Pero tú no estabas enamorada —interrumpió Cósomo. Ambos lo sabíamos desde hacía años.

Mi hermano y yo siempre habíamos respetado las decisiones de Blake. No solo porque era la mayor, sino porque el liderazgo estaba en su naturaleza. Teníamos tal camaradería que, más que una prima, era una hermana. Y no me cabía duda de que, si Álex no hubiera entrado en la ecuación, Blake seguiría con John. Quitando la traición, por supuesto. Era cómodo, algo conocido y lo quería. Todos lo queríamos. Desde que teníamos uso de razón, John apenas se había separado de Blake y, por lo tanto, tampoco de nosotros. Y, sin embargo, nos había engañado a todos.

—No. No lo estaba. Y hace poco dí el paso, rompí la relación y se lo dije a mi familia — miró de reojo a Álex, sin decir que había dado ese paso por él—. Ahí fue cuando me dejaron claro que la boda no era opcional.

Todos estábamos callados, escuchándola, y centrados en los sentimientos que transmitía. Desasosiego, esperanza, temor. Todo lo que provocaba era increíble, por eso me sobresalté cuando Romano preguntó por qué. Era una pregunta lógica. No tenía mucho sentido que en pleno siglo veintiuno obligaran a nadie a casarse con alguien a quien no amaba.

—Los Ricco tienen escondida desde hace décadas a una persona muy importante para nosotros —explicó y me llenó de orgullo que se incluyera, porque lo que era que importante para los suyos, lo era para ella, incluso aunque no supiera de quién se trataba. Y no se iba a arrepentir. Era el secreto mejor guardado, pero yo ya lo había averiguado—. No nos han revelado de quién se trata. Solo sabemos que vio algo que no debía y que a los Spígola les ordenaron asesinarla.

—Conocemos bien a los Spígola —dijo Álex—. Están hechos de la misma pasta que los Léoni. Me resulta raro que no llevaran a cabo el encargo.

—No lo hicieron por deferencia a mi abuela. Lo único que pidieron a cambio es que la escondieran bien, pero en aquél entonces, mis abuelos no tenían poder suficiente para hacer desaparecer a nadie y ahí fue donde entraron los Ricco. Actualmente, solo ellos conocen su paradero.

—¿Y qué tiene eso que ver con la boda? —Álex ya tenía el ceño fruncido. Miedo me daba su reacción cuando terminara de comprender lo que en realidad ocurría.

—Para sellar el pacto de mantenerla a salvo, pidieron una boda que hermanara a ambas familias y todos decidieron que fuéramos John y yo quienes cumpliéramos ese acuerdo.

—No puede ser —se pasó una mano por la frente—. Joder —se levantó de golpe, haciendo un ruido estruendoso con la silla, y comenzó a dar vueltas por la habitación—. ¡Sabía que había algo que no me decías! ¡no podías casarte con ese gilipollas sin quererlo! ¡¡mierda!!

—Pero, ¿por qué no antes? ¿por qué no os lo han dicho ya? —preguntó Sebastian, intrigado.

—Porque los Ricco quieren que esta boda se celebre a toda costa —dijo su hermano, dando con la tecla. Era demasiado perspicaz.

—Y ahora sabemos por qué. John y yo juntos... no habría poder que nos igualara. Seríamos los jefes de todos los jefes. La cabeza reinante de todas las familias.

—*Il capo di tutti capi*<sup>4</sup> —susurró Álex, que pese al murmullo de su voz, estaba furioso. La certeza bullía en su interior y parecía que iba a estallar de un momento a otro.

—Así es. Imaginaos si encima me quitaran a mí de en medio —dijo mi prima—. Luciano conseguiría lo que siempre ha querido a través de su hijo.

Por fin tenía la clave. Por eso, precisamente, debíamos ser tan cuidadosos con nuestros movimientos.

—¿Tan importante es esa persona como para imponeros su voluntad? —preguntó Romano.

—Lo único que sabemos es que, si sale a la luz que sigue viva, será el fin de nuestra familia.

Me sentía como un traidor de mi propia sangre. Yo sabía quién era y no lo podía decir porque, efectivamente, si alguien conocía su paradero, se iría todo a la mierda.

—Por eso, la boda debe seguir en pie —continuó Blake, poniendo todas las cartas sobre la mesa—. No nos revelarán quién es o dónde está, hasta que se celebre.

—¡Qué putada! —espetó Bass incrédulo.

—¡Ni de coña! —gritó Álex, estallando. Le dio una patada a la silla que había dejado libre, tirándola al suelo, y se situó frente a mi prima. Su semblante estaba completamente desdibujado, como si no fuera capaz de entender el sentido de las palabras pronunciadas por Blake. Era de las

pocas veces que dejaba que viéramos sus sentimientos de una forma tan clara y me invadió el alma. Joder. Cómo lo comprendía—. No vas a casarte con ese hijo de puta. ¡No pienso permitirlo! ¡tendrá que pasar por encima de mi cadáver! —aseguró a dos centímetros de su cara y resultó casi cruel.

Ella, lejos de achantarse, clavó los ojos en los suyos y habló con toda la tranquilidad del mundo.

—No tengo la menor intención de casarme con ese malnacido pero, para que sigan protegiendo a quién tanto importa a mi familia, los Ricco tienen que creer que sí voy a hacerlo. Y por eso necesitamos vuestra ayuda.

Los miré a todos y supe que no me equivocaba con ellos. En sus rostros comprobé que estaban más que dispuestos a apoyarnos en lo que fuera.

Álex se calmó, pero no volvió a su asiento. Se quedó agachado entre Blake y Julia. Esta puso un brazo alrededor del hombro de su cuñado y cogió la mano de mi prima de forma cariñosa. Ella le devolvió el gesto, apretándosela un poco, y sonrió.

—Blake —dijo Julia. Aunque no nos conocía de nada, sentí que podíamos confiar en ella tanto como en los Cabante—. Dinos qué quieres que hagamos.

—Necesito que encontréis a Vera y a los Léoni. Tenemos que acabar con ellos, pero si lo hacemos nosotros, los Lorenzo jamás nos lo perdonarían.

—Déjalo en nuestras manos. Ya nos estamos encargando —Álex miró a sus hermanos, y vi una certeza en su rostro que me dio cierto sosiego.

—¿Cómo os estáis encargando, exactamente? —preguntó Cósomo con cara de sospecha.

—Quizá hayamos contado con la ayuda de Petra.

—¿La habéis obligado? —afirmé más que pregunté, porque era la única forma que se me ocurría de que esa mujer ayudara a alguien que no fuera ella misma.

—Digamos que hemos tenido un encuentro amistoso con ella —se carcajeó Bass.

—Decidme que no la habéis secuestrado —pidió Blake recelosa y nos lo aclaró a Cósomo y a mí—. Fiorella me dijo que Petra había desaparecido. Pensaban que se había ido con Vera.

—Hay que joderse —espetó Cósomo y se dirigió a su novio—. ¿Qué más me ocultas, Romano? Porque tus mentiras traspasan fronteras.

Vaya, vaya. Eso sí que no lo había previsto. Mi cuñadito se las traía. Y mi futuro primo, mucho más. ¿Con quién nos estábamos emparentando? Y yo me quejaba de Martia.

—¿De verdad estás preguntándome eso? —Romano hizo aspavientos con las manos—. ¡Asesinar! ¡secuestrar! Es parte de mi encanto. Si no me quieres, no me compres, joder, pero deja de juzgarme como si tú fueras mucho mejor que yo.

La que se estaba liando entre esos dos sí que traspasaba fronteras. Mi hermano arrugó los ojos y apretó los labios, que casi dibujaban una fina línea. Estaba dolido. Romano tampoco tenía mejor cara.

—Espero que no le tuvierais mucho cariño —dijo Bass, casi cómico, pero ninguno nos reímos.

—¿No la habréis matado? —pregunté. Tenía toda la pinta.

—No tiene nada que ver con vosotros —asintió Romano—. Era parte de una deuda que debimos cobrarnos hace tiempo.

—¡De puta madre! —Cósomo se levantó de la silla, enfrentándose a su novio.

Los tortolitos se enviaban miradas cargadas de significado, pero no volvieron a pronunciar palabra. Mi hermano era un hueso duro de roer y no tenía duda de que Romano se le parecía bastante en ese sentido.

Blake tenía la vista fija en Álex, pero no dijo nada.

—¿Qué tienes tú en mente? —preguntó este y atisbé cuánto había llegado a comprender a mi prima en tan poco tiempo. Sabía que no iba a quedarse parada mientras otros hacían el trabajo sucio. Siempre era la primera en tirarse al fango.

Ella suspiró y movió la cabeza, intentando deshacerse de sus pensamientos. No dudaba de que el asunto de Petra le hubiera molestado. Salvatore y Graziella eran sus padrinos.

—Mi padre me dejó una carta antes de morir —dijo, guardándose aún la teoría de que pudiera seguir vivo y sin mencionar que quizá mi padre supiera algo sobre el asunto. Nos había dado demasiadas señales. Pero eran justo las señales que habíamos planeado. Todo estaba siguiendo su curso, aunque Cósomo y Blake todavía tenían que darle vueltas a la carta para resolver su contenido—. Al principio, no lo entendíamos, pero su albacea me dijo que la había escrito el mismo día de su muerte y que iba por buen camino.

—¿Qué ponía? —preguntó Romano.

—Me pedía que buscara la verdad para obtener la libertad. Una verdad que no dejamos de perseguir desde entonces.

—Joder, con tu padre. ¿No podía haber sido más claro? —dijo Romano.

Blake bufó y continuó. Ya nos habíamos quejado bastante de la ambigüedad de tío Roberto.

—Además, escribió la palabra <<tesoro>> en ella. Mi padre jamás me ha llamado así, eso tiene que significar algo. Mirad.

Se sacó del bolsillo del pantalón la carta ya ajada de tío Roberto. Menos mal que le habíamos hecho unas cuantas copias. Se la tendió a los hermanos, que fueron pasándosela de unos a otros, hasta llegar a Julia.

—Estamos buscando algo muy valioso para tío Roberto —explicó mi hermano—. Algo por lo que merecía la pena morir.

Yo sabía lo que era, pero no podía decirlo. Mi abuelo tenía razón. Yo también agradecí que los Cabante estuvieran de nuestra parte. Aproveché el silencio para negar el tema de las coordenadas.

—Por cierto, he vuelto a revisar las coordenadas y no llevan a ningún sitio fiable. Son un camino sin salida. Estoy seguro de que eran falsas.

—¡Giordano! Que estás convaleciente, ¿para eso quieres el ordenador? —Blake torció el gesto y me entraron ganas de reír. Cuánto la quería—. Después de todo lo ocurrido... estoy empezando a pensar que los Ricco las plantaron allí para marearnos —dijo más para sí misma que para los demás.

—¿De qué habláis? —preguntó Julia.

—Hace unas semanas, John me invitó a su casa para registrar la caja fuerte de sus padres —Álex hizo un gruñido que todos ignoramos, por nuestro bien—. Allí encontré unos números, pero tienen toda la pinta de ser un señuelo, algo que habían colocado para distraernos.

—Era demasiado fácil —confirmé—. Fue llegar y topár.

—Así que, ¿las descartamos?

—Por supuesto. No nos vamos a ir al puto desierto del Sahara.

—Entonces, listo —interrumpió Bass—. Nosotros nos encargamos de Vera, Xesco y Vitorio. Y vosotros, de descifrar el contenido de la carta y encontrar a esa persona.

—Sí, pero quiero estar presente cuándo lo hagáis —exigió.

Álex entrelazó una mano con la suya.

—Blake, ¿para qué exponerte?

—Porque ellos participaron en la muerte de mi padre. Esto es personal —aseguró sin dar

lugar a discusión alguna.

—Tenemos una alianza —confirmé—, pero no podemos ser vistos juntos. Seríamos un blanco fácil y llamaríamos demasiado la atención.

—Vale —dijo Cósomo—. Blake, si tenemos que comunicarnos fuera de la casa o por teléfono, será mediante mensaje cifrado, como cuando éramos pequeños.

—Ni de coña —me negaba en rotundo a seguirle ese rollo raro a mi hermano. A ellos les flipaban los rompecabezas y los anagramas, pero a mí nunca se me habían dado bien.

Mi prima sonrió a Cósomo, que estaba enrabiado. Con su novio, conmigo y con ella. Siempre había sido el más inmaduro de los tres. Luego me miró a mí, entendiendo a lo que me refería.

—¿Sugieres que sincronizamos los teléfonos?

—Exacto.

Sincronizar los teléfonos, básicamente, era crear un chat en el que estuviéramos todos, pero desde una línea segura que yo me encargaría de procurar. Mensajes que se borrarían automáticamente y que no dejarían rastro en ningún servidor externo. Lo haríamos a través de una aplicación móvil propia que había desarrollado hacía unos años y que, entre nosotros, funcionaba a la perfección.

—Me parece bien —le sacó la lengua a Cósomo, burlona. Este la ignoró.

—A partir de ahora, Romano y Cósomo, Álex y tú, tendréis que llevar vuestras relaciones en secreto. Nadie puede veros juntos —insistí.

—No creo que haya problema —espetó mi hermano.

—Por mí, estupendo. Me vendrá bien un descanso —dijo Romano y quise que me tragara la tierra. Las miradas que se echaban transmitían fuego.

—¿Qué relación? —preguntó Blake, entendí que bromeando, aunque la verdad era que no tenía ni idea de en qué punto estaban esos dos.

—¿En serio? —Álex alzó las cejas mirando a mi prima. La tensión se palpaba en el ambiente.

Ella terminó sonriendo.

—Vale, lo llevaremos en secreto.

—¿Crees que podrás? —le preguntó Álex, presuntuoso.

Ni que estuvieran solos. Estaba por decirles si salíamos de la habitación, por muy convaleciente que estuviera. No me encantaba ver a mi prima en actitud cariñosa con un chico, aunque deseaba que fuera feliz, por encima de todas las cosas.

—No soy de piedra, pero intentaré resistirme a tus encantos —contestó con la misma pose que él, y no hicieron falta más palabras para saber lo que había entre ellos.

## Capítulo 7. La proposición *indecente*

### ÁLEX

Por fin lo entendía todo y, haber encajado las putas piezas, me jodía aún más. Casi hubiera preferido seguir en la ignorancia y eso que yo no era una persona cobarde. Enfrentaba lo que se me ponía por delante sin que me temblara el pulso. Pero saber por qué Blake tenía que casarse con el rubito traidor y no poder hacer nada para evitarlo, me frustraba hasta lo imposible.

No quería seguir así, siempre temiendo que el próximo beso que nos diéramos fuera el último. ¡Mierda! Si estábamos aquí, si ella era para mí, como yo para ella... ¿por qué me parecía tan inalcanzable? No iba a quedarme sentado viendo cómo ataba su vida a la de ese canalla.

Debía pensar en algo, algo que la liberara de aquéllo y que la acercara a mí. Algo... pero, ¿qué? ¿su muerte? No. En ese caso, jamás les dirían a los Marconni dónde retenían a esa misteriosa persona. ¿Entonces? Me pasé una mano por la frente, por si conseguía despejar algunas ideas, pero fue inútil, porque la única opción válida que se me había ocurrido... era un jodida locura.

Me sentía impotente, estaba harto de que siempre hubiera algo que nos separara, porque no pensaba dejarla ir. Mis sentimientos por ella eran tan reales que, la única alternativa que tenía, era rendirme a ellos y protegerlos con mi vida.

Estábamos en el porche de la entrada cuando me detuve. Necesitaba despedirme de Blake a solas. La cogí del brazo y ella se paró conmigo. Su mirada era intensa.

—Bass, esperadme en el coche —indiqué.

—Tú mandas, hermanito —me dijo y cabeceó en dirección a Blake—. Cuñada —sonrió y ella puso los ojos en blanco.

¿Para qué discutir con mi hermano? Iba a matarlo.

Romano también se quedó un poco apartado para hablar con Cósomo. Julia se acercó a este y le dio un abrazo, luego vino hacia Blake y repitió la acción.

—Me alegra mucho haberte conocido, aunque sea en estas circunstancias.

—Lo importante es que lo hemos hecho —se sonrieron y Julia intentó susurrar, pero no estábamos a la suficiente distancia como para que yo no la escuchara.

—Álex es así, no sabe hacer las cosas a medias. No le tengas en cuenta ese carácter que Dios le ha dado. En el fondo, es un buenazo.

—Tranquila —Blake le guiñó un ojo—. No me gustaría si fuese de otra forma.

Entorné la vista, enviándole miradas asesinas a mi cuñada. Vale que había tenido un arrebato y que, normalmente, era capaz de controlar mucho mejor mis emociones, pero tampoco creía que hiciera falta esa aclaración. Aunque me había encantado escuchar decir a Blake que le gustaba tal y como era... una sensación de plenitud se instaló en mi pecho y amenazaba con salirme por los poros.

Julia arrugó la nariz en un gesto muy suyo y se dirigió a Romano y a mí.

—Tardad lo que queráis. Seguro que Bass y yo encontramos algo para entretenernos —soltó

una carcajada que su novio le siguió.

¡A la mierda! Era mi mejor amiga, pero también tendría que matarla a ella. Vaya dos se habían juntado.

## ROMANO

Tuve que reírme de lo lindo con el humor de mi cuñada. Era una persona increíble. Empezó a salir con Bass casi cuando se conocieron. Y con <<casi>> me refería a que eran unos críos que acababan de entrar al colegio y ni siquiera sabían lo que implicaba salir con alguien en serio. Pero no les costó aprenderlo. Estuvieron con un tira y afloja importante hasta que mi hermano se declaró, que fue una semana después. Lo sabía porque no dejaban de contar su historia a todo aquél que quisiera escucharla y, al menos, la repetían tres o cuatro veces al año.

Bass nunca había sido una persona de andarse con rodeos, las cosas como eran. Él le echaba ganas a todo lo que se proponía y siempre acababa consiguiéndolo. Y mi cuñada no era diferente, por eso estaba seguro de que se llevaban tan bien.

Mi hermano siempre había destacado por ser el más perfecto de los tres, el que más carisma tenía, el más sosegado y el que encandilaba a todo el mundo. Madres, padres, profesores, profesoras, chicas, chicos... nadie se le resistía. En cuanto abría la boca, te conquistaba. Que encontrara al amor de su vida tan pronto fue una sorpresa, pero no habría podido elegir jamás mejor de lo que lo hizo. Julia encajaba tan perfectamente con nosotros que, a veces, me preguntaba qué habría sido de nuestra familia sin ella... esperaba no tener que descubrirlo nunca.

Álex y Blake se perdieron entre los árboles y yo cogí a Cósomo de la mano, para llevarlo a la parte trasera de la casa. No había personal cerca, pero aun así, lo metí en la casita de madera construida junto a la piscina. La tenían desde que eran pequeños, hacía años que nadie la utilizaba, y había sido nuestro refugio desde que nos conocimos.

Cualquiera podría pensar que teníamos una cómoda habitación, la suya, a pocos metros, y que hubiera sido una buena idea utilizarla. Pero ya había quedado patente que yo no era una persona con buenas ideas, sino de ideas geniales. Y, en cuanto me la enseñó, me pareció perfecta. Era nuestra. Nuestra guarida fuera de cualquier tormenta que pudiera desatarse en el exterior, salvo de la propia. Porque Cósomo me tenía tiritando de frío, de impotencia y de sentir cómo, poco a poco, se apartaba de mí sin poder ponerle remedio. Y ahora que no nos íbamos a ver en un tiempo, esa sensación se había acrecentado notablemente, rompiéndome los esquemas.

Tenía que averiguar qué era lo que tanto le molestaba de mí y arreglarlo. Y aunque yo no era muy dado a las disculpas, le pediría perdón una y mil veces si hacía falta, con tal de que siguiera a mi lado.

Abrí la puerta y la cerré, apoyándolo contra ella. La casita olía a polvo, al sexo que habíamos practicado días antes, a nosotros y, sobre todo, a él. Lo besé con ganas, casi con ansia, metiendo las manos por debajo de su camiseta, dispuesto a dar rienda suelta a todos mis instintos, hasta que mi novio me paró.

—¿Pero tú qué te has creído? ¿que puedes follarme a placer y yo me voy a dejar? —se pasó una mano por la frente, apartándose de mí—. Te quiero con toda mi alma, pero la has cagado mucho, joder. ¡Habéis secuestrado a Petra a plena luz del día! ¡la habéis matado!

—¿Acaso te importa? —le dije claramente y con toda la tranquilidad que fui capaz de mantener en un momento como aquél—. ¿Era tu mejor amiga o qué está pasando, Cósomo?

Se puso frente a mí, clavándome un dedo en el pecho repetidamente. Enfadado y dolido al mismo tiempo.

—Me importa que no dejes de ponerte en peligro. Me importa que corras hacia él como si fuera divertido, que te creas invencible y que estés dispuesto a morir por la causa. ¡Me importa que lo asumas como si a ti no te importara!

¿De verdad? ¿eso era lo que lo tenía tan susceptible? ¿el miedo a que me ocurriera algo? Mierda. En la vida podría quererlo con más intensidad que en ese momento.

—Tú siempre has sido igual que yo —me acerqué, le cogí las manos y no me rechazó. Iba por buen camino—. ¿Qué ha cambiado?

Calló unos segundos que me desesperaron y asustaron de la misma forma.

—Que estoy enamorado, y cada maldito minuto que paso a tu lado, pienso que va a ser el último —comenzó a sollozar y, antes siquiera de escapársele una lágrima, yo ya se la estaba secando—. Somos muy jóvenes, tenemos toda la vida por delante, Roma, y en cambio, tengo la sensación de que nuestras horas están contadas.

Tenía razón. La tenía en todo. Cada acción, cada decisión que tomaba, nos ponía en peligro. Eso era indiscutible y, sin embargo, me costaba evitarlo. Continué acariciando su mejilla.

—Yo siempre volveré a ti, amor. Eso no admite dudas.

—¿Hasta cuándo? ¿hasta que alguien me diga que has muerto?

Un rayo de dolor se paseó por su rostro y me sentí culpable. No había forma humana de que renunciara a él, pero tampoco quería hacerlo sufrir como lo hacía. Entendí que juzgaba mis actos porque tenía miedo. Todos lo teníamos.

—Compartimos el mismo mundo y sabes en qué consiste tan bien como yo. Aunque sea difícil, imprevisible, duro o cruel. Es lo que es, desde que nacimos, y no podemos cambiarlo, ni puedes quejarte porque yo lo disfrute.

—Sí, pertenecemos al mismo mundo. Un mundo que amo y detesto de igual forma. Y siempre me ha parecido bien. Las peleas, los negocios, enfrentarme a cualquier gilipollas que se metiera en nuestros asuntos... me daba la adrenalina que pensé que necesitaba... hasta que te conocí —chasqueó los dientes, se alejó un paso y se frotó los ojos, reprimiendo el llanto—. Tú dueles, Roma. Dueles mucho. Y ya no quiero más esa adrenalina. Lo único que necesito es tenerte a mi lado cada puto minuto del día.

Me dio un vuelco al corazón. Yo no quería doler. Esperaba que me deseara, que desatara su pasión conmigo, quería ser el único que lo hiciera vibrar, pero nunca dolerle. Eso jamás lo permitiría. No iba a consentir que nadie le hiciera daño, y mucho menos yo.

—Cariño, no podemos dejar de ser lo que somos, pero eso no impide que te ame más que a mi propia vida.

—¿Y si no es suficiente? ¿y si no me amas como yo necesito que lo hagas?

Un puñetazo en el estómago me hubiera dolido menos que esas preguntas.

—Te lo estoy dando todo de mí, Cósomo. No me digas que no te parece suficiente —me revolví el pelo, frenético. No podía perder el control. Si yo no me mantenía cuerdo, esta relación se iría a la mierda—. Dime, ¿qué quieres que haga? ¿quieres que te deje en paz?

—Si te dijera que sí, que te alejes, ¿lo harías?

Me miró con un brillo de angustia en los ojos.

—No —dije con contundencia. Tenía muy clara mi respuesta—. Seguiría estando aquí y cuidando de ti en la distancia. No vas a librarte de mí tan fácilmente, amor —alcé las cejas, insinuante, y él sonrió, por fin.

En ese momento, sentí que algo dentro de mí reverberaba. Que podía verme con total claridad, y sabía que no había poder suficiente en este mundo que consiguiera separarme de él, y que aun menos lo haría por propia voluntad, por mucho que me lo pidiera.

—¿No sabes cómo me cabreas! —exclamó dándose por vencido. Sonreí yo también, acercándome a él de nuevo, acariciando su rostro y bajando mis manos por su cuerpo.

No pensaba olvidar lo que me había dicho, pero pondría todo mi empeño en cambiar esa sensación que parecía quitarle un poco de vida con cada respiración.

—Es la misión de mi vida, cariño. Cabrearte y hacer las paces, una y otra vez —comencé a desabrochar su pantalón y él no se quejó. En cambio, emitió un gruñido de satisfacción conforme me acercaba a su centro—. Volverte loco, y enamorarte de nuevo cada día, mi amor...

—Romano... —pidió con desesperación. Pero no supe si quería que parara o que siguiera.

—¿Estás seguro de que quieres que me aleje? —continué bajando, dejando su miembro a un centímetro de mi boca.

—Espero que no lo hagas nunca —declaró enredando las manos en mi pelo, instándome a devorarlo.

—Sabes que siempre estaré contigo —lamí la punta, volviéndolo loco. Se mordió el labio.

—Necesito que sea así, ¿lo entiendes? —tiró suavemente de mi pelo para que lo mirara—. No es solo que lo quiera, es que lo necesito —me aclaró—. Ya no sabría cómo vivir sin ti.

—Me encargaré de que así sea, amor —lo introduje en mi interior, con avidez, codiciando darle todo lo que me pedía, deseando saciar su anhelo y el mío propio, mientras ambos perdíamos, poco a poco, la razón.

## ÁLEX

Tiré de Blake hasta meternos en el jardín, para que nadie nos viera. Cogí su rostro entre mis manos y la besé. No esperé a que me lo pidiera, tampoco pedí permiso. No estaba seguro de cuándo iba a poder hacerlo de nuevo y me negaba a privarnos de ello durante más tiempo del necesario.

La saboreé cuanto pude, perdiéndome en el calor de sus labios y ella me correspondió con vehemencia. No sabía si en algún momento esos besos precipitados se volverían más lentos, menos intensos, pero esperaba que no lo hicieran. Que, aunque llegara el día en que no tuviéramos un cronómetro contándonos los minutos, siempre gozáramos de la misma pasión.

—Álex —exhaló mi nombre con un suspiro, pero contenía una fuerza que me dejó cautivado. Su cuerpo me hablaba antes, incluso, de que ella hubiera pronunciado una sola palabra.

Apoyé mi frente en la suya, con los ojos cerrados y me maldije por dejar que alguien ejerciera esa influencia sobre mí, pero rindiéndome a ella, con cada fibra de mi ser.

—Joder —nuestros alientos se entremezclaban. Estaba deseando explorarla, perderme en ella, sentirla mía y ser suyo, en todos sentidos en los que una persona puede pertenecerle a otra—. ¿Qué estás haciendo conmigo?

Tenía las manos en mi cintura y las subió hasta mi cara. Clavó sus oscuros ojos en los míos.

—¿Quieres que pare? —preguntó y yo negué.

—Si quisiera que pararas, no estaría aquí.

Me recorrió un escalofrío ante la certeza de mis sentimientos y ella suspiró de nuevo. Me pregunté, no por primera vez, cuántas palabras no pronunciadas había encerradas en sus suspiros.

—Tienes que saber que, si te aparto ahora, es para poder pasar el resto de mi vida junto a ti. No te rindas conmigo, por favor —me pidió y todo mi cuerpo vibró por esa promesa.

Me había demostrado que sentía lo mismo que yo, pero nunca me lo había dicho tan explícitamente. Estaba dando un paso muy importante y yo no iba a fallarle. En ese momento, le habría dado todo lo que me hubiera pedido, aun sabiendo que dándoselo a ella lo perdería yo. ¿Qué más daba? Lo más importante de mí, ya lo poseía.

—Te dije que no lo haría y sabes que mi palabra es incuestionable.

—Lo sé. Es solo... siento que el tiempo se me escapa entre los dedos —se apartó un poco de mí, y se quitó el pelo del hombro. Ya había averiguado que ese era un gesto nervioso, conocía el lenguaje de su cuerpo, y vi hasta qué punto estaba al límite—. Tengo tanta rabia, Álex. Pero no pienso ceder. Te aseguro que no habrá boda.

—Blake —dije muy serio. Iba a hacerlo. Iba a decirle lo que se me había ocurrido, aunque que se cayera mi puto mundo si ella se negaba—. No tendrías que casarte con él... si ya estuvieras casada.

Se quedó clavada en el sitio, mirándome de forma intensa.

—¿Cómo? ¿qué insinúas?

Me puse de rodillas y cogí su mano entre las mías, aunque no tenía anillo que ofrecerle. Pensé que con ese gesto le estaba dando mucho más, le daba todo de mí y a mí mismo. El corazón me latía con tanta fuerza que retumbaba en mis oídos.

—Cásate conmigo —dije, por fin, a riesgo de que se riera, pero no lo hizo. Frunció el ceño.

—¿Pretendes que nos casemos? ¿te has vuelto completamente loco?

Negué con la cabeza porque sí, era una locura, pero cada vez me parecía una mejor solución.

—¿No lo entiendes? Si llegara el momento en que la boda con ese hijo de puta tuviera que celebrarse, no sería legal porque ya estarías casada.

Una expresión de claridad cruzó su rostro.

—Contigo —sonrió y yo también lo hice.

—Conmigo.

Se agachó para estar a mi altura y puso las manos en mis hombros. Yo rodeé su cintura.

—Pero, acabamos de empezar, ni siquiera le hemos puesto nombre a esto. ¿Tú quieres estar conmigo hasta ese punto?

—Joder, si todavía no te has dado cuenta de que sí, es que hay algo que estoy haciendo muy mal... —dije inquieto.

—Pero no somos amigos, Álex, ni novios, ni amantes...

Enmarqué su cara con mis manos para que no pudiera apartar su mirada de la mía y hablé con seriedad, porque quería que ella estuviera tan segura como yo de mis siguientes palabras.

—Hace tiempo que lo somos todo. Todo eso y mucho más, solo que aún no estábamos dispuestos a admitirlo.

Cerró los ojos y apoyó su frente en mi pecho.

—Apenas sé una parte de ti. Queda mucho por decir.

—Sabes más que muchas personas. Además, eso se puede remediar, tenemos el resto de nuestra vida para seguir conociéndonos.

—No me puedo creer que me estés pidiendo esto.

—Sabes que es una buena idea.

—Y eso es lo que más me preocupa, que me parezca una idea decente... —se pasó una mano por la frente y soltó una risa nerviosa—. ¿Estamos los dos locos?

—Que sea una locura no quiere decir que no vaya a salir bien —afirmé rotundo.

Se puso en pie y yo lo hice con ella. Empezó a dar vueltas a mi alrededor. Advertí que lo estaba considerando realmente en serio, y una emoción comenzó a embargarme. La paré. Mi corazón latía fuertemente y, que dijera que sí, era la única forma de acallararlo.

—Dime que sí.

—¿Qué van a decir tus padres? ¿y mi familia?

—Ellos no tienen nada que opinar en este asunto, esto es solo nuestro —me adelanté un paso, siendo más valiente de lo que había sido nunca, porque temía su respuesta y, aun así, iba a hacer la pregunta del millón, la que me más preocupaba de todas, la que podría separarnos para siempre o unir eternamente nuestros caminos—. ¿Me quieres, Blake?

Al contrario de lo que pensaba, todo su cuerpo se relajó al instante y admiré su capacidad para mantener la calma en las situaciones que más presión generaban. Yo me iba a convertir en gelatina de un momento a otro.

—Eso ni se acerca a lo que siento. No lo puedo describir, Álex. Cuando estás cerca, cuando te miro a los ojos o sé que tú me estás mirando... eres la única persona que me hace sentir vulnerable y eso hace que quiera gritar, patear y reprenderme a mí misma por lo débil que me siento —mi corazón se aceleró, aun más si cabía, se saltó varios latidos y hasta a punto estuvo de pararse. Y yo no era una persona dada a la exageración, así que habría que imaginar lo que estaba sintiendo en ese momento, porque me era muy difícil explicarlo—. Pero no quiero que te cases conmigo para hacerme un favor. Necesito que, si ese momento llega, sea porque estés seguro de que realmente es lo que quieres.

—¿Crees que no estoy seguro? —casi se me escapó la risa, porque era del todo inverosímil que no supiera ya de mis sentimientos—. Soy adicto a ti. A tus labios, a tus besos, a este ceño fruncido que me vuelve tan loco —pasé una mano por su frente, alisándoselo—. Estoy deseando tenerte para mí y ser tuyo de igual forma. Quiero cuidarte y protegerte, incluso del maldito aire, y por encima de todo y de todos —dejé un reguero de besos desde su frente hasta su cuello y comprobé cómo se estremecía ante mi contacto—. ¿Te ha quedado claro cuánto te deseo? Porque en lo que a amarte se refiere, decir que te quiero, también se queda corto, muy corto.

Se humedeció los labios con la lengua de forma sensual y recorrió todo mi cuerpo con la mirada, observándome con una actitud que cualquiera podía calificar de presuntuosa, pero que a mí me encendía como a una hoguera.

—No pienso contárselo a mi familia. Si John no me mata, lo harán ellos...

—¿Eso es un sí?

Cinco segundos. Eso fue lo que tardó en contestarme. Los cinco putos segundos más largos de mi vida, que empleó en esbozar una sonrisa preciosa y comenzar a asentir con vehemencia.

—Sí. Me casaré contigo, Álex.

La alcé en mis brazos y volví a besarla, inundándome de ella. Me parecía irreal cómo habíamos llegado hasta aquella situación, pero no cambiaría el resultado por nada del mundo.

—Me encanta cuando estamos de acuerdo, cariño.

—Y a mí —sonrió en mi boca, la primera de muchas veces a partir de entonces—. Hacemos un buen equipo.

—Yo me encargo de todo. Te mandaré un mensaje cuando lo tenga listo.

Asintió con ganas y, la anticipación de un futuro en el que ella estuviera a mi lado, me hizo reír a carcajadas. Fui capaz de olvidarme de todo lo que nos aguardaba y centrarme solo en el momento que estábamos viviendo. Esperaba que ella hubiera sentido, aunque solo fuera por un instante, esa misma paz.

Llegamos cogidos de la mano hasta el coche en el que me esperaban mis hermanos y Julia.

—Muy pronto, Blake —me despedí con un susurro en su boca.

—Muy pronto —sonrió.

Me monté en el Ferrari GTC de Bass. Romano ya estaba allí y parecía tener mejor cara. Me alegré por él, pero también porque esperaba cogerlo de buen humor. Tenía algo que pedirles a todos.

—Tenéis que ayudarme con mamá y papá.

—¿Qué ocurre? —preguntó Julia, que estaba sentada en el asiento delantero, volviéndose hacia mí.

—Que ya tengo el primer encargo para el Juez Cabante —sonreí—. Necesito una licencia de matrimonio.

## Capítulo 8. La carta sobre la mesa

### BLAKE

Álex estaba completamente loco, pero yo también, y no se me iba la sonrisa de la cara. Me había pillado por sorpresa, pero debía admitir que había tenido una idea brillante, que estaba deseando llevar a cabo.

Mi marido. No podía parar de reírme sola.

Era increíble el amor incondicional que me estaba ofreciendo. Cómo había expuesto sus sentimientos hacia mí y, cómo me había abierto yo, al contarle los míos. Por fin, todas las cartas estaban sobre la mesa. Por fin, remábamos juntos y en el mismo sentido.

En el funeral de mi padre, mi abuelo me dijo que había gente ahí fuera que todavía no había conocido y que cambiaría mi vida para mejor. En aquel momento no quise darle más vueltas, aunque sabía que era verdad. Ahora podía admitir cómo, conocer a Álex, había cambiado el curso de mi vida.

Cósono y yo subimos a la habitación de Giordano, que estaba con su ordenador, preparando el chat conjunto. Por suerte, parecía que se encontraba mejor, aunque su ojo seguía algo hinchado. Se lo conté a ambos.

—John seguiría pensando que te vas a casar con él, pero estarías casada con Álex —dedujo mi primo—, por lo que si tu boda llegara a celebrarse, nunca sería legal, y no podría quedarse con tu herencia...

—Pero ellos pensarían que sí —confirmé.

—Es el plan perfecto —dijo Cósono.

Esperaba que Álex no se arrepintiera. Era un gran paso y, saber que no iba a verlo en un tiempo, me inquietaba.

¿Y si cambiaba de opinión? No quería alejarlo de mí, pero era necesario porque, como dijo mi primo, si estuviéramos juntos, seríamos un objetivo muy fácil para nuestros enemigos.

—¿Cuándo será?

—Supongo que en unos días. Álex va a encargarse —contesté, paseándome por la habitación. No podía quedarme quieta. Estaba nerviosa, muy nerviosa.

—Esto ya está listo —Giordano terminó de crear el chat en el que estábamos todos, incluida Julia—. Estamos conectados con los Cabante.

**GIORDANO:**

Hola, chicos.

**CÓSONO:**

Álex, se comenta

que te casas.

**ROMANO:**

¿Esta línea es segura?

**GIORDANO:**

La duda ofende.

**JULIA:**

¡Nos vamos de boda!

**BASS:**

Creo que la despedida de solteros es obligatoria.

**GIORDANO:**

No podemos ser vistos juntos. No sé qué parte no has entendido.

**BASS:**

Aguafiestas.

**CÓSOLO:**

Puedo pedir un reservado en el Lumière. Nadie se enteraría.

**GIORDANO:**

Otro igual. Que no nos pueden ver juntos.

**BLAKE:**

La verdad es que no me importaría tener algo que celebrar.  
¿Álex?

**ÁLEX:**

Tus deseos son órdenes, cariño.

**GIORDANO:**

Bah. Que os den.  
Dimito.

**BASS:**

Joder, Álex es un empalagoso.

**ÁLEX:**

Tío, que estoy a tu lado.

**JULIA:**

¡Fiesta!

**CÓSOMO:**

Yo me encargo.  
Postdata: estoy de  
acuerdo con Bass.

**ROMANO:**

¿Acabas de darle la razón  
a mi hermano? Era lo que  
me faltaba por oír.

**BASS:**

Capullo.

**CÓSOMO:**

Idiota.

Después de que los Cabante y mis primos se recrearan un poco más en lo de la boda, volvimos a releer la carta. Era algo que habíamos hecho en incontables ocasiones y estaba segura de que los tres nos la sabíamos de memoria. Pero era importante, teníamos la clave en nuestras manos y, por muy complicado que resultara, había que concentrarse. Si no nos dábamos prisa en averiguar el significado de su contenido, al final, sería el tiempo el que acabaría traicionándonos.

Habíamos deducido que la palabra <<tesoro>> se refería a alguien muy importante para mi padre, y no era yo. ¿Quién sería tan valioso para él, como para arriesgar su propia vida y casi el futuro de la mía?

La única verdad que me daría la libertad, era averiguar quién era esa persona escondida por los Ricco y dónde la tenían, porque así podría librarme del compromiso con John. Pero, ¿cómo dar con aquéllo que habían guardado tan bien?

Mi padre decía que la familia era el camino para conseguir mis propósitos, pero, ¿quiénes?

Estábamos seguros de que tío Agostino sabía más de lo que nos había contado. Además, toda mi familia, menos mis primos y yo, era consciente de quién era esa misteriosa persona, pero se empeñaban en ocultarlo...

Papá decía que yo ya tenía las respuestas a las preguntas que me estaba haciendo, pero no era cierto. Aquello no tenía sentido. Si ya supiera a lo que nos enfrentábamos, le estaría poniendo solución. Solo tenía el presentimiento de que podía estar vivo, y no era una certeza.

Además, hacía hincapié en la palabra <<lealtad>>. Ese sentimiento de respeto y fidelidad hacia los nuestros, yo también lo compartía, pero no sabía qué tenía que ver con todo aquello.

Alguien pegó en la puerta y nos sobresaltamos. Guardé rápidamente la carta en el bolsillo de mi pantalón y Giordano cerró la pantalla de su ordenador con un golpe.

—Pasa —dijo y fue Martia quién abrió la puerta.

Estaba tan bonita como siempre, aunque una mirada triste y ojerosa adornaba su rostro. Me alegró verla y valoré que, con todo lo que ella ya estaba pasando, dedicara tiempo a venir a ver cómo estaba mi primo. Quedaba muy claro cuánto lo quería. Esperaba que Gio le diera el apoyo que, seguro, necesitaba.

Me levanté para abrazarla y ella me devolvió el abrazo con fuerza.

—¿Cómo estáis? —pregunté, retirándole el pelo de la cara con un gesto cariñoso.

—Lidiando con todo. No nos lo creemos.

—Todavía no he podido hablar con Zia, pero quiero llamarla.

—Dudo que te coja el teléfono. Ha salido a buscar a mi abuela. Fiorella y Carrick nos están ayudando.

—Fio me lo ha contado —dije disimulando—. ¿Petra no ha aparecido todavía?

Negó con la cabeza.

—Pensamos que está con Vera. Ojalá sea así. Esto es una pesadilla.

—Lo sé —acaricié su rostro—. Verás como pronto se resuelve todo —no quise mentirle, pero tampoco quería decirle que Petra ya estaba muerta y que Vera iba camino de correr su misma suerte. No quería ser cruel, porque ella era de las pocas personas que no se lo merecían—. ¿Y Matteo? —me percaté de que no lo había nombrado y, normalmente, el novio de Zia no andaba muy lejos de mi amiga.

—¿No lo sabéis? —nos preguntó extrañada—. Han detenido a su padre.

—¿Han detenido a Palmiro? —miré a mis primos. ¿Habría sido el tipo del FBI?—. ¿Cómo ha sido?

—Una redada en uno de sus locales. Han encontrado drogas y, bueno, otras cosas muy poco legales —torció el gesto, con evidente desagrado—. Matteo, Elio y Fredo se están haciendo cargo y Rosetta... no os hacéis una idea de lo jodido que está todo fuera de estas cuatro paredes.

—También aquí dentro, Martia —aseguré y Giordano me hizo un gesto de asentimiento—. Os dejamos solos.

Volví a darle un pequeño abrazo y Cósomo se levantó para seguirme. Pasaban demasiadas cosas a nuestro alrededor, mientras nosotros estábamos aislados, sumidos en nuestras propias intrigas. Debíamos abrir bien los ojos. Cerré la puerta de la habitación y me dirigí a mi primo.

—Iban a por Palmiro y...

—Lo han cazado, lo sé. Esto se está poniendo feo. ¿Crees que tío Roberto pudo...?

—No —lo corté—. Mi padre no lo vendió, Cósomo. Él jamás lo hubiera hecho. Y además, ¿con qué fin?

Asintió. Eso estaba fuera de toda duda.

—Aviso a los Cabante.

**CÓSOMO:**

Los Lorenzo están nerviosos.  
Nadie sabe nada de Petra.  
La están buscando.

**ROMANO:**

Nos estamos encargando.  
Pronto se enterarán.

—Te ha contestado Romano —me burlé, dándole un pequeño codazo para aligerar el ambiente.

—Ya lo hemos arreglado. Por alguna extraña razón que no alcanzo a comprender, me quiere, Blake.

—No te mereces menos, primito. Además, el pobre tiene el cielo ganado contigo —nos reíamos con ganas, dispuestos a bajar para la cena cuando, desde la escalera, escuchamos la voz de mi madre y la de otra persona con la que estaba hablando.

Miré a Cósomo, que ya me devolvía la mirada.

Esa voz pertenecía a alguien a quién no quería volver a ver, al menos, por el momento, pero a quién debía enfrentarme en cuánto bajara el último escalón.

Un malestar me recorrió todo el cuerpo.

Apreté los puños.

## Capítulo 9. El traidor

BLAKE

—Quédate aquí por si te necesito —susurré a mi primo.

Desde ahí, él nos escucharía, pero no podría ser visto.

—Ni de coña, yo voy donde tú vayas.

—No. No quiero que te metas.

Suspiró con rabia y tensó el cuerpo.

—Está bien. Pero como haga el más mínimo movimiento, le rompo las piernas.

—De acuerdo —concedí. No me iba a quejar por eso.

Llegué hasta la entrada de la casa y encaré a John, posicionándome al lado de mi madre que, al parecer, sabía disimular mucho mejor que yo. Lo trataba con cariño, pues tenía una mano encima de su hombro, a modo de consuelo.

—¿Qué haces aquí?

Esperaba que me ahorrara su presencia, y la inoportuna y desagradable sensación de tenerlo tan cerca. No quería ver su cara de traidor. Me recordaba todas las cosas que había hecho con él y que ahora me asqueaban. Y no eran pocas. Habían sido demasiados años juntos.

—He venido a verte —contestó con la voz controlada. Lo conocía muy bien y sabía que estaba deseando explotarme en la cara, pero delante de mi madre, no lo haría.

—Mamá, ¿por qué no vas a cenar? —pregunté escueta, instándola a que nos dejara solos. Ella asintió y se marchó, dándole a John un apretón en el hombro.

Mí... ¿novio? Se acercó a mí y me besó en la frente. Luego bajó hasta mis labios. La bilis comenzó a subirme por el estómago vacío. Apenas había comido nada en todo el día, cosa que agradecí ante esa estampa.

John creía que yo no sabía nada sobre su traición, que era él quién debía estar dolido por lo ocurrido con Scarlett, y yo quién debía arrastrarme para que me perdonara.

Maldito iluso.

Acabaría con él de la forma más cruel posible.

Tenía una habitación preparada en el área de servicio, que estaba destinada a torturarlo y, cuando tuviera suficiente, cuando me hubiera saciado, lo dejaría allí vivo, pero malherido, a la espera de su muerte. Había soñado varias veces con aquéllo y lo había recreado en mi mente de una forma casi perfecta.

—Echaba de menos de tu olor —inspiró profundamente y yo callé todo lo que pensaba—. ¿No me invitas a mí a cenar?

—No pensé que quisieras compartir mesa conmigo. Ni nada, en realidad —me tenía encerrada en un abrazo, con su cabeza apoyada en la mía. Mi cuerpo soportaba una tensión como nunca antes lo había hecho—. ¿A qué has venido, John?

—¿Ni siquiera vas a pedirme perdón? —apretó más sus brazos a mi alrededor, hasta el punto de empezar a hacerme daño. Me revolví, pero no pude soltarme—. Al menos podías fingir que te

arrepientes.

¡Cómo si un perdón fuera suficiente! Me entraron ganas de reír. Ni eso se merecía.

—Sabes que los remordimientos son un sentimiento inútil —me regodeé, haciéndome la inocente—. Hay que mirar hacia adelante.

—Eres lista, Blake. Muy lista —suspiró—. Y aún así, me ha sido muy fácil engañarte — intenté apartarme, al menos para poder mirarlo a la cara, pero no me lo permitió—. ¿Sabes? Cuando mis hombres me lo han dicho, casi no me lo podía creer. Has tardado muy poco en reemplazarme —susurró en mi oído y me estremecí sin querer. Él lo notó.

¿A qué se refería? ¿habían visto salir de aquí a Alex? ¿me tenía vigilada? Yo no le debía ninguna explicación a nadie. Y menos a ese miserable. No pude mantener la farsa por más tiempo.

—El mismo tiempo que tú en llorar a tu hermana —respondí con toda la seguridad y el aplomo que pude, y entonces fue cuando se apartó de mí como si quemara.

Ese era el efecto que iba a causar en él a partir de entonces.

—Oh, créeme —me espetó cruel—. Eso no se me va a olvidar en la puta vida.

Ahí estaba. El verdadero John. El que se ocultaba bajo la fachada de buen novio, de mejor amigo. ¡Qué estúpida había sido! Ahora veía quién era realmente.

—Por fin muestras tu verdadera cara —sonreí desafiante, aunque el corazón me latía con intensidad—. Me preguntaba cuánto tardaría en salir.

Se cruzó de brazos e inclinó la cabeza a un lado, como mirándome por primera vez. Qué asco me daba y qué aversión le tenía. El solo hecho de verlo, me daba ganas de vomitar.

—Creía que conocías mejor a tu futuro marido, Blake. Nos casamos en dos semanas.

Así que eso era lo que buscaba con esta visita. Informarme.

Habían puesto fecha para la boda el mismo día que enterraban a Scarlett. ¿Se podía tener menos sentido común?

Si creía que me iba a casar con él, lo llevaba claro.

—Incluso habiendo asesinado a tu hermana —hice hincapié en mis palabras—, ¿sigues queriendo casarte conmigo?

Paseó su ojos por mi cuerpo, pero no me achanté. No. Nunca más lo haría. Debía recordar, una y mil veces, que la persona que yo creía conocer, ya no existía. Que quizá, nunca lo había hecho.

Compuso una mueca y me enseñó los dientes.

—En las guerras siempre hay alguna baja, cielo —sonrió burlándose—. Esta boda lleva planeada desde que nacimos, así que deja de ser tan arrogante y acata tu puto destino.

Increíble. ¿Podía ser más repugnante? Gusano, asqueroso. Ni su propia hermana tenía valor para él.

Qué engañada me sentía. Dudaba incluso de que quisiera a Vera.

Las personas así, eran incapaces de amar a nadie más que a sí mismos. No sabía qué mierda debía pasar en el mundo para que, tipos como él, se salieran con la suya.

No me hacía falta preguntar, pero lo hice.

—¿Por qué, John? ¿por qué eres tan miserable?

Él me contestó con otra pregunta.

—¿Sabes qué es la cosa más triste del mundo? Amar a alguien que ha dejado de amarte — dio unos pasos y comenzó a rodearme. Lo seguí, no pensaba perderlo de vista—. No llevo muy bien el rechazo. ¡Es curioso! ¡con toda la experiencia que tengo! —se mofó.

—¿Pretendes hacerme creer que tienes sentimientos? Sé que estás con Vera —dije directa—. Sé que vas tras mi herencia y que tú también formaste parte del asesinato de mi padre.

Hizo un gesto de sorpresa y se paró en seco.

—¿Y por qué no me has delatado?

No lo había hecho porque no quería que le pasara nada a la persona que custodiaban, pero nunca le revelaría mi punto débil. Aunque él me conocía, por mucho que me pesara, y lo sabía de sobra.

—Si quisiera matarte, ya estarías bajo tierra, igual que tu hermana. No. Para ti tengo reservado un destino mucho peor.

—Siempre has sido una gran hija de puta.

¡Lo que fui es idiota! Recordé cómo fingió sentirse dolido cuando lo dejé, cómo me apoyó cuando le confesé que me gustaba Álex. Seguramente se rió de mí en cuanto se dio la vuelta...

Sentí la ira burbujeando en mi interior, preparada para salir en cualquier momento, y arrasar con todo.

—Supongo que nunca sabemos lo que los demás llevan dentro —aseguré refiriéndome a él, pero también a mí—. Dime, ¿cuánto tiempo llevas planeando esto?

—Desde que supe que no me querías y que tenía que casarme contigo de igual forma.

—No tendríamos por qué hacerlo, si tu familia me dijera de una vez dónde la esconden.

—Entonces, ¿dónde estaría la gracia? —se acercó a mí—. Nos casaremos, porque es lo convenido. Si te niegas, tu tía morirá.

—¿Mi tía? ¿tía Bianca?—lo miré con extrañeza.

—¿Todavía no lo sabes? —compuso una sonrisa siniestra—. Al final, resulta que tu familia es tu peor enemigo.

—¿La persona que escondéis es mi tía? ¿de qué estás hablando? —todos mis sentidos se pusieron alerta ante esa afirmación. No era posible. ¿Una hermana de mi padre? ¿otra hija de mis abuelos?

—De verdad, me decepcionas —movió la cabeza, evadiendo mis preguntas—. En fin, vas a hacerme caso en todo lo que te diga. Aquí mando yo, Blake. Y muy pronto, todo lo que ves, me pertenecerá.

¿Pero es que este tío no me conocía de nada? ¿cuándo había acatado yo una orden? ¡y menos, una suya! No quería desviarme del tema que más me interesaba, pero no me quedó otro remedio.

—¡No pienso permitirlo! —le enfrenté.

—Lo segundo —siguió ignorándome—, es alejarte del Cabante. Ya me has humillado lo suficiente y, francamente, no sé qué ves en él que yo no tenga.

—El solo hecho de que lo preguntes, ya os diferencia —contesté desdeñosa y él suspiró con aire teatral. Era un sádico.

—Podríamos haber sido tan felices, si hubieras querido...

—No entendemos la felicidad de la misma forma.

Pegó su rostro al mío y quise dar un paso hacia atrás, asqueada, pero me contuve.

—Que seas tan esquiva, solo te hace más deseable, cielo.

—Y a ti más detestable.

Entornó la mirada.

—¿Vas a replicar todo lo que digo?

—Acabas de dejar claro que no te molesta en absoluto —inquirí con un tono de voz que me dio escalofríos, incluso a mí misma.

—Aléjate de él, Blake. Te lo advierto.

—Y si no lo hago, ¿qué vas hacer tú al respecto? —seguí desafiándolo.

Él cerró los ojos y puso su mano alrededor de mi garganta, apretando con toda la fuerza que

pudo. Una quemazón comenzó a recorrerme el cuerpo, instalándose en mi cara.

—Oh, sí lo harás —me escupió—. No puedo hacer que me quieras, pero puedo hacer que me temas.

—¿Ves que me achante? —le dije como pude. Sentía cómo me había puesto roja y comenzaba a faltarme el aire—. Te estoy esperando, John. He nacido para darte tu puto merecido.

Me soltó el cuello, sin apartarse de mi cara. Respiré varias veces seguidas, intentando normalizar el ritmo de mi corazón.

—¡No me hagas reír! —se carcajeó—. No puedes acabar con la mafia, Blake.

—No quiero acabar con ella, miserable traidor —dije dibujando una sonrisa amenazante—. La mafia soy yo.

Me dio un guantazo que me cruzó la cara y, cuando me recompuse, le di una patada en sus partes nobles. Esperaba que quedaran inutilizadas. A eso sabíamos jugar los dos. Yo siempre devolvía el golpe.

Cósono apareció para ayudarme y le dio un puñetazo a John, que se lo devolvió. Mi primo cayó al suelo y me agaché para ver cómo estaba.

—Controla a tu puto primo. Nunca me ha caído bien —espetó con desprecio.

—Pues continúa fingiendo que sí. Al parecer, se te da de lujo. Has hecho muy bien tu papel —dije asqueada.

—¡Eres escoria, como tu hermana! —exclamó Cósono y John volvió a lanzarse a por él, pero Giordano lo interceptó.

Ni me había dado cuenta de que había bajado. Martia iba detrás de él, con cara de alucinada. No era para menos.

—Si vuelves a tocarlos, te despertarás en llamas —lo amenazó, pero no vi que John se achantara.

Aun así, se retiró.

Antes de irse, giró la cabeza y me miró por encima de su hombro.

—Dos semanas, Blake —me recordó—. Te enviaré los detalles.

## Capítulo 10. Confesión

### GIORDANO

Tanto tiempo guardando el secreto, esperando que mi hermano o mi prima se dieran cuenta de que algo me pasaba e intentaran soncármelo, hasta que no me quedara más remedio que soltarlo todo...

Tanto tiempo deseando que mi familia contara de una vez lo que estaba ocurriendo, quién era la persona escondida y qué había ocurrido en realidad con tío Roberto...

Tanto, sufriendo en silencio por tener que respetar mi lealtad hacia él, por no poder revelárselo a las personas que más quería en este jodido mundo... y ahora venía el impresentable ese a espetarlo sin más, como si fuera poca cosa, como si ni siquiera importara.

¡Maldito desgraciado!

No pensaba permitir que ese cabrón le hiciera más daño a mi familia.

Hasta hacía una hora, pensaba que Martia había llegado en el momento perfecto, interrumpiendo la lectura de la carta que habíamos repasado ya millones de veces. Cada vez me sentía más nervioso e impotente y la visita de mi novia no me hacía las cosas más fáciles, porque ella ya estaba pasando por lo suyo, no podía sincerarme y hacer que cargara con nada más.

Le dije que la acompañaba abajo, necesitaba moverme. Esa puta cama me estaba engullendo, casi tanto, como mis propios sentimientos.

Cogí su mano, cariñoso, intentando enmendar mi actitud esquiva de los últimos meses y nos encaminamos hacia las escaleras. Pero lo que vi, lo que escuché, me hizo arder de rabia de nuevo.

No entendía por qué a los malos les gustaba tanto regodearse en sus planes. ¿No veía que le había salido mal? ¿que tenía las horas contadas? Menudo capullo.

Indiqué a Martia que se quedara unos pasos por detrás de mí, intentando protegerla. Tenía los ojos abiertos de par en par, totalmente incrédula por lo que estaba escuchando.

Cuando vi cómo John se lanzaba a por Cósomo, me encaré con el mayor traidor de esta familia. Y conseguí que se fuera, no sin antes dejarle claro a Blake que la boda se celebraría en dos semanas.

Esto ya no se podía ignorar por más tiempo. Cósomo y ella debían saberlo todo, pero de manos de nuestra familia, y yo mismo me iba a encargar de que así fuera.

Cogí mi móvil y escribí un mensaje.

—¿Qué está pasando? —preguntó mi novia con la incertidumbre reflejada en su rostro.

—Ahora no, Martia —le recriminé y me dio pena ser tan duro con ella, pero en ese momento debía estar al lado de mi prima. Necesitaba que entendiera que yo siempre estaría de su parte, pese a que la conversación que nos esperaba pudiera indicar lo contrario.

—¿Ahora no? ¿entonces, cuándo? —me reclamaba ella mientras yo me acercaba a Blake sin responderle—. ¡Eres idiota, Giordano!

Cerré los ojos por su reproche, aunque me lo tenía más que merecido.

—Deja de fingir que no la quieres, se te da de pena —me dijo Blake, mientras veíamos a

Martia salir por la puerta—. Y le estás haciendo un daño innecesario.

Negué con la cabeza, sin querer darle la razón que sabía que tenía, y tiré de su muñeca. Era el momento. Si algo bueno había tenido todo esto, era que una parte de la verdad había salido a la luz y me daba una excusa para presionar a mi familia, conseguir que contaran lo que ocurría y liberarme, por fin, de todo lo que lentamente me estaba asfixiando.

—Anda, vamos.

## BLAKE

En cuanto irrumpimos en el salón, mi madre se levantó sobresaltada.

—¿Qué ocurre, cariño? ¿ha pasado algo con John?

—No sé, decídmelo vosotros. ¿La persona escondida es nuestra tía?

Mi familia se miró comedida y eso me dijo mucho más de lo que hubiera querido vislumbrar, pero era inevitable. Estaba claro que guardaban un gran secreto y que este estaba a punto de ser revelado. Un reflejo de dolor se paseó por el rostro de mi abuela.

—Vamos al despacho —pidió Agostino.

Aquella estancia era una de las pocas en las que aún quedaba un rastro visible de la existencia de mi padre. Entrar allí, era transportarte a un mundo en el que todavía parecía existir. No quería ir. Además, tenían que estar todos presentes en esta conversación. Sus reacciones me dirían mucho más que las palabras.

—No. Vamos a resolverlo aquí y ahora. Me da igual que no sea tu momento correcto —le espeté a mi tío—. Es el mío. Y me parece que ya he tenido suficiente paciencia.

—Abuelo, es la hora —dijo Giordano y me volví hacia él. Hacia la persona que, unos minutos antes sentía a mi lado, pero que, en ese momento, me parecía un extraño.

Ahí estaba.

La gran certeza de que esto era mucho más grande de lo que pensaba. Y mucho más grande que yo misma o mis circunstancias.

—¿Qué dices? —lo miré sorprendida y reticente a creer lo que me decían mis entrañas—. ¿De qué hablas?

Me paré a observarlo con detenimiento. Se sabía más de Giordano por lo que callaba, pero siempre había sido un libro abierto para mí. Con solo mirarlo, ya sabía si le habían hecho daño, si estaba enfadado o si era feliz. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Él no me devolvía la mirada, tenía la vista fija en mi abuelo.

—No, no la es —contestó este.

—John ya se lo ha dicho.

—Todavía no tenemos nada, Giordano —dijo mi tío.

—Aun así, deben saberlo —mi primo se puso firme—. Ya hemos callado demasiado —había perdido completamente el control de la situación y estaba a punto de perder también el mío propio. Se dirigió directamente a mí—. Blake, ten presente siempre que todo lo que he hecho, ha sido por ti —me dijo apesadumbrado.

No me lo podía creer. Me había mentado a la cara, sin ningún pudor. Pero, ¿por qué? No lograba entenderlo. Mis primos eran mis personas. Mis grandes certezas en toda esta locura. Si Giordano había podido engañarme, ¿en quién iba a confiar?

Yo, que siempre había hecho lo mejor para mi familia, que habría dado lo que fuera por protegerlos, hasta mi propia vida. ¿Qué razón tenían para negarme una información que, en esos momentos, era absolutamente vital para nuestra supervivencia? ¿tan débil me creían?

Y casi me molestaba incluso quejarme. Yo nunca titubeaba ni me dejaba llevar por las dudas, no en cuestión de negocios, y menos ante algo que podía poner en peligro a las personas que más quería. No. Yo hubiera sido la primera con fuerza para afrontar lo que fuera y ellos deberían

haberlo sabido.

Cósono tenía una expresión en el rostro tan incrédula como la mía, y casi me consoló ver a alguien en aquella sala igual de perdido que yo. No ser la única, que él también soportara esa carga, fue dolorosamente gratificante.

Un lamento comenzó a ver la luz, pero lo paré.

—Más os vale explicarnos de una vez lo que está pasando —ordené.

—Está bien —asintió mi abuelo después de unos segundos—. Corta la cámara, hijo. Lo que digamos, no debe salir de aquí.

Giordano sacó su teléfono y le dio a un botón. Mi abuelo miró a mi tío, contestando a alguna pregunta silenciosa. Este suspiró.

—Dejadme que os cuente una historia —Agostino se acercó a mí y puso una mano en mi hombro, instándome a estar tranquila, pero me fue imposible. Quise rechazar ese gesto y ponerme a gritar desesperada, aunque me contuve—. Hace muchos años, cuándo aún vivíamos en Italia, los Spígola y los Marconni, eran una sola familia. Incluso a vuestro abuelo les caían bien —sonrió, pero fue el único que lo hizo—. Tu padre, tu madre, Bianca, Antonello, Vincenzo, Constanza y yo, éramos uña y carne. Pasábamos juntos todas las tardes. Eran buenos tiempos —movió la cabeza llena de recuerdos, dejando claro cuánto le costaba contar aquello.

—Constanza era la más pequeña y siempre estaba dando la lata, así que la mandábamos a esconderse y le decíamos que no saliera hasta que uno de nosotros la encontrara —continuó mi madre con cara de culpabilidad y me pareció casi irónica.

Constanza, nuestra tía, no había dejado de jugar a aquél juego desde entonces.

—Una de esas tardes, mamá nos avisó para que volviéramos a la casa —comentó Bianca—. Llamamos a Connie, pero no obedecía a la señal de salida, así que nos fuimos y decidimos seguir buscándola luego.

—Nunca podré arrepentirme lo suficiente de aquél día —habló por primera vez mi abuela, con un dolor increíblemente palpable en su voz.

—Ni nosotros de nuestra decisión de dejarla allí, pero éramos unos críos. ¿Cómo íbamos a saber lo que ocurriría? ¡estábamos en nuestro territorio! —se lamentó Agostino, con el rostro descompuesto—. Os podéis imaginar que alguien la encontró y no fuimos nosotros.

Era frustrante. Necesitaba saberlo ya y, a la vez, no quería siquiera pensar en lo que mi familia había vivido. Estaba a punto de tirarme de los pelos. Cósono parecía pensar lo mismo que yo, y Giordano no nos miraba.

—Había pasado, al menos, una hora cuando Vincenzo volvió a buscarla y la descubrió tiritando, en uno de nuestros almacenes. La escuchó por el castañear de los dientes. Para él fue impactante —explicó Bianca—. Connie estaba completamente bloqueada, no nos dijo lo que había ocurrido, pero nos enteramos al día siguiente.

—A los Spígola les encargaron asesinar a una niña de sus mismas características, que había estado en ese mismo almacén —interrumpió mi madre—. Se nos cayó el mundo encima.

—A partir de ahí, todo se precipitó. Abandonamos el país y todo lo que allí teníamos —Bianca puso una mano sobre el hombro de Agostino.

—Pero yo vine a buscarte —le devolvió el gesto.

—Tú siempre me encontrarás, cariño.

La relación de mis tíos era asombrosa. Ella tenía catorce años cuando emigraron a América y mantuvo el contacto con Agostino hasta que se reencontraron, cuando él cumplió los dieciocho y vino a buscarla. No se habían vuelto a separar. Mi padre tenía dieciséis, igual que mi madre, y los De Lucchi sí la dejaron venir con él.

—¿Qué vio que fuera tan importante? —preguntó Cósomo.

—A los Pinazzo haciendo un trato con los Collati. Algo que cambiaría el escenario político de Roma y de lo que nadie debía enterarse. Alfonso Pinazzo era el jefe de la policía por aquél entonces, no se le podía relacionar con asuntos turbios.

—Alfredo Collati es el alcalde de Roma —recordé pensando en los Cabante. Su tía iba a casarse con él.

—Ya ves lo bien que les salió la jugada —dijo Agostino—. Callamos lo que sabíamos y respetamos el pacto hasta sus últimas consecuencias. Los Pinazzo son un clan aliado de los Spígola desde entonces.

—Les rogué —dijo mi abuelo afligido, cogiéndonos a todos por sorpresa—. Les dije que me iría con mi familia lejos, que nadie sabría que Constanza estaba viva, que no se construía un imperio sin hacer algunos enemigos y nosotros los apoyaríamos en todo. Éramos familia. Pero se negaron. No teníamos suficiente poder para ellos. Éramos poca cosa —pronunció estas últimas palabras despectivamente, y reconocí el dolor en todo su ser.

Me agaché a su lado y puse una mano encima de su rodilla, compadeciéndome de la desazón que transmitía. No se imaginaba hasta qué punto podía llegar a entenderlo, aunque nada tuvieran en común su desasosiego con el mío. Mi abuelo me acarició el pelo y me miró con un evidente brillo en los ojos.

—¿Por eso les tienes tanto rencor a los Spígola?

—Llevo demasiados años en este mundo como para que la muerte pueda intimidarme. Pero la de mis hijos... nadie está preparado para eso.

—¿Y entonces fue cuando pedisteis ayuda a los Ricco?

—Ellos se encargaron de ocultarla y nosotros pusimos tierra de por medio. Era demasiado doloroso quedarse allí y, como sabéis, no hemos vuelto a Italia desde entonces —dijo tía Bianca—. Cuando Lucca Ricco se endeudó hasta las cejas, siguieron nuestros pasos y reclamaron parte de la riqueza que vuestro abuelo ya había conseguido.

—Los ayudé porque ellos tenían a nuestro tesoro. Nuestro valor máspreciado.

¿Entre ellos llamaban así a Constanza? ¿por eso mi padre utilizó la palabra <<tesoro>> en su carta?

—Se aprovecharon de nuestra debilidad —aclaró Agostino—, y siguen haciéndolo. La ambición de esas personas no conoce límites.

Pensé que se refería a los Ricco, pero también a los Spígola. Estábamos rodeados de traiciones y de caos. No podíamos confiar en nadie.

Me incorporé y miré a Giordano. Ya ni siquiera podíamos confiar en nosotros mismos.

—La he protegido incluso sin saber quién era, porque lo que es importante para vosotros, lo es para mí —declaré, mirándolos a todos—. Ahora que sé de quién se trata, creo que todavía os conozco lo suficiente como para saber que hay un plan detrás todas vuestras acciones, y me lo vais a contar.

—Blake... —comenzó mi primo, pero lo corté.

—No voy a pasar por alto que me hayáis ocultado una información tan crucial, pero vais a incluirme en lo que sea que tengáis planeado.

—Y a mí también —exigió Cósomo.

—No es prudente que te metas en esto —dijo Agostino—. Los Ricco tienen que seguir creyendo que no sabemos nada.

—No —me negué tajante—. Vosotros no decidís mis batallas y esto es la maldita guerra, pero estoy más que dispuesta a lucharla y salir vencedora. Así que estáis conmigo, como la

familia que creía que éramos, o estáis contra mí, con todas las consecuencias.

—Tan cabezota como su padre —dijo mi abuelo, pasándose una mano por la frente—. Díselo, Agostino.

—Doménico —advirtió mi tío.

—Papá —pidió Giordano silenciosamente y mi tío se rindió.

—Sabemos dónde está, pero no podemos rescatarla hasta que tengamos algo contra Luciano. Algo que impida que tome represalias.

—¿Cómo lo habéis averiguado? —preguntó Cósomo.

Nosotros mismos llevábamos un tiempo intentándolo, pero, claro, no sabíamos a quién buscábamos... mucho menos su localización.

—Roberto hizo un pacto con el FBI. Les entregaría a Palmiro a cambio de que investigaran dónde estaba Constanza.

—¿Por eso lo han detenido? ¿papá lo delató?

—No es lo que piensas —me aseguró Giordano—. Pusimos un señuelo, deberían soltarlo pronto. Palmiro está informado.

Miré a mi primo con una sensación de vacío desoladora, como si algo se hubiera desprendido en mi interior y hubiera arrasado con todo a su paso. Pero no pensaba paralizarme. No dejaría que mis sentimientos me atraparan. Debía ser fuerte para lo que estaba por llegar.

—Digamos que, tu padre sigue cuidando de los suyos, incluso después de la muerte —continuó tío Agostino, dando la última clave que me faltaba para encajar todas las piezas.

—Eso es lo que decía en la carta... <<desde que naciste, he vivido para ti, mataría por ti, te he protegido siempre, me necesitaras o no, y aun muerto, seguiré junto a ti eternamente...>> —recité de memoria. Tenía esas palabras grabadas a fuego en mi mente—. Mi padre sigue vivo —afirmé, más segura que nunca.

—¿Qué dices, Blake? —preguntó tía Bianca, pero yo paseaba la vista entre mi tío y mi abuelo, que no hicieron más que confirmar lo que ya intuía. Incluso Giordano me apartó la mirada, y eso solo podía significar que tenía razón.

—Cariño, sé que te estamos contando cosas increíbles —dijo mi madre—, pero eso es imposible, hija.

—Eso mismo pensaba yo, mamá, pero ya no lo veo tan imposible. Papá sabía que iba a morir y estoy convencida de que encontró la manera de evitarlo.

Mi madre se incorporó de golpe.

—¿Agostino? —reclamó tía Bianca.

—¿Por qué no eres más claro? —exigí—. ¿Por qué no dices de una vez todo lo que sabes?

—Porque ahora tenemos dos personas a las que proteger y debemos ser muy cuidadosos.

Lo sabía. Lo sentía en mi interior con una certeza tan absoluta, que no me sorprendió que fuera verdad. Todo mi cuerpo lo gritaba y ahí estaba la confirmación, por fin.

Mis manos temblaban y tenía la respiración acelerada. Meforcé por normalizarla. Debía sentirme aliviada, en cierta forma. Observé las reacciones de mi familia.

Las caras de mi madre, mi abuela, Cósomo y tía Bianca, eran de sorpresa. Sin embargo, mi abuelo, Giordano y mi tío, lo sabían todo.

—¿Qué está pasando, Agostino? —mi madre empezaba a estar fuera de sí.

—Mi hijo —clamó mi abuela con un sollozo.

—¿De qué va todo esto? —Bianca se enfrentó a su marido—. ¡Habla de una vez!

Mi tío no pudo más, algo en él se rompió y, cuando nos miró a todos, me pareció ver cómo comenzaban a enrojecerse sus ojos por lágrimas no derramadas.

—Bien sabéis cuánto tiempo llevamos sufriendo la pérdida de Constanza. Aprender a vivir nuestras vidas sin ella no ha sido fácil, porque seguir respirando, no significa superarlo, aceptarlo u olvidarlo, y así se sentía tu padre —me miró—. Cargaba con esa culpa de una forma que le hacía daño. Yo siempre he sido su confidente y he compartido esa pena con él —se puso una mano en el pecho, solemne y me invadió un escalofrío—. Por eso, cuando vio la oportunidad de encontrarla, no lo dudó, y yo lo apoyé. Y no me arrepiento, como tampoco lo hace él, aunque no sepamos todavía el resultado de nuestra decisión.

—Dios mío —tía Bianca se llevó una mano a la boca, como si eso pudiera tapar el impacto de la noticia.

—No me lo puedo creer —mi madre se llevó las manos a la cabeza—. ¿Roberto está vivo?

Mi tío asintió y Bianca fue corriendo a abrazar a mi madre.

Mi abuelo se acercó a mi abuela, intentando hacer lo mismo, pero ella no se lo permitió. En cambio, le dio un manotazo de rabia y frustración, que mi abuelo aguantó estoicamente, porque sabía que se lo merecía, pero también que, la felicidad, no tardaría demasiado en abrirse paso.

Dos hijos que creían perdidos, no lo estaban, y deseaba que llegara el día en que pudieran reencontrarse. Ese día que, para mí, sí estaba más cercano.

Me recompuse para que mi voz sonara firme y hablé con toda la calma que fui capaz.

—¿Dónde está?

—En uno de nuestros pisos francos.

—Voy a ir a verlo —aseveré sin un rastro de duda.

—No puedes, Blake. Esto mismo es lo que queríamos evitar. ¡Lo pondrás en peligro!

Y pese a que sabía que tenía razón, no pude contenerme por más tiempo. Necesitaba verlo, escuchar su voz, hablar con él. Cosas simples, sí, pero cosas que pensaba que no podría volver a hacer en la vida.

—¡Se acabó! Habéis jugado conmigo, con nuestros sentimientos —dí un paso al frente—. Habéis hecho lo que os ha parecido y nos habéis engañado sin titubear siquiera. ¡Hasta aquí hemos llegado! A partir de ahora, las decisiones, las tomo yo.

## Capítulo 11. Pistas

### ÁLEX

Estaba intentando explicarle a mis padres el asunto de la boda. Tenía claro que no iba a ser fácil de asimilar, pero no les quedaba otra. Mi padre sabía que, cuando se me metía algo entre ceja y ceja, no paraba hasta conseguirlo. Me iba a casar con o sin ellos. Pero con su ayuda, sería mucho más rápido.

—No esperaba esto de ti —me recriminó—. Piensas las cosas cien veces. Eres frío, calculador, ¿qué mierda te ha pasado, Alessandro? Casarte con una chica que apenas conoces... es que no me cabe en la cabeza. Siempre has sido el más razonable de los tres...

—Gracias, papá —dijo Romano.

—Tiene toda la razón —argumentó Bass.

Callé lo que pensaba porque no quería desviarme del tema y porque, estar enamorado, no me hacía menos apto para los negocios, ni menos racional. Al contrario, me hacía feliz, y no estaba dispuesto a disimular ese sentimiento por nada del mundo.

—Tú no eres una persona impulsiva —continuó mi padre, ignorando las diatribas de Romano, que seguía indignado—. Siempre he pensado que tú no te dejarías llevar por esas distracciones. Confiaba en tu buen instinto.

—No es una distracción —lo corté. Eso debía quedar claro—. Tarde o temprano, me hubiera casado con ella de igual forma.

Ya le había dejado claro la situación en la que se encontraba Blake. Que era una cuestión de vida o muerte. No era tan difícil de entender, joder.

—Eso es lo que más me preocupa —dijo mi madre—. ¿Te casas por amor?

—Por supuesto. No tomaría esta decisión si no fuera así.

—*Il mio figlio maggiore*<sup>5</sup> —me acarició la cara—. Quiero conocer a esa chica que te ha robado el corazón.

—No, Fiona. ¡Lo que hay que hacer es quitarle esa locura de la cabeza! ¡otra Marconni! ¡como si no tuviéramos ya suficiente con su novio! —señaló a Romano.

—Oye, a Cósomo no lo metas, que estamos muy tranquilos ahora.

—*Amore mio*<sup>6</sup> —lo llamó mi madre con dulzura—. ¿Cuánto tardaste tú en pedirme matrimonio?

—Era otra vida y otros tiempos, Fiona. No es justo que compares —se quejó mi padre enfurecido, porque poco más podía decir para rebatir la pregunta de su esposa.

—Lo que no es justo, es que les exijas a tus hijos lo que tú no fuiste capaz de hacer.

Roma, Julia y Bass estaban sonriendo. Yo también lo hice sin remedio. Todos sabíamos que mi padre, tan sensato siempre, tan severo con todo el mundo, se enamoró perdidamente de mi madre en cuánto la conoció. Le pidió matrimonio a los tres meses de empezar a salir y se casaron

a los cinco. No tenía nada que reprocharme. Lo raro era el tiempo que había tardado Bass en pedírselo a Julia. Lo mío, corría en nuestra sangre.

—Lo primero es lo primero. Hay que acabar con los Léoni —exigió mi padre—. No podemos retrasarlo más.

—Lo sé, y lo haremos. Pero no antes de que me case —aseguré. No pensaba ceder. Acabaríamos con esas sabandijas, nadie les tenía más ganas que yo, pero esto debía hacerse ya.

—Alessandro...

Mi padre era el único que me llamaba por mi nombre completo y, que lo hiciera, no solía augurar nada bueno. Algo evidente, por el tono en el que me hablaba.

—Papá —me puse serio—, estoy intentando explicarte que no hay tiempo. ¿Crees que los Léoni irán muy lejos sabiendo que estamos aquí y que tenemos a Petra? No —contesté a mi propia pregunta, sin darle opción a que me contradijera—. Están esperando, preparados para hacernos frente en cualquier momento. Así que, cuánto lo retrasemos, va a depender de ti.

Él negó con la cabeza, exasperado, y Julia, que me conocía mejor que yo mismo y sabía que comenzaba a perder la paciencia, intervino.

—Suegro, sabes que siempre estoy de acuerdo contigo. El día que no lo esté, será el día en que el cielo se caiga —se rio y destensó el ambiente—. Pero los he visto juntos y están hechos el uno para el otro.

—Además, intentar quitarle una idea de la cabeza a este —me señaló Bass—, es una lucha perdida de antemano.

Mi padre no se daba por vencido e iba a seguir insistiendo, cuando Romano llamó nuestra atención.

—Chicos, he descubierto algo. Los abuelos de Cósomo y Blake tuvieron otra hija.

—¿De qué hablas? —me acerqué al ordenador seguido de Bass y Julia.

En cuanto llegamos a casa, mi hermano se puso a investigar sobre la persona escondida por los Ricco. Decía que le había dado curiosidad y, si alguien podía averiguarlo, era él.

—Constanza Marconni, fallecida con ocho años. Hay una partida de defunción en los registros. El rastro se pierde en mil novecientos ochenta y tres, pero tiene toda la pinta de que puede ser ella.

—¿Por qué lo crees? —escaneé la pantalla, revisando los datos.

—Cósomo nunca me ha hablado de que tuviera otra tía y os aseguro que hemos hablado de todo. Me ha contado unas cosas que... —hizo un ademán con la mano y creí ver como todos poníamos los ojos en blanco—. En fin, voy a ahorrarnos los detalles, pero tiene que ser ella.

—¿Cómo has dado con eso? —preguntó Bass asombrado.

A mí no me extrañaba. Cuando perfeccionas una habilidad desde pequeño, acabas convirtiéndote en un experto en ella, y mi hermano era un prodigio.

—Es muy difícil dar con algo si no sabes qué estás buscando, así que me he remontado a la época juventud de los abuelos y he empezado a sacar información. Internet es una mina, hermanito. Todo lo que hace la gente deja un rastro que yo sigo. Es como el cuento ese de las migas de pan.

—¿Hansel y Gretel?

—Ese, solo que la bruja aquí soy yo —sonrió pavoneándose y me hubiera reído con él, si lo que tuviéramos entre manos no fuera tan serio.

—¿Qué edad tendría ahora?

—Cuarenta y cinco años.

—Si fuera ella... ¿dónde la esconderían? —me puse a pensar—. Podría estar en cualquier parte del mundo...

—No hay más información después de su supuesta muerte. Cuánto más investigo, más alto es el muro. Lo han ocultado muy bien.

—¿Y si hubiera salido de Italia? Si hubiera tenido que viajar, habría pasado por la frontera, aduanas, un avión, billetes de tren... si investigamos la época en la que murió y los niños que viajaron en esos años...

—Eso es una aguja en un pajar. Además viajaría con nombre falso —respondió Roma, con toda la razón del mundo.

—¿Y si acotamos la búsqueda? —pedí.

—¿A qué te refieres?

—Si miramos si algún Ricco viajó en aquella época, o alguno de sus hombres. Si buscamos un patrón de comportamiento...

—No todos los registros están informatizados, podemos pasarlo por alto perfectamente —volvía a tener razón. Pero algo me decía que los Ricco no se habían alejado mucho de quien custodiaban, era demasiado valiosa para ellos.

—Quizá la hayan seguido visitando para asegurarse de que está bien... mira sus viajes en el último año, a ver si hay algo.

—¿Tren, autobús o avión?

—Avión —dije rápidamente. No sabía por qué, pero no me imaginaba a cualquiera de esos traidores viajando de otra forma. Eran unos estirados.

Mi hermano entró en la central del aeropuerto, que controlaba todos los vuelos. No tardó ni tres minutos en dar con la tecla.

—Luciano ha ido varias veces a París en lo que va de año. La última... ayer. Hizo la ida y la vuelta en el mismo día, con cinco horas de diferencia, y no volvió solo.

—¿Con quién iba?

—Pues... os va a sonar a locura, pero con Scarlett.

—No puede ser... salvo que no hayan declarado aún su fallecimiento —sonrió Bass y yo lo seguí.

—Utilizó su nombre como tapadera para ocultar el de Constanza, si damos por hecho que es ella.

—¿Creéis que la traería a Nueva York, sabiendo que los Marconi están aquí? —preguntó Julia—. Y, ¿para qué?

—Creo que hay muchas cosas que no sabemos —contesté y, en eso, estuvimos todos de acuerdo.

Cogí mi teléfono para avisar a Blake y encontré un mensaje de Giordano en el chat del grupo que había creado.

#### **GIORDANO:**

John ha estado aquí.

Boda en dos semanas.

Venid a la mansión.

—¿Habéis visto esto? —lo leí en voz alta para que mi padre también lo escuchara.

No me lo podía creer. El maldito rubito había estado allí y ya tenía fecha para la boda. Pero sabía que había algo más que no decía en el mensaje y debía ser grave si pedía vernos, incluso después de decir que no podíamos ser vistos juntos.

Giordano había insistido mucho en aquéllo y, por supuesto, podía llamarnos a cualquier hora del día o de la noche, siempre estaríamos ahí para ellos, pero estaba seguro de que no lo haría, a no ser que fuera algo importante.

—¿Qué hacemos, Álex? —preguntó Romano—. Tú decides.

Mis hermanos confiaban en mí. Yo era bueno en la estrategia, organizaba todas las operaciones. Pero, en este caso, ni siquiera yo confiaba en mí mismo. No cuando se trataba de Blake.

Me inundó una sensación de incertidumbre. El suelo parecía derrumbarse bajo nuestros pies con cada cosa que descubríamos y no podía dejar de preguntarme, si nosotros éramos los más fuertes y aun así, estábamos a punto de caer, ¿quién nos sostendría?

No. No lo permitiría. No me dejaría llevar por un temor infundado. La rabia ante que el rubito hubiera puesto fecha para la boda, debía ganar a cualquier otro sentimiento.

—Vamos a la mansión —Bass, Julia y Romano se levantaron—. Papá —exigí con mirada desafiante y él entendió que no había nada más que discutir.

Suspiró y terminó cediendo a regañadientes.

—Necesitaré dos días. Venid a Albany, os casaré allí.

—Lo haremos con separación de bienes. Quiero transparencia desde el principio.

—Alessandro, no seas irresponsable. Esa familia tiene mucho dinero. Por lo menos, aprovéchalo.

—No necesito nada que no me haya ganado yo. Lo único que quiero es que confíe en mí.

Hizo un gesto con la mano, dándose por vencido.

—*Va bene*<sup>7</sup>.

—Gracias, papá.

—No me las des. Me bastará con que no te arrepientas.

**ÁLEX:**

Vamos para allá.

**GIORDANO:**

Cuidado.

Pueden estar vigilando.

En menos de media hora, nos encontramos a las puertas de la mansión, esperando a que la voz en *off* nos abriera la verja.

Había un coche apostado fuera, supuse que a eso se refería Giordano cuando dijo que alguien los estaba vigilando... me pregunté quiénes serían, aunque estaba claro que algo tendrían que ver con el rubito traidor. No había forma de que pasáramos desapercibidos en el Ferrari de Bass, por lo que ni siquiera lo intentamos.

Salí del coche, me puse dos dedos en la cabeza, e hice un gesto en forma de saludo a Jack y Paolo, a través de la cámara.

Me gustaba que supieran que siempre estaría presente y alerta, que no pudieran dormir tranquilos sabiendo que Alessandro Cabante podía estar al acecho y sorprenderlos al más mínimo movimiento. Que notaran la presión de mi presencia.

La verja comenzó a abrirse. Sonreí. Esperaba que hubieran captado el mensaje.



## Capítulo 12. Libertad

BLAKE

Me sentía decepcionada, desconsolada, pese a que pocas cosas existían en este mundo capaces de minar mi moral.

Mi madre, que me quería, seguía empeñada en que me casara con alguien totalmente contrario a mí, una persona que me asqueaba hasta lo más profundo.

Mi padre, que me adoraba, me había engañado al desaparecer, sin pensar en el daño que eso podía hacerme, en cuánto lo iba a echar de menos o en lo que me iba a costar aprender a vivir sin él.

Mis primos, que casi siempre me entendían mejor que yo misma, me habían ocultado información, de una forma u otra, y la realidad de las circunstancias que esa información traía consigo.

Mi tío y mi abuelo, para qué mencionarlos siquiera. No había decepción que ocupara más hueco en mi corazón que la de mi abuelo.

¿Había alguna persona de mi familia que no me hubiera fallado? Siempre los había defendido a ultranza, habría dado la vida por ellos, lo mejor de mí, y cuánto tuviera, por verlos felices.

Pero, ¿dónde quedaba mi felicidad?

Mi padre me dijo que la verdad me daría la libertad, sin pensar que, cuando la descubriera, me encarcelaría para siempre. Porque entendía perfectamente que la vida de su hermana era importante, tanto o más que la mía, y que le debíamos el derecho a vivirla y a disfrutarla cuanto fuera posible.

Lo que no lograba entender era por qué había tenido que fingir su muerte para conseguirlo y, esa realidad, se había convertido en la más cruda de todas.

Estábamos esperando a los Cabante en la sala de reuniones. Aunque mis primos también estaban enfadados entre ellos, se habían puesto de acuerdo el tiempo suficiente como para encerrarme allí y no dejarme ir a ver a mi padre, porque era algo que había que preparar muy bien, y yo también lo comprendía, pero no pensaba darles la razón en voz alta.

Giordano había intentado hablar conmigo, pero no lo dejé. Y quizá, ese comportamiento me doliera más a mí que a él, porque no podía empezar a explicar las ganas que tenía de refugiarlo entre mis brazos y ahorrarle la sensación que sabía que estaba sintiendo, y que era la mía propia. Pero lejos de consolarlo, continué con mi actitud altiva, como si no me importara.

—Blake, por favor, no te enfades.

—¿Que no me enfade? ¿pero tú te estás escuchando?

—Puedo explicártelo todo.

—Ahórrame tener que oír cómo disfrazas tus mentiras —pedí en un tono casi cruel—. El momento de hablar, hace tiempo que ha pasado.

Cerré los ojos. Dolía mirarlo y supuse que él pensaba lo mismo de mí, porque no era capaz

de aguantarme la mirada.

—¿De qué vas, tío? —le espetó Cósomo.

—Tú también no, por favor.

—Yo también, ¿en serio? Poco te estoy diciendo para lo que te mereces.

Mi primo abrió la boca para decir algo, pero la cerró sin mediar palabra cuando su hermano lo interrumpió. Comenzaron a insultarse entre ellos, como cuando eran pequeños... bueno, como más veces de las que me hubiera gustado presenciar, la verdad, y no fue nada agradable. Por suerte, Rory abrió la puerta, y no pude alegrarme más cuando los Cabante y Julia entraron tras ella.

En cuanto Álex vio mi rostro, se acercó a mí y me acomodó en su abrazo, sin que hiciera falta decir nada más. Algo que me confortó hasta el infinito.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Romano examinando a Cósomo, al que comenzaba a hincharse la cara por el puñetazo de John.

—Nada, estoy bien.

Álex se apartó de mí y me exploró también, retirándome el pelo del cuello y dejando al descubierto las marcas que ese miserable me había hecho.

—Maldito hijo de puta —siseó entre dientes—. Ha sido él, ¿verdad?

Hice un gesto con la mano, quitándole importancia. Lo último que me faltaba era que Álex también se enfadara, aunque no eran pocas las cosas que podían cabrearnos en ese momento.

—Me pegó, pero le devolví el golpe.

—Y nosotros —dijo Cósomo—. No te preocupes, Álex.

—¿Qué no me preocupe? —se enervó—. No solo te pegó, te intentó asfixiar —dijo señalándome—. ¡Lo mataría ahora mismo y con mis propias manos!

—Álex, que te pierdes —le advirtió Bass y tenía razón. Sus nudillos ya estaban blancos por la fuerza con la que cerraba los puños.

Hundí mi cara en su pecho y él exhaló una gran cantidad de aire para calmarse, antes de besar mi cabeza y acariciarme el pelo.

No podía expresar las ganas que tenía de tumbarme sobre él y que me rodeara con sus firmes brazos, hasta que el mundo exterior dejara de existir. ¡Qué fácil sería la vida si yo no fuera quién soy, pero cuán diferente sería de no serlo!

Me creía fuerte. Era una persona dura, despiadada cuando debía serlo, y estaba orgullosa de ello. Solo así podía soportar la vida que llevaba. Aun así, no pude evitar preguntarme cuántos golpes más podría recibir, antes de caer en el precipicio más profundo.

—Mi padre está vivo —miré a Álex que, como el resto, se quedó de piedra.

—Joder —exclamó Bass—. ¿En qué puta película estamos metidos?

Les conté todo lo ocurrido con John y mi familia, incluyendo la traición de Giordano. Álex lo miró mal, pero me habló a mí.

—Sabemos lo de tu tía, Romano lo ha averiguado.

—¿Cómo has podido averiguar eso en un solo día? Nosotros llevamos semanas investigando —le echó en cara Cósomo y su novio se encogió de hombros.

—Hay que saber dónde buscar. Además, por lo que cuenta Blake, parece que no habéis tenido mucha ayuda —miró a Giordano, que intentó defenderse.

—Algunas mentiras son por vuestro bien, tenéis que entenderlo —dijo digiriéndose a mí y, tener el apoyo de Álex, que no había soltado mi mano en todo el tiempo que llevábamos allí, me dio la seguridad que necesitaba para decirle cuatro cosas a mi primito.

—Yo jamás te he engañado. ¡Jamás! Eres mi primo, mi sangre. Nunca hubiera esperado esto

de ti.

—Tío Roberto me lo pidió. Tú hubieras hecho lo mismo.

—¡No te atrevas, Giordano! —grité con una mirada retadora—. Tú no sabes lo que yo hubiera hecho. Cuando el albacea me advirtió que no contara nada a nadie, lo primero que hice fue decíroslo a vosotros —señalé a mis primos—, porque sois una extensión de mí, ¿en quién mejor iba a confiar? Pero veo que tú no piensas lo mismo.

Él agachó la cabeza y me dio hasta pena, pero estaba muy decepcionada.

—Creemos que está Nueva York —dijo Romano llamando la atención de todos—. Luciano viajó ayer a París. No es la primera vez que lo hace, pero en esta ocasión, solo estuvo unas horas allí y trajo consigo a otra pasajera.

—Sí, está en Nueva York —confirmó Giordano—. Ha venido para el entierro de Scarlett.

—¿Cómo? —pregunté extrañada.

—Luciano la ha dejado venir para darle el último adiós. Era su hija, Blake. De Constanza y de Luciano.

—¿De qué coño estás hablando? —lo encaró Cósomo.

—Dios mío. ¿Scarlett era nuestra prima? —me llevé las manos a la cabeza. Odié las lágrimas que escaparon de mis ojos, porque no pude controlarlas—. ¿Cómo has podido ocultarnos eso? ¡que la he matado, Giordano! ¡yo la he matado!

—¡Mierda! —gritó ofuscado y comenzó a explicarse—. Cuando tío Roberto hizo el trato con el FBI y supimos dónde estaba, aseguré la localización y mandamos a Vincenzo a vigilarla. Él nos avisó ayer de que venía y entonces fue cuando supimos el motivo, no antes.

—Por eso Vincenzo estaba en París —recordé lo que dijeron los Spígola en el funeral de mi padre, cuando mi abuela preguntó por él. Cerré los ojos intentando contener el llanto—. ¿Dónde la tienen?

—En un hotel, pero está custodiada por cuatro hombres. Luciano no se fía de dejarla sola.

<<No me lo merezco>> pensé como una ilusa, porque sabía bien la profundidad del abismo en el que estaba sumergida. Estaba claro que esta solo era la punta de un iceberg enorme bajo la superficie y sentí lástima, pero también rencor, sentimientos que necesitaba que no arraigaran con fuerza en mi interior, pues no traían nada bueno consigo.

—Increíble. Te has lucido pero bien, Giordano.

## ÁLEX

La decepción de Blake era palpable y la entendí perfectamente. No podía imaginar que mis hermanos me ocultaran una información de ese calibre o no contaran conmigo para llevar a cabo cualquier locura que se les ocurriera. Ya me había enfadado con ellos por secuestrar a Petra sin decirme nada, aunque los perdoné casi con la misma rapidez, porque supe que no lo hicieron para molestarte o hacerme daño. Vieron una oportunidad y la aprovecharon.

Y en este caso, quería pensar que Giordano se había visto obligado por las circunstancias o por la lealtad que le profería a su tío. Quise creerlo con todas mis fuerzas, porque era del todo inverosímil que Roberto Marconi siguiera vivo. Yo mismo estuve presente en el momento de su muerte. ¿Cómo lo habría hecho? Estaba deseando conocer a mi futuro suegro, parecía todo un personaje.

—Tengo miedo, Blake —dijo Giordano de repente y creí ver cómo todos nos quedábamos impactados.

Algo en ella tuvo que revolverse cuando su primo pronunció esas palabras, porque se desinfló al instante. Tan llena de rabia como estaba hacía un minuto, se acercó a él y puso la mano en su mejilla. Me di cuenta del brillo que empezaba a formarse en sus ojos y cómo estos pasaban del oscuro frío que conocía bien, al cálido afecto que comenzaba a conocer y que solo empleaba con las personas más cercanas a ella.

Había derramado unas cuántas lágrimas, que bien podían haber sido un río entero, si no se hubiera estado conteniendo. Se estaba controlando y eso me preocupaba, porque no dejaba de preguntarme cuál sería el momento que la haría estallar. Desde luego, opciones no le faltaban.

Todos nos quedamos en silencio.

Era una jodida locura ver cómo se comunicaban. No sabía si ella también tendría miedo, pero no lo negó. En cambio, dijo las siguientes palabras con una calidez extrema.

—Serías un necio si no lo tuvieras, cariño, pero llevamos toda la vida conviviendo con él y, aun así, has conseguido convertirte en un gran hombre.

Giordano movió la cabeza y me quiso parecer que también le brillaban los ojos. Miré a mis hermanos y a Julia, tan absortos como yo en la conversación. Cómo se acercó a ellos. Algo estaba cambiando en su forma de interactuar. Se empezaban a entender.

—La vida que vivimos, Blake... a veces, me abrumba. Siento miedo por mí, por nosotros, pero sobre todo, por ti. Tengo miedo de que te ocurra algo, de que no vuelvas a sonreír, porque eres la persona con más luz que conozco, por mucho que los demás se empeñen en apagarla.

—Bueno, de ella también. Porque prima, no puedes negar la cara de asesina que pones a veces —se burló Cósomo, rompiendo la intensidad del momento, y no pudimos evitar sonreír. Blake lo miró atónita y él intentó rectificar—. ¿Demasiado pronto para bromear sobre ese tema?

—Tan perspicaz como siempre, primito —puso los ojos en blanco—. ¿Es que a ti nada te afecta? ¡Scarlett era nuestra prima!

—¿Y qué? —Cósomo hablaba tranquilo, con una madurez y seriedad que no le conocía—. ¿Acaso se portaba bien con nosotros? ¿era amable? ¡No! Te odiaba sin motivo, y era mezquina y desagradable con todos. La familia no solo la hace la sangre, compañera.

Blake entrecerró los ojos, asimilando esas palabras con las que yo también estaba de acuerdo, y me pareció ver que algo en ella se calmaba. Se dirigió a Giordano.

—No puedo creer que te quedaras callado sabiendo cuánto sufría por la muerte de mi padre, que hayas intrigado a mis espaldas... ¿cómo has podido?

—Temía el momento en que te enteraras más que cualquier otra cosa en este mundo. Esa mirada de decepción, me la merezco, e intentaré cambiarla cada puto día de mi vida, pero lo hice por un bien mayor.

—El fin no justifica los medios. No a toda costa y hasta Maquiavelo lo sabía, por mucho que dijera otra cosa en su libreto —se retiró el pelo del hombro, como si eso pudiera quitarle un peso de encima—. Yo confiaba ciegamente en ti... no todo vale, Giordano.

—Quería protegerte, ese ha sido siempre mi único fin —contestó este y ella frunció el ceño, molesta aún por algo.

—Soy yo quien tiene que protegerte a ti. Yo soy la mayor —exhaló un suspiro de angustia—. ¿Crees que yo no tengo miedo? Sé que no somos invencibles, que todo puede cambiar en un instante. Con la muerte de papá, me di buena cuenta de ello, y ahora resulta que no era así y que tú lo sabías... —negó con la cabeza y algo en mí se accionó cuando la vi tan indefensa y frustrada. No era una actitud que encajara con ella.

—Te estás centrando en el ocultamiento de información, obviando lo más importante... —le dijo su primo.

—Que está vivo, lo sé —cerró los ojos un instante—. Sinceramente, solo a él se le ocurriría volver de entre los muertos.

—Ojalá todo el sacrificio haya merecido la pena —Giordano cogió una mano de Cósomo y otra de Blake—. No soportaría perderos también a vosotros. Necesito que me perdonéis, por favor.

—Deberías haberme dicho que le estabas ayudando. En eso consiste la lealtad y papá lo sabía —chasqueó la lengua y se corrigió—. Lo sabe.

—Imagina los motivos que tendría para no contarlo.

—Venga, ¡te perdonamos! —dijo Cósomo, que no podía aguantarse las ganas por más tiempo.

—A mi chico es que no le duran mucho los enfados —comentó Romano en un susurro que, pese a la inmensidad de la sala, todos escuchamos.

—Tú te callas —le reprendió su novio por encima del hombro—, que tampoco eres el más indicado para hablar.

—Pues bien que te gusta que hable, no lo niegues.

—Me gustan más otras cosas —sonrió ufano.

—Y luego nos dicen a nosotros que nos vayamos a un hotel —le dijo Bass a Julia, que asintió dándole la razón.

—Blake, di que lo perdonas y acabemos ya con esto —urgió Cósomo a su prima—. La vida es muy corta como para vivirla enfadado.

—Las cosas no son tan fáciles...

—Son lo fáciles que quieras que sean. ¡Vamos! Mira que carita —señaló a Giordano, que puso cara de pena. Eran un espectáculo—. ¿De verdad que no lo vas a perdonar? ¿serías tan cruel?

Blake bufó y se le escapó una risa contenida.

—Sois unos dramáticos.

—¿Pero funciona?

—Hay pocas cosas en este mundo que no os perdonaría... —se mesó el pelo y resopló

cansada—. Venid aquí —abrió los brazos y los acogió con una fuerza que todos sentimos, cargada de esperanza y consuelo. Cuando se separaron, tras unos minutos susurrándose palabras ininteligibles, nos lanzó una advertencia—. Más vale que nadie más me mienta a partir de ahora, creo que ya he cubierto mi cupo.

Miré a Julia, que había estado muy callada todo el tiempo, y ella ya tenía la vista puesta en mí. Sabía lo que venía ahora y me daba ánimos mentalmente. Con el carácter que tenía Blake, estaba seguro de que los iba a necesitar. Me froté los ojos... era mi turno.

## BLAKE

—Ya que estamos... —dijo Álex y mi corazón se aceleró. ¿Él también?—. Y como nos vamos a casar, que la boda es en dos días, mi padre ya lo está organizando todo. Y mi madre está deseando conocerte, por cierto. El caso es que sabes que quiero un matrimonio con total transparencia —me estaba empezando a preocupar, nunca lo había visto divagar tanto. No sabía lo que esperar—. Por eso, creo que hay algo que deberías saber. Es sobre lo que robamos en Roma.

Me acerqué a él, porque aquello me intrigaba mucho. Todavía no entendía la rivalidad entre los Cabante y los Léoni.

—Sorpréndeme —dije irónica.

—Verás. Hace casi treinta años, antes de todo, mi padre, Romeo Beligio, Ricardo Léoni, Alfonso Pinazzo y Fredric Escalante, hicieron un pacto. En uno de sus allanamientos, encontraron algo de incalculable valor, que se creía desaparecido, y que no podría salir a la luz bajo ninguna circunstancia —y ellos hablaban de películas... parecía estar contando una—. Tendrían que esperar décadas para poder venderlo en el mercado negro sin levantar sospechas. Quizá ellos nunca pudieran disfrutarlo, pero el dinero quedaría para sus hijos y sus nietos.

—Espera, espera —lo corté—. ¿Los Léoni eran vuestros aliados?

Álex movió la cabeza, y se dispuso a responder, humedeciéndose los labios de una forma cautivadora.

—No, exactamente. Algunas veces, hacían negocios juntos. Romeo y Fredric sí eran nuestros aliados. Alfonso se estaba preparando para ser policía y le emocionaba desafiar a la autoridad de vez en cuando. Y Ricardo, simplemente, era ambicioso y sabía lo que los otros eran capaces de conseguir, por lo que le convenía trabajar con ellos. Y, aunque sus caracteres no terminaban de congeniar, mi padre y Fredric también se aprovechaban de los contactos de los Léoni.

—¿Cómo se convirtieron en enemigos, entonces? —esa pregunta había dado vueltas en mi cabeza desde que nos hicieron partícipes de su enfrentamiento con los Léoni.

—Cuando quedó claro que Ricardo no pensaba mantener su parte del trato, cualquier alianza entre ellos se hizo imposible.

—La idea era ir custodiando lo que encontraron entre todos, que pasara de una familia a otra hasta que pudieran deshacerse de ello y convertirlo en dinero —explicó Romano—. Primero, lo tuvieron los Beligio y luego los Léoni. Cuando llegó el turno de pasárselo a la familia Escalante, se negaron a dárselo y lo han tenido en su poder todo este tiempo, hasta que se lo robamos.

—Yo no lo llamaría robar —corrigió Bass—. En realidad, también nos pertenecía.

—Pero, ¿qué era? —pregunté más que intrigada.

¿Qué sería aquello por lo que merecía la pena comenzar una guerra? ¿qué podría valer tantas muertes?

—El santo grial de los cuadros —declaró Álex y yo me quedé sin palabras.

Varias piezas encajaron en su lugar y un solo susurro pudo salir de mi boca. Pero lo hizo con más fuerza que nada de lo que hubiera dicho hasta el momento.

—El Pintor.

Álex asintió y yo no podía creérmelo. ¡El Pintor! Llevaba semanas en poder de ese cuadro.

## ÁLEX

Me encantaba lo inteligente que era y lo rápido que me captaba. La conexión que había entre nosotros era alucinante y quise que fuera así en todos los sentidos. Muy pronto sería mía, mi mujer, y esa certeza, me henchía de orgullo. Pero antes, tenía que calmar su enfado y hacer que me entendiera. Quizá no había elegido el momento más idóneo para soltarlo, pero ya estaba dicho.

—¡Mierda, Álex! ¡que lo tengo debajo de mi cama!

—Eso es lo mejor, está escondido a plena vista, nadie va a reparar en él.

— Toda la pantomima aquella de llevarme a una casa a cogerlo, de traérmelo para que mi madre lo valorara... ¿te reíste bien a mi costa?

— Fue todo un poco improvisado, quería pasar tiempo contigo —necesitaba que comprendiera que no había sido mi intención engañarla en ningún momento, solo fue una excusa para conocerla mejor.

Ella frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—¿De quién era aquella casa, Álex?

— De un amigo de mi padre, en eso no te mentí. Es un contacto que tiene en Estados Unidos y que nos ayudó a asentarnos.

— Pero el vendedor era...

Asentí.

— Mi padre. Pero sí que queríamos deshacernos de él y encontrarle un comprador, por eso te pedí que tu madre lo valorara. Eso tampoco era mentira.

— Ese día perdiste las llaves de tu moto. Tuviste que hacerle un puente.

— Joder, no me lo recuerdes —adoraba esa moto—. Volví después y las recogí, e informé a Philippe de que me había llevado el cuadro. Él nos lo estaba cuidando por si alguien registraba nuestra casa. Intentábamos pasar desapercibidos, pero nuestra posición no era segura. Acabábamos de llegar.

—¿Y el ruido que escuchamos? ¿el coche que vimos?

— Philippe.

— ¡Increíble! ¡sencillamente, increíble! No me puedo fiar de ti —me señaló—, ni de ti —señaló a Giordano, haciendo aspavientos—, ¡ni de mi maldita sombra!

— Oye, que ya lo habíamos arreglado —murmuró su primo.

— Va a estar recordándolo toda la vida —dijo Cósomo.

— Por eso mismo te lo estoy contando, Blake. No quiero empezar un matrimonio con cosas por decir.

— Ya no estoy tan segura de querer casarme contigo.

Alzó las cejas y se mordió el labio inferior en un gesto muy sexy. Sabía que no era verdad. Me deseaba tanto como yo a ella. Ya me lo había confesado.

—¿Ahora quién miente? —sonreí seguro de mí mismo y no pudo aguantar la pose por más tiempo, sonrió conmigo.



## BLAKE

No iba a negar que eso era cierto. Por supuesto que quería casarme con él y tenerle de todas las formas posibles. Tuve que sonreír recordando nuestros comienzos.

Aunque no me hubiera gustado su actuación de aquél momento, apenas nos acabábamos de conocer, no podía reprocharle nada. Yo ya sabía el valor económico que tenía el cuadro, lo que no imaginaba era cómo se habían hecho con él. Los Léoni siempre estaban en medio, y no veía la hora de eliminarlos.

—¿Cuándo acabaréis con Xesco y Vitorio?

—Después de nuestra boda. Cuando supe que el rubito había puesto fecha... —Álex frunció los ojos, no quería imaginar la cantidad de imágenes que acechaban su mente en ese momento—. ¿Es él quién os está vigilando?

—Sí, sus hombres llevan apostados ahí fuera todo el día —confirmó Cósomo.

—¿Está loco! —espeté—. Me desprecia tanto como yo a él, pero quiere casarse a toda costa y te digo algo, como me vuelva a poner una mano encima, se la corto. No habrá titubeos.

—Ese hijo de puta no va a volver a tocarte, no te preocupes.

Asentí, porque yo misma lo impediría si así fuera. Pero había otra cosa que debía hacer. Algo que me apremiaba mucho más que John, el cuadro o, incluso, la boda.

—Voy a ir a ver a mi padre —aseguré con determinación. Tenía la decisión tomada y esperaba que Álex me apoyara.

—¿Cuándo?

—Ahora me parece un buen momento. Iba a ir en cuanto me enteré, pero estos dos me lo impidieron —señalé a mis primos.

—Tenemos que tener mucho cuidado, nadie puede enterarse de dónde está —pidió Giordano. Eso estaba claro, no pensaba ponerlo en peligro.

—Voy contigo —dijo Álex sin dudar.

—No quiero que esto te pueda salpicar.

Puso una mano en mi barbilla y acarició mi cuello con la otra.

—Ya no hay vuelta atrás, cariño. Todo lo que haces, me afecta. Ahora somos dos —perfiló mis labios con su pulgar y un calor comenzó a nacer en mi cuerpo—. Tu lucha es mi lucha, ¿recuerdas?

—¿Os dejamos solos? —preguntó Cósomo.

—Guardad algo para la noche de bodas —rió Bass.

Sonreí, mordiéndome el labio, y seguí concentrada en Álex.

—Está bien. Pero, ¿seguro que ya está todo dicho? ¿no voy a enterarme de nada raro?

—¿Más todavía? —se burló él.

Tenía razón. Quizá sí que viviéramos en una película o, incluso, en un libro. Aunque la realidad, en cualquier caso, superaba a la ficción con creces.

—Mi suegra seguro que te enseña fotos rarísimas de cuando eran niños —dijo Julia divertida—. Álex no siempre ha sido guapo.

Este le lanzó una mirada de advertencia a su cuñada y ella arrugó la nariz, con una fingida

inocencia.

—Hay que crear una distracción para los hombres de John —pidió Giordano—. Nadie debe seguirlos.

—Nosotros nos encargamos —afirmó Julia, incluyendo a Bass—. No nos parecemos mucho, pero puedo disfrazarme, que piensen que soy tú, y hacer que nos sigan. ¿Crees que me quedaría bien el pelo largo? —preguntó a su novio sonriendo.

—A ti te queda bien todo lo que te pongas, preciosa —contestó este con devoción—. Y luego, quiero una despedida de solteros épica.

—Déjalo en mis manos —dijo Cósomo y me eché a reír con unas ganas desconocidas.

Aunque lo que nos esperaba no iba a ser nada fácil, comprendí que siempre podría contar con ellos. Esa era una de las pocas certezas que tenía en la vida y no iba a empezar a cuestionármela ahora porque, entonces, el mundo tal y como lo conocía, dejaría de existir. Perdería el brillo, la magia, la esencia de lo que éramos en realidad, lejos de una familia de mafiosos. Una familia, a secas, con todo lo que aquéllo conllevaba. Y ahora los Cabante eran parte de ella.

Amor, risas, fidelidad, apoyo en los malos momentos, alegría en los buenos... todo lo que compartíamos y lo que necesitábamos, estaba ahí, encerrado en esas personas tan parecidas a mí y tan distintas a la vez.

Aunque una duda sí me acechaba de forma constante. Era un temor recurrente, que no me dejaba descansar. Una sombra de incertidumbre, de inquietud, que asomaba en mi cabeza con demasiada frecuencia, y que me hacía preguntarme si, después de tanta destrucción, y cuando todo acabara, alguno de los bandos podría realmente cantar victoria...

No. No iba a cuestionar lo que tenía delante, porque ni ellos se merecían mi desconfianza, ni yo ser presa de mis propias dudas. Lo que teníamos, los sentimientos que nos procesábamos, flotaban en el ambiente impregnándolo todo, por mucho que el destino estuviera aún en el aire, girando la moneda, sin saber de qué lado caería. Nosotros mismos tendríamos mucho peso en esa decisión, porque, ¿acaso no era el destino una consecuencia lógica de nuestras elecciones?

Volví a mirarlos, riendo, haciendo planes... y me alegró tener a todas aquéllas personas de mi parte. Necesitaba que ellos también fueran fuertes, yo sola no podría con todo lo que se avecinaba.

## Capítulo 13. Mi adicción

### BLAKE

La inquietud no era buena aliada del sueño, por lo que dormir se había convertido en una misión imposible aquella noche. Por más que lo intentaba, no dejaba de dar vueltas en la cama, hasta el punto de deshacerla de la peor manera posible.

Estaba alterada, agitada y un tanto frustrada por tener que esperar para ver a mi padre, sabiendo que estaba a muy pocos kilómetros de mí.

¿¡A quién se le habría ocurrido semejante idea!? A todos. Lo sabía. Todos me decían lo mismo. <<No vayas>>, <<es muy precipitado>>, <<lo vas a poner en peligro>>, <<hay que hacerlo bien>>.

Y acepté sus peticiones, porque la verdad era que, después de todo el tiempo en que lo había creído muerto, de todas las veces que había llorado su ausencia en esa misma cama... me resultaba casi utópico.

Quería verlo, pero no quería. Porque deseaba con todo mi ser que estuviera vivo, de la misma forma en que necesitaba respirar y, a la vez, me negaba a confirmar que me hubiera excluido de sus planes o que hubiera preferido una vida sin nosotros... ni me lo creía, ni lograba entenderlo, y no podía más.

Y el hecho de que Scarlett fuera nuestra prima, lo complicaba todo. ¿Kinsley lo sabría? ¿y Scarlett? Quizá por eso me odiaba tanto... me asoló una marea de incertidumbre, que no se detendría hasta hablar con mi padre. Y aún quedaban horas para poder hacerlo.

Por supuesto, podía escapar, salir corriendo. Pero había hecho una promesa a Álex y a mis primos y, dado que, en su mayor parte, mi familia no había sido honesta, si yo también rompía mis promesas... sinceramente, ni me lo planteaba.

Así que me quedé en mi habitación, mirando al techo, hasta que no pude aguantarlo más y comencé a pasearme por la misma, perdida en mis pensamientos.

Encendí la luz y miré por la terraza. Poco había en lo que me pudiera recrear, solamente árboles y nuestro personal, paseándose de un lado a otro, haciendo guardia.

Cogí el móvil y salí. En la cornisa tenía escondido un paquete de tabaco para lo que yo llamaba <<emergencias>> y, este desasosiego, casi se podía catalogar así. Encendí un cigarrillo y me llené los pulmones de un aire nocivo, como si fuera una paradoja de todo lo que me rodeaba. El ruido que se escuchaba, al consumirse con cada calada, me daba cierta paz. Tener algo entre las manos me vendría bien. Conseguiría, de algún modo, calmar mi ansia.

La noche era fría, algo con lo que ya contaba, un golpe de efecto a mis emociones que, unido al cigarrillo, me harían dejar de pensar y entretenerme con algo durante, al menos, cinco minutos. O eso era lo que creía, porque no fue así.

Ojalá no hubiera hecho esa estúpida promesa.

En mi móvil solo había un mensaje de Fiorella, diciéndome que no habían localizado a

Petra. ¿Qué podía contestar? Una mentira y nada, sería lo mismo. Puse un icono triste, reflejo de cómo me estaba sintiendo y cambié de destinatario.

Durante un rato, no sabía decir cuánto, me dediqué a dar indicaciones a mis hombres. Seguramente, estarían dormidos, aunque confiaba en que estuvieran pendientes de sus teléfonos, por si me urgía su ayuda.

A veces, pensaba que necesitaría un ejército para hacer frente a todo lo que nos aguardaba y, aunque mis chicos lo eran, trabajadores incansables y fieles como nadie que hubiera conocido antes, no podía pedirles que arriesgaran sus vidas por la mía o por la de mi padre.

Bueno, sí podía, pero no iba a ponerlos en esa posición, porque yo no era esa clase de persona, ni ellos se merecían estar en tal peligro. Pero llevaban tantos años con nosotros, que sabía que lo hubieran hecho sin dudar un instante, y esa sola certeza, ya me confortaba.

Estaba tan absorta en mis intrigas, que me sobresalté al oír un golpe dentro de mi habitación. Me volví para ver qué lo había provocado en el mismo momento en que la puerta se abría y descubría que era Álex el que entraba. Me tiré a sus brazos antes de que dijera una sola palabra.

—¿Qué haces aquí? —pregunté envuelta en su aroma.

—Tenía que verte, no me he quedado tranquilo antes.

Lo besé con ansia, sin esperar a que dijera nada más. Que estuviera allí, ya me decía todo lo que necesitaba.

—¿No tenías nada mejor que hacer? —me burlé, aunque bromear era de lo que menos ganas tenía—. Porque aguantarme esta noche va a ser de todo, menos un placer.

—Cariño —susurró pegado a mi boca—, oficialmente, te lo diré muy pronto. Pero ya deberías saber que, en lo bueno y en lo malo, soy tuyo. Siempre.

Sonreí y volví a besarlo. Nunca hubiera imaginado que fuera tan romántico, tan cariñoso y leal. Me hacía sentir especial y única, en todos los sentidos, y no sabía cuánto lo necesitaba en ese momento.

Tiré de él para sentarnos en la cama, sin abandonar en ningún momento su contacto.

—¿Por dónde has entrado?

—Por la alacena —dijo mientras acariciaba mi mejilla y el vello de mi cuerpo se erizaba ante su roce. Suspiré.

—¿Te ha visto alguien?

—No, he llegado por el punto ciego del jardín. Los inútiles de tus empleados todavía no lo han arreglado. ¿Por qué no los despides de una vez, Blake? ¿por qué sigues confiando en ellos?

—Llevan muchos años con nosotros y ni siquiera sé si ayudaban a mi padre. Espero que él me lo aclare todo mañana.

Me tumbé en la cama y él lo hizo a mi lado, paseando las yemas de sus dedos por mi brazo.

—Creo que todo lo que tu primo y tu padre han hecho, ha sido pensado en el bien para vuestra familia, aunque ahora mismo no lo veamos —reflexionó y esas palabras me consolaron.

—No te voy a negar que me haya dolido lo de Giordano... y, aunque pueda llegar a entenderlo, no sé cómo no me di cuenta, Álex. Pensaba que sabía leer a esos dos, mejor que a mí misma —bufé incrédula—, y no lo vi venir.

—A mí me pasa eso con Alessio —se sinceró—. Su cara es la única que me resulta indescifrable.

Sus hermanos postizos. Aquéllos que tan lejos estaban ahora, pero con los que tantos años había compartido... que me hablara de ellos, me indicaba que él también estaba intranquilo.

—¿Les va bien ahora, después de todo?

—Respiran, y te aseguro que hay veces que con eso me basta.

Álex se volvió, mirando al techo con aire ausente, y puso un brazo bajo su cabeza. Me pegué más a él, para poder contemplar su rostro.

—¿Cómo fue vivir con ellos?

—Los primeros años fueron los más duros, pero nosotros no éramos conscientes. Ya vivían con mis padres cuando nacimos. Para mí son tan hermanos como Romano o Sebastian.

Hablaba de ellos con tal adoración, que se me encogió un poco el alma. Apoyé mi cabeza en su hombro y él entrelazó sus dedos con los míos, como si ese solo gesto bastara para aportarnos seguridad a ambos.

Comenzó a contarme anécdotas de cuando eran pequeños, mientras yo disfrutaba de sus caricias. Como el día en que Romano los obligó a vestirse de momias para un desfile en plena Vía del Corso, o cuando Bass se tiró en bomba a la piscina y cayó encima de Leo.

También me habló de Alessio y Giovanna, cuatro años menor que él. Ella era la mejor amiga de Isabella y siempre estaba metida en su casa. Que acabaran juntos, fue tan natural como respirar. No mencionó la relación entre Isabella y Xesco, y tampoco me atreví a preguntar.

Tan embelesada estaba mientras me ilustraba con aquéllas historias, que no me di cuenta de que llevaba un rato sin pronunciar palabra.

—¿Estás bien? —me preguntó—. El corazón te late desbocado.

—Ansiosa, pero no me voy a escapar, si es eso lo que te preocupa —me reí incorporándome—. ¿Qué quieres que haga con el Pintor?

—Guárdalo. Aquí nadie lo encontrará y, por el momento, no quiero moverlo. No hasta que los Léoni estén fuera del mapa.

Asentí antes de posar una mano en su pecho.

—Gracias por venir, esto era justo lo que necesitaba.

—La verdad es que también lo que hecho un poco por mí. Siempre estamos con tus primos, o con mis hermanos y Julia, y los quiero, pero necesitaba que tuviéramos un poco de intimidad.

Examinó mi reacción con cautela y no pude más que darle la razón. Yo también quería esa intimidad con él. Quería, exactamente, lo que estábamos haciendo en ese momento, durante el resto de mi vida.

—Así que tus intenciones son un tanto egoístas —me burlé divertida.

—No voy a disculparme por querer lo quiero —y yo no iba a pedirle que lo hiciera.

Deslicé mi mano bajo el filo de su camiseta, hasta conseguir rozar su piel, arrancándole un suspiro a mi paso. Sus ojos, de un azul intenso, estaban oscurecidos por el deseo.

—¿Cambiará algo cuando estemos casados? Quiero decir, tú seguirás en tu casa y yo aquí... es verdad que solo es un papel, pero para mí sí significa algo, Álex.

—Para mí tú lo significas todo —afirmó rotundo, capturando mi rostro entre sus manos. Cogí una gran bocanada de aire—. Cuando esto pase, viviremos juntos, tendremos un futuro. Te lo prometo. Y sabes que yo cumplo mi palabra.

—Un futuro... suena muy bien —contesté casi emocionada. Ya no recordaba lo que era la rutina, lo cotidiano, pero estaba deseosa por probarlo, aunque sabía que el resultado de esa promesa no dependía de él—. ¿Crees que ese día estará cerca? —me puse a soñar despierta y la imagen vino a mi cabeza de una forma tan nítida, que bien podría haberla vivido.

## ÁLEX

No solía hacer promesas que no podía cumplir, por lo que estaba seguro de que esta debía hacerse realidad. Nos lo merecíamos. Vivir una vida, tranquilos, amándonos. Incluso, teniendo hijos que continuaran con nuestro legado. Envejecer juntos y de la mano, siendo nosotros lo único que importara.

Quizá fuera una utopía. La tranquilidad no existía en la mafia, pero no descansaría hasta conseguirlo. Jamás dejaría de intentarlo o moriría en el empeño.

Si el día estaba cerca o no, dependería de nuestras futuras decisiones, por eso debíamos procurar no equivocarnos.

Obvié contestar la pregunta, mientras sentía cómo su mano acariciaba mi abdomen por debajo de la camiseta. Una erección cobró vida rápidamente.

—Blake, si sigues por ahí, vamos a adelantar la noche de bodas.

—¿Y qué habría de malo en ello? —dijo, con aire seductor.

¿Qué habría de malo? Buena pregunta.

La quería. Se iba a convertir en mi mujer. Poco había ya que no conociera de ella y, cada cosa que averiguaba, me hacía amarla más, si es que eso era posible. Solo me quedaba aprenderme el mapa de su cuerpo, explorarlo de forma minuciosa, hasta conocer cada detalle. Quería hacerla vibrar, estremecerse, que se deshiciera en mis manos, pero tenía que hacer las cosas bien con Blake. Ella era la definitiva.

Me incorporé, tomando el control de la situación, y me lo permitió durante unos instantes. La tumbé en la cama, besándola despacio, deleitándome en esos suaves labios que tan loco me volvían.

Pero poco duró lo de ir con calma. El beso se fue volviendo más frenético, lascivo, voraz. Hasta el punto de no saber si podría pararlo.

—Adoro tu boca —jadeó, paseando su lengua por mis labios.

Coloqué una mano en su pecho, de forma sutil, pero firme, mientras ella se dejaba llevar por mis caricias, con los ojos cerrados, aceptando todo lo que le ofrecía.

—El día de la boda, cariño. Ese día será especial —besé su cuello y paseé mis manos un poco más por debajo de su camiseta, resistiéndome a separarnos.

—Álex... —exhaló mi nombre con placer—. No quiero esperar más —pidió desabrochando mi pantalón con una técnica demasiado experta. Comenzó a acariciarme, hasta que solté un gemido brusco que nos encendió aún más a ambos.

Estaba a punto de perder el control, de dejarme llevar por el deseo, de arder con ella. Pero no era eso lo que tenía pensado. Había preparado algo para ese día y necesitaba que fuera perfecto. Blake no se merecía otra cosa.

—Quiero que, llegado el momento, tengas toda la libertad del mundo para expresarte, gritar cuánto te dé la gana y tan alto que se rompa el cielo —declaré con mi boca en la suya y ella se llevó las manos a la cabeza, soltando un quejido de frustración.

Asintió sin otro remedio, pues no pensaba dar mi brazo a torcer, y me levanté para apagar la

luz.

—¿Te quedarás esta noche?

—Estaré contigo en cada paso del camino —volví a tumbarme a su lado y besé su cabeza, abrazándola por la espalda, mientras nuestras respiraciones se normalizaban.

—Más te vale que merezca la pena esperar —amenazó sin un atisbo de burla.

No sabía ella cuánto me había costado pararnos, ni cómo palpitaba mi erección, pidiendo consuelo.

—Eso te lo puedo prometer —contesté, seguro de ello—. Descansa, mi amor.

No tardó en quedarse dormida entre mis brazos, mientras la noche nos engullía a ambos en su eterno y perturbador silencio. Sabía que estaba nerviosa, pero parecía descansar plácidamente, envuelta en mi cuerpo.

Velé su sueño hasta que también, sin saber cómo, cerré los ojos, dejándome llevar por la paz que estaba sintiendo.

La mañana nos despertó a ambos, con la extraña certeza de haber sido capaces de descansar mejor de lo que ninguno de los dos podíamos recordar en años.

## Capítulo 14. Toda la verdad... de las mentiras

### BLAKE

Tener a Álex conmigo la noche anterior, me había dado un sosiego que no sabía hasta qué punto necesitaba. Podía haberme perdido en él, en sus caricias, en su cuerpo, durante horas y sin dudarle un solo segundo. Pero debía respetar que él quisiera hacerlo a su manera.

Para mí, tenerlo a él, en ese momento o en el fin del mundo, ya era especial. Su sola compañía me hacía sentirme deseada, viva. Y no precisaba más para contentarme que su aroma, tan sublime siempre, impregnado en mis sábanas e, incluso, en mí misma.

Pero como todo en esta vida, lo bueno también tiene un final y, con él, un nuevo comienzo.

Al llegar la mañana, tuvo que ir a su casa y no volvió hasta pasadas unas horas, junto con sus hermanos, para poner en marcha la estrategia trazada.

Cósono y Romano se quedaron en la mansión, organizando la despedida que tendría lugar esa misma noche. Dos cabezas como las suyas pensando... miedo me daba ver lo que habrían ideado.

Bass y Julia urdieron una distracción para que los hombres de John los siguieran. Tuve que dejarles mi Mazda X5. No me quejaba, pero esperaba que lo cuidaran. Ese coche fue un regalo de mi padre y era mi favorito.

Dimos un par de vueltas por Manhattan, asegurándonos de que nadie nos seguía y, si fuera así, de despistarlos antes de llegar a nuestro destino.

Álex se apoyó en su moto, dispuesto a esperarme, pero llevábamos un auricular en el oído, por si pudiera necesitar su ayuda. Él estaría escuchando toda la conversación y, de alguna forma, aquéllo me tranquilizaba.

Sabía exactamente lo que requería en cada momento, sin tener que darle explicaciones. Comprendía que tenía que hacer esto sola, pero se ocupaba de protegerme a su manera y a cierta distancia. Y no podía negar que, saber que estaba cerca y que podía refugiarme en cualquier momento en su abrazo, me confortaba.

Tenía miedo a lo que me iba a encontrar, a lo que vendría después, al futuro, pero para eso estaba allí. Miré atrás antes de llamar al interfono.

Álex estaba observándome. Asentí al aire y le di al botón. Escuché el ruido del telefonillo y clavé mis ojos en la cámara. No pasaron más de diez segundos antes de que se abriera la puerta.

Teníamos tres pisos francos en Nueva York. No me fue difícil averiguar en cuál estaba mi padre.

Era un hombre discreto y no le hacían falta muchos lujos, por eso sabía que había elegido el piso que no tenía portero. El edificio era nuevo y había pocos vecinos, solo uno por planta. Subí en el ascensor y pulsé la tercera. Algo lejos de la primera, pero cerca del bajo, por si tenía que salir corriendo en cualquier momento, de forma inesperada, y usar las escaleras.

Cuando el ascensor se abrió, el corazón ya me latía con una fuerza atronadora. Parecía que se

me iba a salir por la boca.

En ese momento, me olvidé de todo. Solo pude concentrarme en la persona que tenía delante. Pensé que había pasado un siglo desde que no lo veía. Las arruguitas alrededor de sus ojos, el eterno ceño fruncido, la grandeza de su esencia, su inmensa presencia, llenándolo todo. Tan accesible como aterrador. El dueño de Nueva York, la autoridad absoluta, el *don*, el gánster: mi padre.

—Hola, Blake.

Me tiré en sus brazos y lo rodeé con los míos, apretando cuanto pude. Con fuerza, cariño, rabia y desesperación. No supe durante cuánto tiempo, pero hasta que pude sentir cómo mi alma se completaba.

Quise desaparecer entre sus brazos, sentirme arropada y protegida, como cuando era una niña. Y lo hubiera conseguido, de no haberme obligado a mí misma a mantener la entereza. Me aparté y lo miré a los ojos. Él limpió mi cara de unas lágrimas que no sabía que estaba derramando.

—Papá —pronuncié y, esa sola palabra, me supo a gloria.

Podía enfadarme con él por no haberme contado que estaba vivo, por haberme hecho pasar por ese infierno, por no pensar en las consecuencias que traerían sus actos, o por asumirlas como inevitables, aun habiéndolas previsto.

Pero, todo lo ocurrido, me había vuelto más fuerte, más dura. Y sin saber casi cómo, había conseguido no convertirme en piedra, por lo que le estaba agradecida. Ahora yo era otra persona y, cada versión de mí, se la debía a él.

—Te estaba esperando —abrazó mi rostro con sus manos y cerré los ojos, empañándome del calor que su tacto desprendía—. ¿Cómo estás?

—Completa —aseguré—. ¿Y tú?

—Vivo —besó mi frente con afecto—, e infinitamente mejor, ahora que te veo —negué con la cabeza y me entraron ganas de reír a carcajadas, porque la muerte no le había cambiado un ápice—. Voy a contártelo todo, pero debes entender que, si entras a esta casa, tienes que dejar los sentimientos en la puerta.

—No pienses ni por un segundo que me voy a dar media vuelta.

—No esperaba menos de ti —se rió—. Digna hija de tu padre.

—Llevo mucho tiempo queriendo creer que estás vivo, algo dentro de mí me lo decía.

—Ya deberías saber que bicho malo nunca muere, Blake, solo se transforma.

Sonreímos brevemente, encontrando en ello parte del consuelo que ambos necesitábamos.

Nos sentamos en el sofá de aquella casa, a la que no se podía llamar hogar. Era fría, lúgubre y estaba vacía, pero intuí porqué la había dejado así. Era temporal. Él quería volver con nosotras, o eso quise pensar con toda mi alma.

Verlo allí, con el mismo semblante de siempre, su olor, su mirada... era impactante. Y pensar cuántas veces había visitado su tumba, creyendo que así lo tenía más cerca, cuando, en realidad, no se había separado ni diez kilómetros de mí...

—¿Por qué, papá? —esa era una de las muchas preguntas que daban vueltas en mi cabeza y la más importante. ¿Por qué? ¿por qué dejarnos, fingir su muerte, mentirnos, alejarse...?

—Vi la oportunidad de desaparecer, de esconderme en las sombras y la aproveché. Tenía que saber dónde estaba mi hermana y rescatarla. Los Ricco jamás nos lo iban a decir, ni aun después de la boda. Nunca nos hemos podido fiar de ellos.

—Sí, eso me ha quedado claro por las malas...

—¿Te han hecho algo? —compuso un gesto desafiante que me resultó tan familiar... cuánto lo

había echado de menos.

—No. Pero planean matarme en cuanto John y yo nos casemos, así que pienso evitarlo a toda costa, papá. Cueste lo que cueste.

—Ese ha sido siempre el plan, Blake. ¿Crees que permitiría que ataras tu vida a un tipejo semejante? Es más, ¿crees que te obligaría a hacer algo que tú no quisieras? —soltó una carcajada y yo lo miré extrañada—. Hija, tú tomabas tus propias decisiones antes, incluso, de ir en pañales... cualquiera te llevaba la contraria. Eres una fuerza de la naturaleza, me compadezco del pobre iluso que piense que puede contenerte —cada vez estaba más confusa. No entendía nada y él lo notó, porque siguió hablando—. Si encontraba a mi hermana, mataría dos pájaros de un tiro. La tendría a ella y podría parar la boda. Por eso, cuando el agente del FBI se dio cuenta de que lo tenía controlado, accedí a hacer un trato con él. Me darían la localización de Constanza, a cambio de entregarles a Palmiro.

—Pero no lo traicionaste —afirmé, recordando lo que me había dicho Giordano. Además, conocía a mi padre y él no era un chivato. De eso sí estaba segura.

—Por supuesto que no, sabes que nunca lo haría. Pero tenía que parecerlo. La misión de mi vida siempre ha sido volver a reunirme con mi hermana, sacarla de las garras de esa gentuza, y no podía desperdiciar la oportunidad. ¿Lo entiendes?

¿Cómo no iba a entenderlo? Mi tía. Era una persona que yo no conocía, pero había sido su compañera de juegos. Bianca y él debían ser sus protectores, eran sus hermanos mayores, y habían cargado con el dolor de la pérdida la mayor parte de sus vidas.

Incluso, un sólo segundo, hubiera sido demasiado tiempo para ese tipo de dolor. Asentí.

—Y fingiste tu muerte, pero... ¿cómo? Yo misma estaba allí. Yo vi tu cuerpo calcinado.

—Tú viste un cuerpo, hija. Y por supuesto, pensaste que era el mío.

—¿Cómo hicisteis el cambio tan rápido?

—Lo teníamos todo programado al detalle. La primera explosión fue un detonador y una bomba de humo, ahí hicimos el cambio. La segunda, fue la verdadera bomba. Tenía que ser lo más real posible.

—Giordano apagó las cámaras —dije, cayendo en la cuenta. Igual que hizo cuando mi abuelo se lo pidió.

—Tu primo ha sido de gran ayuda.

—¿Nuestro personal lo sabía?

—No. Solo sabían que las cámaras se iban a cortar durante un intervalo de tiempo y que no debían hacer preguntas.

Increíble. Entonces, que lo estuvieran investigando, también era mentira...

—Pero si tú orquestaste tú muerte, ¿por qué me dijiste que te vengara? ¿por qué eso me llevó a Scarlett, Vera, John y los Léoni?

—Porque la bomba no la puse yo. Sabía que alguien nos había traicionado, pero no podía quedarme a averiguarlo. No era seguro. Por eso, decidí aprovechar la situación en mi beneficio.

Cada vez estaba más intrigada. El plan que habían urdido era inconcebible. Necesitaba saberlo todo.

—Y entonces, ¿cómo la descubriste?

—Yo siempre miro debajo del coche, es una precaución que tu abuelo me enseñó desde pequeño. Algo que yo mismo te he dicho a ti muchas veces.

Era cierto. Era algo a lo que yo nunca prestaba atención, porque jamás pensé que pudiera ocurrir en realidad, y que me había pasado completamente desapercibido hasta ahora.

—Por eso el abuelo sabía que estabas vivo —confirmé más que pregunté. Cómo me habían

engañado.

—Tu abuelo siempre supo que yo no cometería ese error de principiante. Lo intuyó y Agostino se lo confirmó días más tarde, después de mi funeral —comenzó a reírse—. Tengo mil historias para contar, pero nunca pensé que pudiera contar la de mi muerte.

Tuve que reírme con él. Su risa, que tantísimo había añorado, era contagiosa y esta situación, demasiado surrealista.

—Papá, ¿por qué no me lo dijiste a mí? Sabes que te hubiera ayudado, que hubiera soportado la verdad y la hubiera protegido con mi vida —dije con seguridad. Lo quería tanto, que lo odiaba por haberme quitado esa posibilidad—. Es más, me hubiera enfrentado a mi destino con determinación, orgullosa de hacer esto por vosotros.

—Porque eso estoy haciendo yo, exactamente, proteger mi vida —me miró con adoración—. La devoción que sientes por tu familia es tu punto débil, hija. Y no puedo reprochartelo, porque yo soy igual. Estamos hechos de la misma pasta.

—Siempre pensé que vosotros erais mi fuerza, no mi debilidad.

—Piénsalo bien. ¿Acaso ambos sentimientos son incompatibles? —preguntó enigmático—. Me planteé decírtelo muchas veces, pero no sabía cuál sería tu reacción. Contaba con dos opciones. Que fueras directamente a espetárselo a los Ricco o que te tornaras soberbia y no volvieras a quejarte —explicó—. En un caso, lo hubieran sabido y, en el otro, lo hubieran sospechado. Por eso decidí apartarte, pero dejarte las pistas correctas para que lo averiguaras a tu manera. Y parece que, al final, te has adelantado, como siempre.

—Fue John quien me lo soltó, creo no pudo aguantarse. Es un maldito bastardo, papá.

—Lo sé. Por eso necesitamos algo contra ellos. Cuando rescate a mi hermana, tenemos que tenerlos controlados.

—¿Sabes que Constanza está en Nueva York?

—Sabía que estaba en París. Fue Vincenzo quién nos informó de que venía y la siguió hasta el hotel, pero está muy bien custodiada.

Se pasó una mano por la frente y lo contemplé en la penumbra de aquél salón, comprendiendo los pensamientos que habitaban en su cabeza. Hice una mueca ante lo que estaba a punto de preguntar.

—¿Sabías que Scarlett era su hija y que yo la maté?

—Lo averigüé poco antes que tú, Blake —me contestó con seriedad, apretando los dientes—. Llevo treinta y cinco años separado de mi hermana, no quiero ni pensar lo que Luciano ha hecho con ella. Lo que sí te puedo asegurar, es que Scarlett se merecía lo que le pasó. No debes culparte. Que sea tu prima o mi sobrina, no cambia lo que hizo. Nuestras elecciones nos definen y todos lo sabemos.

Me levanté nerviosa con una inquietud metida en el estómago.

—Yo elijo la mafia cada día. ¿Acaso soy mejor que ella?

Mi padre me cogió del brazo, deteniéndome.

—Lo eres, porque pones tu lealtad en el sitio correcto de la balanza —aseguró—. Tu tío me ha dicho que lo estás haciendo muy bien y no sabes cuánto me enorgullece. Saber que vas a ser mejor que yo, que has conseguido superarme... bueno, me hace comprobar que ha valido la pena.

No. No lo había hecho bien. Puede que en los negocios, sí, pero es que eso era fácil. Lo difícil fue aprender a vivir sin él.

—Pero te necesitaba. No para que llevaras el negocio, quizá ni siquiera para que me aconsejaras... te necesitaba a ti. Tu apoyo, tu forma de mirarme, alentándome a ser mejor. ¿Sabes cuántas veces te he llorado? ¿cuántas veces lo ha hecho mamá?

—Hay ocasiones en las que tenemos que ser más duros con las personas que queremos que con los desconocidos, pero todo tiene un propósito —no sabía qué sentido tenía esa frase, pese a haberla averiguado en mis propias carnes. John y Vera podían habernos traicionado, pero ningún engaño era comparable al de mi padre. Y por más que me alegrara de que estuviera vivo, por más que lo tratara con cariño y devoción, sabía que, en mi interior, todavía tardaría un tiempo en perdonarle—. El mundo que nosotros queremos no se construye en un día, Blake.

—Pero sí puede destruirse en uno —dije y unas lágrimas amenazaron con escapar de mis ojos—. Tú puedes creer en un mundo mejor, pero yo tengo que vivir en este. Y he tenido que aprender a hacerlo sin ti.

—Y lo has conseguido. Has creído en ti misma y has hecho que los demás te sigan —afirmó—. Tu abuelo siempre dice que uno no conoce su fuerza hasta que la prueba. Puede que ahora que no lo veas, pero lograrás más cosas en tus primeros años en el negocio, que yo en toda una vida. Estás destinada a ser grande, y te aseguro que estaré ahí para verlo, pero todavía no, Blake.

—¿No vas a volver a casa? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—No hasta que pueda garantizar la seguridad de Constanza. Hasta entonces, ambos debemos seguir muertos. Los Spígola estarían en peligro si alguien se entera de que no cumplieron el encargo, y mi hermana también.

—Entiendo lo vuestro, porque nadie busca a un muerto. Pero, ¿por qué tenemos que proteger a los Spígola?

—Porque las deudas se heredan, hija.

—No todas.

—Las de sangre, sí. La familia está por encima de todo, Blake. No lo olvides —me dio un beso en la frente—. Recuerda que te quiero, y nada puede cambiar eso, ni siquiera la muerte.

Miré su rostro, endurecido por los recuerdos, curtido en mil batallas. Sus ojos oscuros, en los que se veía claramente la sed de venganza y una determinación incuestionable. Había sacrificado mucho por esta misión y era demasiado lo que estaba en juego. No iba a ser yo quien se interpusiera en su camino.

—Dicen que una vez conquistada la muerte, comienza una nueva vida. Espero que la tuya sea muy larga, papá.

## Capítulo 15. Despedida

### ÁLEX

Cuando salió de aquel edificio, pude respirar tranquilo de nuevo. Me había costado mantenerme en un segundo plano, pero era su padre, no se lo podía reprochar. Entendía que Blake no funcionaba así, conocía su carácter y esto era algo que debía hacer sola, por más que me pesara.

La conversación que habían mantenido no dejaba lugar a dudas sobre qué clase de hombre era Roberto Marconi, y pude darme cuenta de que Blake tenía a quién parecerse. No solo había heredado la entereza de su madre, sino también, la integridad y la tenacidad de su padre. Me pareció una persona recta, con un claro objetivo, y no iba a dejar que nadie lo apartara de él hasta conseguirlo. Ni siquiera su hija.

Comprendí que algo de razón tenían al haberle ocultado la verdad, y me inclinaba por la opción de una Blake soberbia ante el rubito, sin dar su brazo a torcer, y dispuesta a acatar su destino hasta las últimas consecuencias. Los Ricco hubieran sospechado de que tramaban algo, casi con total seguridad, porque la Blake complaciente no existía. Eso ya lo tenía comprobado.

Quizá Romano pudiera ayudarlos a encontrar alguna cosa que sirviera para poner a Luciano contra las cuerdas. Hablaría con él esa misma noche.

—Álex —se pegó a mí y la envolví con mis brazos. Ella apretó fuertemente, como si mi solo contacto pudiera darle el ánimo que le faltaba.

Sequé su cara con mis labios, saboreando las lágrimas que había comenzado a derramar, y se quedó un minuto sollozando en nuestro abrazo.

—Lo sé, pequeña. Lo sé. He estado escuchando —acaricié su cabeza con ternura, intentando consolarla—. ¿Estás bien?

—Lo estaré —aseguró, mirándome a los ojos, y quise creerla con todas mis fuerzas—. No hay nada que no se arregle con tus besos.

Acerqué mi boca a la suya, respirando su propio aire, y la besé sin ninguna prisa, como nunca lo había hecho antes. La besaría una y mil veces si eso pudiera quitarle cualquier mal, aunque no estaba seguro de que fuera el caso.

Pensar que su padre estaba muerto y reencontrarse con él, era algo fuera de toda lógica. Esperaba que pudiera soportarlo. Confiaba en servirle de apoyo, pero intuía que sus sentimientos estaban a flor de piel y que, en algún momento, tendrían que salir. Y quería estar presente cuando eso pasara, pues pensaba ayudarla a desahogarse, soltarlo todo y recomponerse. Puede que fuera demasiado optimista, pero no dejaría que se hundiera.

—Necesito salir de aquí, Álex —me miró con cautela, cerrando los ojos e intentando contener la agitación de su pecho. Cuando los volvió a abrir, al cabo de un instante, era otra persona—. Vámonos, tenemos una despedida que celebrar —pidió, haciendo un esfuerzo por

sonreír.

A veces, su forma de ser, me dejaba sin palabras.

—No hagas eso —la miré inclemente—. No te hagas la fuerte conmigo.

—No hay otra cosa que pueda hacer... él ya tiene su decisión tomada —asentí, tendiéndole el casco, y sin dejar de pensar en cómo podría resolverse esta situación sin que nadie más sufriera. Fracagé estrepitosamente—. ¿Crees que debería cambiarme? —preguntó mirándose a sí misma y yo recorrí su cuerpo de igual forma.

Llevaba un pantalón negro ajustado, una blusa también negra, una chaqueta de cuero y su eterno pelo largo, suelto en cascada.

Últimamente se empeñaba en vestir de negro y, aunque yo la veía perfecta con todo lo que se ponía, debía admitir que le faltaba algo de color que atenuara su palidez.

Y no solo en la ropa.

Su carácter también era más oscuro, más apagado, e iba endureciéndose con cada golpe que le daba la vida.

—Yo te veo preciosa y no quiero separarme ni un minuto de ti —me regaló una sonrisa sincera, entendiendo que, con su sola compañía, me bastaba. Lo que llevara puesto, era de lo menos.

No veía la hora en que uniéramos nuestras vidas. Aquéllo era lo único que me importaba, tenerla bajo mi protección y cuidarla. Ahorrarle tantas decepciones... hacerla feliz. Esperaba poder conseguirlo.

Esa mañana, mi madre me paró cuando llegué a casa, se sentó conmigo, y me ofreció las alianzas de mis abuelos maternos, los Stanti. Desde que murieron, las había guardado para mí y quería que supiera que, aunque aún no conocía a Blake, confiaba en mi criterio, y en que la persona que yo hubiera elegido, sería digna merecedora de llevarla.

Me enorgulleció la confianza que mi madre había depositado en mí. Conocía la importancia de aquellas alianzas, y le aseguré que ella estaría de acuerdo conmigo, desde el mismo momento en que conociera a Blake.

Llegamos al Lumière en mi Suzuki GSX y entramos por la puerta de atrás para que nadie nos viera. Blake saludó a una camarera, que nos indicó que los chicos ya estaban en el reservado. Al subir, nos encontramos con Giordano, Cósomo, Bass, Romano y Julia, sosteniendo una pancarta que rezaba: <<Aquí comienza el felices para siempre>>. Me pareció bastante cursi, y no lo era menos que el resto de frases que vestían la pared:

<<La respuesta es AMOR, no importa cuál sea la pregunta>>.

<<Sois una sola alma que habita en dos cuerpos>>.

<<Hoy empieza la mejor historia jamás contada: la vuestra>>.

Debía haber sido idea de Julia, que era una empalagosa de cojones. Tuve que reírme cuando comenzaron las felicitaciones.

## BLAKE

Álex me acariciaba sutilmente la nuca, con una delicadeza exquisita, mientras los demás hablaban felices de cualquier cosa que se les ocurría.

Cósono y Romano bailaban atrevidos en una esquina del reservado. Giordano se tomaba su copa con una sonrisa en los labios y miraba el móvil cada pocos minutos. Supuse que estaría escribiéndose con Martia y deseé que dejara de hacer el tonto y comprendiera, de una vez, que estaba loco por esa chica y que ella se merecía que él fuera la mejor versión de sí mismo. Si yo podía ser feliz, él no debía serlo menos. Esperaba que se hubiera quitado un peso de encima al confesárnoslo todo y que, por fin, pudiera estar tranquilo. Bass no dejaba de hacer brindis por una tontería u otra, y Julia se reía de todo lo que su novio decía.

Estaba tan relajada, tenía tal sensación de paz, que casi parecía imposible que pudiera sentirme así, después de todo.

Horas antes, Álex me había mirado como si esperara que me rompiera en cualquier momento. No le estaba mostrando mi lado más valiente y decidido, y eso me atormentaba. Odiaba que alguien pudiera verme así, tan débil. Y sobre todo, él. Por eso me obligué a componer una sonrisa tenue que evitara su preocupación. Ya podría llorar a gusto después, en la soledad de mi habitación.

Aunque allí, rodeada de mis seres más queridos, y con Álex a mi lado, me hice la promesa tácita de intentar recuperar la alegría que había creído perdida hacía tiempo.

Mi padre estaba vivo, se habían acabado los secretos, y me iba a casar con el hombre de mi vida. Por fin, mi mundo estaba en sintonía, y lo aprovecharía cuánto durara, pese a continuar inquieta por todo lo que lo aún nos quedaba pendiente. Iba a concentrarme en el <<ahora>> y en cómo se me erizaba la piel ante el contacto de Álex que, de vez en cuándo, se acercaba para darme un beso en el cuello o susurrarme al oído. Aquello era lo realmente auténtico.

—Voy a hablar un momento con Romano, ¿me esperas aquí? —me preguntó levantándose.

—¿Acaso crees que puedo ir muy lejos? —bromeé y él se despidió con un beso, antes de pedirle a Bass que lo acompañara.

La música nos envolvía, mientras un aura de diversión flotaba en el ambiente. Miré hacia la pista, en la que tantos cuerpos se movían frenéticos al ritmo que marcaba el DJ y me pregunté si esas personas tendrían preocupaciones como las nuestras o si serían capaces de dormir por las noches, con la suerte de poder evitar las pesadillas. Soñar placenteramente, debía ser fantástico.

—Cuñada, ¿cómo te lo pasas? —Julia se sentó a mi lado, con una sonrisa contagiosa.

—Me siento, extrañamente, en paz, pese a toda la incertidumbre que nos rodea —contesté, segura por primera vez de decir la verdad.

—Incertidumbre... buen eufemismo —se rió—. Yo estoy contentísima, me encanta ver a Álex tan feliz.

—De verdad, ¿lo crees? —pregunté dudosa, porque sabía que ambos teníamos demasiadas cosas en la cabeza como para poder disfrutar de una felicidad plena.

—¿Estás de broma? Ese chico te quiere más que a sí mismo. Llevo siglos deseando que conociera a la horma de su zapato. Esperaba con ansias ese día —bebió de su copa, sin abandonar

la sonrisa que siempre la acompañaba y adoré tener a una persona tan positiva a mi lado.

—Encontrar el amor verdadero, con la vida que llevamos, no es fácil —dije, aunque tenía buen ejemplo de ello en mis padres y en mis tíos—. Supongo que todos los que nacemos en la mafia, pensamos de la misma forma.

—Yo no nací en ella. Mi familia no pertenece a la mafia, aunque la respeta. Pobres de ellos si no lo hicieran, porque mi suegro tiene un genio... que como para llevarle la contraria. Por eso no quisieron venir a Estados Unidos.

Nunca me había temblado el pulso al mencionar esa palabra que tanto decía con tan solo cinco sílabas, pero entendía cómo podía ser vista desde fuera. Por eso me llamó la atención que Julia pareciera haberse adaptado tan bien a ella.

—¿Los echas de menos?

—Cada día. Pero es que sin Bass no puedo vivir, y sin los otros dos tampoco, no te lo voy a negar —soltó una carcajada—. Los conozco desde que eran más críos todavía que ahora.

No pude evitar reír con ella, por cómo hablaba de Romano y Álex.

—Se nota cuánto los quieres —afirmé encantada de que fuera así.

—Mis cuñados son un poco idiotas, pero son mis idiotas, y no los cambio por nada del mundo, ni dejo que nadie les haga daño —me miró desafiante.

—Si lo dices por mí, creo que puedes estar tranquila. No tengo la menor intención de herir a Álex.

—Lo intuía, pero no sería su mejor amiga si no te lo advirtiera.

—¿Cómo llegaste a serlo? —tenía curiosidad.

—Le sorprendía constantemente, y le llevaba mucho la contraria. No está nada acostumbrado a eso —se encogió de hombros—. Además, siempre he sido más lista que él.

—Pues que se vaya acostumbrando, porque conmigo tiene una buena dosis de ello —repuse recordando cuántas veces nos habíamos peleado, cuando aún nos resistíamos a reconocer que ya habíamos caído.

—Eres dura, me gustas —sentí mucha empatía con Julia. Ella también era mi tipo de persona, de las fuertes y decididas.

—¿Crees que la boda es muy precipitada? —expuse una duda que no cesaba en mi cabeza, aprovechando la confianza instalada entre nosotras—. ¿Qué han dicho sus padres?

Julia se puso seria y eso ya no me gustó tanto. Me incliné hacia adelante, atenta a sus siguientes palabras.

—Álex no hace las cosas por hacer y no intenta halagar a nadie que no se lo merezca, tenlo por seguro. Si se casa contigo, es porque te quiere. Y habiendo amor, ¿qué más da que se haga en un año o en tres meses? —preguntó retórica—. Por Alessio y Fiona, no te preocupes. Son los mejores.

Respiré con cierto alivio y pude sonreír sincera, de nuevo.

—Para no haber nacido en la mafia, pareces bastante cómoda con ella.

—Comes o te comen, cuñada. Además, tengo un futuro genial planeado. Me casaré con Bass y, cuando termine la carrera, seré Jueza, como mi suegro.

—Mi abuelo siempre dice que, el verdadero trabajo, no lo es. Si disfrutas con lo que haces tanto como para mimetizarlo con tu vida privada, no se puede considerar como tal.

—Tu abuelo es un sabio —dijo con toda la razón del mundo—. ¿Qué te vas a poner mañana?

Abrí los ojos sorprendida por su pregunta. No me había acordado de buscar nada para la boda. Me inquieté al instante, casi no quedaba tiempo.

—Ni siquiera lo había pensado... puede que tenga algún vestido blanco en el armario, tengo

que mirar.

Julia entornó los ojos y yo fruncí el ceño ante su actitud.

—Pues sí que te conocen bien tus primos. ¡Chicos! —les llamó la atención, y se acercaron hasta nosotras—. Es hora de abrir los regalos.

—Álex, tú vete —pidió Romano y este se negó en rotundo.

—Ni de coña, vete tú —le dio un pequeño empujón en el hombro—. Esta es mi despedida.

Bass se colocó detrás de él, tapándole espontáneamente los ojos con sus manos, mientras Álex le daba codazos para quitárselo de encima.

Cósono me tendió dos cajas, ante la atenta mirada de todos, excepto la de mi futuro marido, que continuaba quejándose.

Abrí primero la alargada y saqué un vestido de novia, muy sencillo, desprovisto de encajes recargados, salvo en el velo. Era de tirantes, con la espalda descubierta, y tenía una pequeña cola que arrastraría por todo el juzgado. Se me saltaron las lágrimas. En la otra caja asomaban los tacones, altos y blancos, que habían comprado a juego.

—¿Me habéis comprado un vestido?

—Sabíamos que no ibas a pensar en ello. Eres un poco desastre para esas cosas —comentó Cósono sin darle importancia, pero sí la tenía.

Me acerqué a ellos y nos fundimos en un abrazo.

—Sois los mejores primos que podría desear.

—Nada de llorar, ¿eh? —me pidió Giordano—. Que estamos en un momento feliz.

—Álex, para ti también hay —dijo Romano, tendiéndole una caja similar a la mía. Antes de abrirla, me miró.

—¿Y ella por qué sí puede verlo? —preguntó enfurruñado. Estaba guapísimo—. De eso nada, tapadle los ojos, que yo también quiero sorprenderla.

Cósono siguió el mismo procedimiento utilizado por Bass, y yo ya estaba deseando que llegara el día siguiente, para ver a Álex con aquél traje puesto. Lo imaginaba tan imponente que, algo dentro de mí, ya ardía en deseos por desvestirlo.

Al cabo de unos segundos, vi la luz de nuevo y una sonrisa brillante en la boca de mi futuro marido.

Giordano se acercó a mí y me habló al oído.

—¿Te importa si me voy con Martia? Está esperándome fuera.

—No, mientras lo arregles con ella. Es una gran chica, Gio.

—Lo sé —me retiró el pelo del hombro, mirándome fijamente—. Hemos pasado por muchas cosas juntos. Hemos ido hasta el fin del mundo y hemos vuelto. Creo que ya es hora de tener un poquito de felicidad —me dio un beso en la frente, haciéndome la misma pregunta que hacía solo unos días. Ahora, desde una perspectiva muy diferente—. No hace falta que te diga cuánto te quiero, ¿verdad?

Negué. No hacía falta, porque era muy similar a cuánto lo quería yo.

—Verdad. Siempre juntos, primito.

—Siempre —contestó con solemnidad.

## Capítulo 16. La boda

### BLAKE

El amanecer llegó casi sin darme cuenta y, de nuevo, me descubrió despierta. El tiempo parecía pasar demasiado rápido y, finalmente, el día se había impuesto. Y era un día clave, no solo en mi vida, aunque todavía ninguno éramos conscientes de cuánto, ni del por qué.

Julia se había quedado las cajas con los zapatos y el vestido. No podía arreglarme en mi propia casa, nadie sabía que me iba a casar, así que lo haría en casa de mis futuros suegros.

Estaba un poco nerviosa por conocerlos, algo que podría parecer ridículo, después de considerar todo a lo que me había enfrentado en estos meses, pero las cosas que había escuchado sobre los Cabante, no me habían dejado indiferente. Aunque estaba deseando saber si su fama les precedía tanto como parecía.

Y la Stanti no se quedaba atrás, de ninguna manera. Me la habían descrito como una persona tierna, pero recta, y con una capacidad innata para imponer su voluntad. Tenía una curiosidad extrema por comprobarlo.

Cogí unas cuantas cosas de aseo, que creí poder necesitar para prepararme, algo de maquillaje, y una plancha para el pelo. Tomé una ducha, intentando relajarme, pero me resultó imposible. Era mucho lo que aún teníamos por delante. Me puse ropa interior sexy, puesto que planeaba que ese fuera el día en que Álex me la viera, y bajé al comedor ataviada con una mochila.

Mis primos ya estaban allí, con unas sonrisas descaradas dibujadas en sus rostros. Ellos me habían servido la excusa perfecta para salir durante todo el día. Giordano propuso ir a Central Park, alegando que me vendría bien para desconectar de lo ocurrido, y Cósomo lo secundó. No podía estar toda la noche fuera porque, entonces, sospecharían de que ocurría algo.

Expliqué a mi familia la reunión con mi padre, pero no me extendí en exceso. Mi abuela, mamá y tía Bianca, se pusieron a parlotear sobre que ellas también querían ir a verlo y a increpar a tío Agostino para que las llevara. Mi abuelo solo me dijo que siguiera actuando con normalidad, cosa del todo imposible, aunque le prometí intentarlo con empeño.

Cogimos el Honda SUV de mis primos y llegamos a casa de los Cabante a las diez en punto. La ceremonia se celebraría al medio día.

Nunca imaginé una boda por la mañana pero, sea como fuere, tenía la intención de que fuera perfecta.

Una mujer morena, de unos sesenta años, preciosa, pese a los estragos que los años habían hecho en su rostro, y con una sonrisa cálida y verdadera, nos abrió la puerta. Cósomo, que ya la conocía, se adelantó un paso.

—*Buongiorno*<sup>8</sup>, Fiona —la saludó mi primo, antes de que ella besara sus mejillas con afecto.

—Cósomo mío, ¿a quién traes contigo? —preguntó, mirándome a mí, y me presenté,

tendiéndole la mano.

—Buenos días, señora. Soy Blake.

Ella obvió mi saludo, lanzándose a darme dos besos, como había hecho con mi primo.

—Blake —repitió con un acento marcado—. Un nombre muy poco italiano.

Decidí hacer gala del idioma, aunque no solía hablarlo nunca. Supuse que le gustaría escucharlo.

—*Lo parlo perfettamente, ma sono nato in America i miei genitori pensavano che fosse originale*<sup>9</sup>.

La mujer sonrió abiertamente, con una risa enternecedora.

—Así me gusta, querida —me guiñó un ojo—. Pasa, estás en tu casa.

—Fiona, este es mi hermano, Giordano.

—*Buongiorno, signora. Ammaliato*<sup>10</sup> —se presentó educado, cogiendo su mano para besarla con delicadeza—. No se preocupe, que Italia corre por nuestras venas.

La casa me pareció tan acogedora, que a punto estuve de suspirar. El aroma a comida impregnaba el cálido ambiente y me hacía inhalar el aire con más ganas de las precisas.

—¿Dónde está Álex?

—En la habitación, con sus hermanos. No podéis veros antes la boda —me dijo muy seria—. Sube. Tercera puerta, a la derecha. Julia te está esperando. Yo voy a terminar el almuerzo, estoy preparando *cannoli*<sup>11</sup>.

## ÁLEX

Mi madre me había prohibido ver a Blake antes de la ceremonia. Era tradicional hasta para eso. No obstante, sin que ella se diera cuenta, cuando sonó el timbre, me quedé en una esquina, escondido, observando la escena.

Salió de la cocina y abrió la puerta sonriendo. Esa ya era una buena señal. Primero, besó a Cósomo. Ya había adoptado una predilección natural por el menor de los Marconni, de la misma forma en que lo hice yo al conocerlo.

Después, puso a prueba a Blake. Una prueba que había pasado con nota. Nada apreciaba más mi madre, que el hecho de que alguien hablara su idioma. La hacía sentirse en casa. Y debía admitir que, escuchar a Blake hablar en italiano, me pareció realmente sexy.

Cuando mi madre le indicó que subiera, me metí en mi habitación, donde esperaban mis hermanos, y terminé de prepararme. Me sentía nervioso, como pocas veces en la vida. Además, saber que íbamos a acudir por separado, que no podía lanzarme a su boca, teniéndola tan cerca, me desquiciaba hasta lo imposible.

Mi padre ya estaba en los juzgados y nos esperaba allí en dos horas. Respiré agitado, terminando de arreglar mi corbata, cuando Bass se puso a descorchar una botella de champán que no sabía ni que había traído.

—Hermanito, ¡vamos a brindar! —dijo feliz y yo lo miré con mala cara.

—¿En serio? ¿no podías esperar hasta después de la boda? —le reprendí riendo.

—Estas cosas se celebran durante todo el día. Cuando te vayas con Blake, a tu tarde de bodas o a lo que sea que hagáis...

—No queremos saberlo, no nos des detalles —pidió Romano, interrumpiéndolo con una sonrisa divertida.

No pensaba dárselos, lo que ocurriera sería algo íntimo entre Blake y yo. Algo a lo que nadie que no fuéramos nosotros, tendría acceso jamás.

—... seguiremos celebrándolo sin ti, así son las cosas —continuó Bass, ignorando lo dicho por Roma—. Además, hay que templar esos nervios de acero.

Me ofreció una copa y no la rechacé.

Cósomo y Giordano entraron en la habitación sin llamar a la puerta. Se veía que ya había esa clase de confianza.

—¡Compañero! Mi prima se va a enamorar más todavía cuándo te vea de esa guisa, madre mía —soltó Cósomo del tirón y Romano le reprendió con la mirada.

—Córtate un poquito, ¿no, amor? —arrugó el gesto.

—Verdades como puños, digo.

Giordano me tendió la mano.

—Más te vale cuidarla —me advirtió y yo se la estreché, seguro de que lo haría.

## BLAKE

Fiona terminó en la cocina y subió a la habitación que Julia compartía con Bass, para arreglarse con nosotras. Ella fue quien me hizo unas ondas en el pelo, que había dejado suelto. Me lo coloqué a un lado, para pronunciar el escote de la espalda. Julia me maquilló sutilmente, resaltando mis ojos oscuros con el lápiz negro y yo me pinté los labios en un intenso tono rojo.

A ambas se les escaparon algunas lágrimas, que no intentaron ocultar, cuándo estuve lista.

No solía maquillarme normalmente, por lo que esperaba sorprender a Álex. Aun así, estaba segura de sus sentimientos y de que me querría de igual forma, no importando si llevaba un vestido de novia o un pijama. Ya me lo había demostrado.

Estaba muy nerviosa e inquieta por la ceremonia, pero también por lo que iba a ocurrir después. Y es que, aunque no era mi primera vez, tenía la certeza de que, con Álex, sería totalmente diferente y especial. Un sentimiento dentro de mí esperaba no equivocarse.

—Estás increíble —me dijo Julia.

—Tú serás la próxima —le devolví una sonrisa.

Fiona me cogió por los hombros, intentando no estropear su creación.

—Brillas, hija mía —me dijo con los ojos empañados—. Si eres tan bonita por dentro, como lo eres por fuera, mi Álex tiene mucha suerte de tenerte —apoyé mi mano en la suya, agradecida por sus palabras.

—Ya te digo yo que lo es, suegra —Julia abrazó a Fiona por detrás, y puso su mano encima de las nuestras. Me pareció un gesto tan tierno, que a punto estuve de que se me saltaran las lágrimas a mí también—. Eso sí, ahora no me sustituyas. Yo voy a seguir siendo tu favorita, ¿verdad?

Me eché a reír. Menuda adquisición habían hecho los Cabante con ella.

—Mi favorito es Cósomo —se burló Fiona—. Pero para ti siempre tendré un hueco.

Julia arrugó la nariz.

—No sé yo si eso termina de convencerme... —siguió bromeando y Fiona puso los ojos en blanco.

—Pues claro que sí, niña. Te he criado como a una hija —me miró a mí—. ¿Sabes que esta loca entró en mi casa cuando solo tenía cinco años?

—No lo sabía —sonreí imaginándolo.

—Si yo te contara... era más revoltosa que mis propios hijos, que ya es decir.

—Tengo mis momentos —Julia se encogió de hombros—. Bueno, cuñada, ¿vamos de boda? Que no me he puesto yo este pedazo de vestido para nada —me reí por la alegría que transmitía.

Iba preciosa, con un vestido azul de cocktail y el pelo corto, suelto y muy liso. Mi futura suegra se había puesto un vestido beige con bordados elegantes y un chal a juego.

Deseé que mi madre, mi tía, o mi abuela, hubieran podido vivir este momento conmigo, e ir del brazo de mi padre hasta el altar. Respiré hondo, y elevé la cabeza al techo con los ojos cerrados, rogando porque, algún día, lográramos repetir este acto y mi deseo pudiera hacerse realidad.

## Capítulo 17. Sí, quiero

### ÁLEX

El Ferrari era de cuatro plazas, por lo que tuvimos que dividirnos. Bass, Roma, y yo, nos fuimos antes para buscar a mi padre y asegurarnos de que todo estuviera listo. Cósomo, Giordano, Blake, Julia y mi madre, llegaron después.

La sala estaba vacía. Mi padre la había despejado durante toda la mañana y algunos trabajadores del Juzgado se habían acercado para curiosear y felicitar me, cuando él les contaba que era su hijo quién se casaba.

En realidad, no tendría que haber dicho nada. No había que pregonarlo a los cuatro vientos, pero estaba tan orgulloso de comentarlo con sus colegas, que no pude reprimirlo.

Eso sí, le advertí que no tuviera ninguna salida de tono con Blake. Ya sabía de su tendencia a evaluar a las personas y no era el momento.

Aún no la había visto, pero cuando mi madre entró en la sala con una sonrisa radiante, ese solo hecho, me tranquilizó. La siguieron todos los demás, menos Giordano, y se quedaron de pie a mi alrededor. Me alegré de que su primo estuviera con ella, no quería que hiciera el camino sola.

—Alessandro, ¿preparado? —me reclamó mi padre.

—Preparado —confirmé. Como nunca pensé estarlo.

Cósomo puso música con su teléfono y la puerta de la sala se abrió. Ahogué un suspiro.

Su estilizada figura apareció ante mí con una pureza extraordinaria. Me quedé aturdido. Sin voz. El vestido blanco se pegaba a su silueta como si fuera un guante. Cada curva, pronunciada de una forma tan sutil, que hizo que me estremeciera. Avanzó por el pasillo del brazo de su primo. Iba maquillada de una forma perfecta. Como si fuera una aparición.

Al llegar a mi lado, Giordano enmarcó su cara entre las manos y besó su frente, haciéndome un asentimiento.

—Estás guapísimo —me dijo, ¡ella a mí! ¿acaso no se había mirado en el espejo?

—Tú cortas el aliento —respondí exhalándolo.

Tan concentrados estábamos el uno en el otro, que mi padre tuvo que carraspear para llamar nuestra atención.

—Blake —cuando ella lo miró, me tensé. Mi futura mujer se adelantó un paso, tendiéndole la mano, y mi padre la estudió comedido. Sabía que estaba observando su forma de actuar, de moverse en la escena, y le pedí que se contuviera con un gesto. Él me lanzó una mirada cómplice, después de corresponderle al apretón de manos—. Mi hijo me ha contado tu situación —dijo por toda explicación, dejando que ella hablara.

Antes de hacerlo, se puso firme.

—Sé que esta boda es más precipitada de lo que debería. A mí también me hubiera gustado que se desarrollara de otra manera. Pero estoy segura de que, de una forma u otra, hubiéramos llegado al mismo final, por lo que me parece bien no andarnos con rodeos.

Mi padre la miró con interés. No dudaba de que lo hubiera sorprendido.

—Estoy de acuerdo con ir a por lo que uno quiere y puedo empezar a comprender lo que mi hijo ha visto en ti —miró a su esposa—. Los Cabante siempre elegimos, para compartir nuestra vida, a personas con carácter.

Desde luego, eso era cierto. Mi madre, Julia, Cósomo y Blake, tenían aquello en común.

—¿Esa es su forma de admitirme en la familia? —preguntó ella, segura de sí misma, y me preocupé por dejar ver hasta qué punto me encendió sin pretenderlo.

Mi padre se echó a reír como pocas veces lo había visto.

—No. Es esta —salió de su atril y colocó una mano en su hombro—. Blake Marconni, bienvenida a la familia Cabante.

## BLAKE

Alessio Cabante imponía, eso quedaba claro. Sus ojos, tan transparentes como el agua, no pasaban desapercibidos. Imaginé la belleza que debía haber ostentado cuando era más joven y de la que todavía hacía gala. Tenía un aspecto desafiante y pude ver a sus hijos reflejados en él, solo que con unos años más y el rostro mucho más curtido.

Pero conocerle, no fue tan malo como había pensado. Parecía un hombre fácil de tratar si seguías sus normas y, sobre todo, si te comportabas como un igual. Lucharía por ganarme su respeto, aunque pensé que iba por buen camino.

En ese momento, quién me hacía temblar no era mi suegro, sino Álex.

Estaba increíblemente atractivo con su traje de chaqueta, camisa blanca, y una corbata negra que estaba deseando deshacerle.

—¿Listos? —preguntó su padre y él me miró dubitativo.

Algo en mi estómago se encogió.

—¿Estás segura? —¿es que no lo tenía claro?

—¿Qué pasa? ¿te lo estás pensando? —dije inquieta.

A lo mejor, comenzaba a arrepentirse. Vernos allí, a punto de hacer la locura de nuestras vidas, era un golpe de realidad.

Íbamos a dar un gran paso.

—Si hacemos esto, no habrá vuelta atrás. Lo querré todo de ti.

—Ya lo tienes, Álex —afirmé, sin un atisbo de duda, delante de todos los presentes, que nos miraban con cara de adoración.

Él entornó los ojos, escaneando mis reacciones. Me permití perderme en su profundidad durante unos segundos.

—¿Cuánto podrías amarme, Blake?

—No bastaría una sola vida —respondí con seguridad.

—Entonces, seremos eternos.

—Seremos leyenda —confirmé.

Eso dijo todo lo que necesitábamos. Álex cruzó una mirada significativa con su padre, que asintió, y puso en marcha la ceremonia.

—Estamos aquí reunidos para unir en matrimonio a dos personas que han decidido, libre y voluntariamente, vivir sus vidas juntos, construir una familia y apoyarse mutuamente —nos tomamos de las manos, mirándonos a los ojos—. Antes de comenzar, debo recordaros el carácter solemne y duradero de la unión en la que estáis a punto de embarcaros.

Ambos asentimos a algo que ya se daba por hecho.

—Alessandro Cabante, ¿aceptas a Blake Marconni como tu legítima esposa y prometes serle fiel en lo próspero y en lo adverso, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, amarla y respetarla todos los días de tu vida, hasta que la muerte os separe?

—Sí, quiero —respondió sin apartar su mirada de mí un instante. Me estremecí.

—Blake Marconni, ¿aceptas a Alessandro Cabante como tu legítimo esposo y prometes serle fiel en lo próspero y en lo adverso, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad,

amarlo y respetarlo todos los días de tu vida, hasta que la muerte os separe?

—Sí, quiero —contesté embargada de una emoción que me era del todo desconocida.

—Los anillos —pidió Alessio y su hijo se sacó del bolsillo unas alianzas preciosas, pero sencillas, bañadas en un amarillo brillante. Fiona se llevó una mano al pecho—. Intercambiad estos anillos como símbolo de la unión que estáis a punto de forjar.

—Con este anillo, yo te desposo —Álex me lo puso en el dedo anular y luego me dio el suyo para que hiciera lo mismo.

—Con este anillo, yo te desposo —repetí azorada por la intensidad del momento.

—Que sean el reflejo de una relación inquebrantable. Que, dónde quiera que vayáis, siempre podáis regresar al lugar al que pertenecéis pues, a partir de este momento, os pertenecéis el uno al otro —pronunció Alessio—. Tenéis lo que todos los hombres y mujeres anhelan. Hacedlo crecer en la comprensión y la compasión. En el amor y la fuerza. ¿Queréis pronunciar unas palabras?

—Tú tienes el poder de hacerme creer que soy algo más que un hombre —dijo Álex, como si ya lo tuviera previsto. No sabía que íbamos a pronunciar nuestros votos durante la ceremonia. No había preparado nada—. Espero estar a la altura y demostrarte cuánto te amo, durante el resto de nuestras vidas.

Al terminar esa frase, se hizo un silencio. Era mi turno. Pero yo no quería decir nada. No era demasiado dada a los discursos. Ya me había costado decirle lo que sentía a solas, como para exponerlo delante de tanto público.

Observé a mis primos, que me animaban con la mirada. Solo unas pocas palabras pudieron salir de mis labios.

—Álex, te doy todo lo que tengo, porque tú eres todo lo que soy.

Fiona ya estaba sollozando, mientras Julia le pasaba un brazo alrededor de los hombros. Sus hermanos, y mis primos, sonreían felices.

—Por el poder que me otorga el Honorable Estado de Nueva York, yo os declaro marido y mujer. Podéis besaros.

No pudo acabar la frase antes de que Álex me besara con tal pasión, que me tembló todo el cuerpo.

## Capítulo 18. Inolvidable

### BLAKE

Ya estaba hecho. Alessandro Cabante era mi marido.

La sensación de euforia que palpitaba en mi pecho en aquél instante, era casi indescriptible. Estaba exultante y se reflejaba en mi rostro con una plenitud que me tenía abrumada.

Volvimos a su casa para almorzar y lo primero que hice, fue subir a la habitación para cambiarme de ropa. Quedarme con el vestido puesto sería peligroso. Aunque en Nueva York no era extraño ver a una novia a plena luz del día, no podía llamar la atención de esa forma.

Álex me siguió.

—¿Qué haces? —me apoyó contra la pared, atrapándome con su cuerpo.

—Tengo que quitarme el vestido —intenté separarme de él para desabrocharlo, pero me detuvo.

—Deja que lo haga yo —me mordí el labio encantada.

No iba a negarle la satisfacción de quitármelo él, y comenzó a hacerlo, con una lentitud exquisita y desesperante.

Alguien pegó en la puerta, sobresaltándonos.

—¡No se os ocurra hacer cochinas en mi habitación! —reclamó Bass y mi marido puso los ojos en blanco.

—¡Vete! —exigió a su hermano, mientras escuchábamos el sonido de sus pasos alejándose. Casi me extrañaba que no hubiera continuado insistiendo. A Bass no le pegaba esa actitud tan prudente—. Tengo un regalo —sacó un papel de su bolsillo y me lo entregó.

—¿Una reserva de hotel?

—Es nuestra tarde de bodas —estudió mi reacción.

—Eres increíble —no me podía creer la suerte que había tenido con él.

Apreté los muslos instintivamente, hasta que caí en la cuenta de que pronto no tendría por qué contenerme y me relajé al instante.

Volvieron a llamar a la puerta. Esta vez, era Julia.

—¡Parejita del año! ¡os estamos esperando para almorzar! Romano ya ha empezado sin vosotros.

Nos dimos por vencidos ante la posibilidad de tener cualquier tipo de intimidad en aquella casa y terminé de cambiarme de ropa, aunque no antes de pedirle a Álex que no mirara, para conservar la expectación del momento en que nos viéramos desnudos.

Quizá no me fuera a llevar el premio a la conducta más madura, pero él se rió fastidiado, y a mí me hizo mucha ilusión que cediera. Luego se lo compensaría con creces.

Bajamos al salón, donde todos estaban ya sentados, picoteando la comida que había preparado Fiona. No dudaba de que fuera una gran cocinera. La mesa estaba dispuesta y provista de todo lo necesario para una celebración.

Nos sentamos, ocupando un puesto de honor, y cogimos nuestras copas de champán, para

corresponder al brindis que iba a iniciar Alessio.

—Nada me enorgullece más que el hecho de que esta familia crezca en la abundancia del amor consolidado y verdadero —dijo alzando su copa—. Todos mis hijos saben que solo deben traer a casa a quien ellos consideren la persona definitiva para compartir sus vidas —estaba muy serio cuando me miró directamente—. Que estés aquí, conlleva la responsabilidad de no decepcionar ese hecho.

—*Amore mio*<sup>6</sup> —lo interrumpió su esposa—, deja de intimidar a la mujer de tu hijo.

Sonreí brevemente, asumiendo las palabras de mi suegro.

—No me intimida, Fiona. No te preocupes. Alessio —me dirigí a él, haciendo gala de mi temperamento, tan parecido al suyo—. Acepto el reto, y no soy una persona a la que le guste perder.

Álex me dio la mano por debajo de la mesa, mientras brindábamos y bebíamos de nuestras copas.

Apenas comimos, pese a que las conversaciones posteriores fueron bastante distendidas. Mi marido me acariciaba el muslo de forma insinuante y la expectativa de lo que venía, ya era motivo de sobra para quitarnos el apetito.

Le pedí que nos fuéramos ya con la mirada. Con haber hecho acto de presencia durante una hora, me parecía suficiente.

—Nosotros nos vamos —declaró levantándose y lo seguí.

—¡Disfrutad mucho! —gritaron mis primos y sus hermanos, despidiéndonos con un tono de sorna que no pasó desapercibido a nadie.

Me ruboricé un poco. Algo impropio de mí, pero es que aquéllo era demasiado premeditado y me avergonzaba pensar que mis suegros fueran conscientes de lo que iba a ocurrir.

Sin embargo, lo pasaron por alto. Parecían emocionados.

Fiona también se levantó de su silla, dándome dos besos con afecto, y Alessio me hizo un asentimiento, con un claro brillo en sus ojos.

Álex tiró de mi muñeca, llevándome hasta su moto.

Llegamos al hotel y aparcamos en el parking subterráneo. Era un sitio discreto, alejado de Manhattan. Esperaba con todas mis fuerzas que nadie nos viera y parecía que mi marido ya había pensado en todo para que así fuera.

No tuvimos que hacer el registro. Subimos en un ascensor que nos llevó directamente hasta la planta, mientras comenzábamos a besarnos con una pasión irremediable. Me guio hasta la *suite*, apoyando su mano en la parte baja de mi espalda.

Era amplia y espaciosa. Y la gran cama destacaba por encima del resto de muebles. Sobre ella, unos pétalos de rosas rojas se esparcían, invitándonos a deshacer su maravillosa perfección.

Estaba acalorada, encendida, y eso que aún no había ocurrido nada. Pero el motivo no era solo el poco tiempo que teníamos. Era Álex. Todo él.

Nosotros siempre habíamos sido pasionales, vivíamos el momento, peleábamos con el reloj. Siempre al límite. Y esta ocasión no era diferente. Debía volver a casa antes de que cayera la noche.

Le pedí un segundo para componerme y él salió a la terraza. Su belleza, al apoyarse en la barandilla con aire ausente, fue perturbadora. Tenía una pose tan sugerente, que me impactó el poder de seducción que transmitía.

Entré en el baño y me humedecí la nuca y el rostro, intentando calmarme. Me sentía nerviosa, pese a que este era un campo que yo conocía bastante bien, pero solo con el traidor. No quería pensar en ese maldito. Con Álex quería que fuera diferente, mejor, más intenso. Olvidarme de

dónde empezaba yo y terminaba él. Ser solo uno, en todos los sentidos.

Cuando me quise dar cuenta, me miraba desde el umbral de la puerta, con los brazos cruzados y con un deseo contenido, que parecía el mío propio.

Me acerqué a él en el mismo momento en que comenzaba a acariciar mis mejillas y paseaba sus manos por mis brazos, erizándome la piel.

Besó mi frente, la nariz, la barbilla y mi cuello, antes que mis labios. Hasta que ninguno de los dos pudimos más, y fue entonces cuando se aferró a mi boca de nuevo y ya no la dejó sola un instante.

Me cogió en brazos y me empotró contra la pared sin ninguna delicadeza, haciendo presión con su cuerpo, mientras nuestros sexos se frotaban sin descanso.

Metió una mano por debajo de mi camiseta y comenzó a masajear mis pechos y pellizcar mis pezones, a la vez que su lengua seguía trabajando en mi boca. Estaba completamente extasiada y turbada por su maestría. En ese momento pensé que bien podría haberme corrido así, sin necesidad de que me quitara la ropa.

Pero lo hizo.

Cuando me dejó en el suelo, mis piernas flaquearon. Mi centro palpitaba pidiendo más, deseando que acabara lo que había empezado. Pero aunque teníamos hora límite, se tomó su tiempo. Estaba empeñado en torturarme.

Me quitó la camiseta y el pantalón, llenándome de tantas caricias a su paso, que no quedó un solo espacio inexplorado. Desabrochó el sujetador rápidamente, exponiéndome a sus ojos y deleitándose en mi desnudez. Me miraba como si yo lo fuera todo para él y ambicioné serlo. No podía haber sido la primera, pero ansiaba ser la última a la que tocara de esa forma.

Recorrió todo mi cuerpo con sus manos, y luego repitió la acción con sus labios, comenzando a conocernos, por fin, en el plano físico. Lamió y succionó con una rudeza tan exquisita, que no pude más que cerrar los ojos y abandonarme al placer que me estaba regalando.

Mientras hacía magia con su lengua, aferré mis manos a su cabeza, pegándolo aún más a mí. Jadeé confusa cuando un increíble orgasmo empezó a asolarme.

Pero no me dio tregua.

Me tumbó en la cama cubriéndome de tantos besos, que no supe decir dónde empezaba mi piel y terminaba su boca.

Introdujo sus dedos en mí. Primero dos, luego tres. Era impaciente, implacable, extraordinario. Y yo acogía todo lo que él quisiera darme y gemía frustrada por no poder contener los gritos. La electricidad que recorría mi cuerpo era tan indescriptible, que me deshice varias veces en sus manos, sin otro remedio que corresponder sus fuertes embestidas.

Volvió a estrellar su boca contra la mía, y me saboreé en sus labios, increíblemente embargada por el deseo. Me encendí aún más.

Álex tenía una capacidad fuera de lo normal para ser duro y delicado al mismo tiempo, y me aproveché de ello. Me desaté y me dejé llevar por el momento.

Cogí su cara entre mis manos y la moví a mi antojo, buscando el acceso a su cuello. Paseé mi lengua por él y lo mordí desesperada, hasta empujarlo contra la cama y tomar el control.

Bajé por su cuerpo, como él había hecho antes por el mío, hasta que llegué a su miembro y lo lamí, cinco, seis, siete veces. Perdí la cuenta. La lentitud con la que lo hacía tuvo que ser dolorosa, porque asió mi pelo entre sus manos, exigiéndome que lo metiera dentro de mí de una jodida vez.

Lo hice. Hasta bebérmelo. Y aun así, no fue bastante. No quería que acabara nunca. Nada había que deseara más que tenerlo enredado en mí.

Por eso, dejé que recobrar el aliento mientras lo acariciaba. De arriba a abajo. Masajeándolo. Ambos continuábamos excitados y se notó.

Álex no tardó en volver a la vida y tumbarse encima de mí, apoyado sobre su antebrazo. Con la mano libre, capturó mis muñecas y las puso por encima de mi cabeza. Las mantuve allí, dejándolo hacer.

Saboreó mis pezones, mientras su miembro rozaba mi centro, ansioso por colarse en mí. Clavó sus ojos en los míos, pidiéndome permiso para entrar. Le sostuve la mirada, invitándolo a hacerlo.

Me penetró sin dudar. Se movió dentro de mí, delicado esta vez, dándome tiempo para adaptarme a toda su grandeza, mientras susurraba en mi oído algunas palabras en italiano que yo entendía perfectamente.

—Soy todo tuyo, en cuerpo y alma —me miró con una veneración que me traspasó.

Clavé mis uñas en sus muslos, apretándolo contra mí para tenerle más adentro. Enrosqué mis piernas en su cintura, una postura que nos trajo más placer a ambos. Gimió gutural y ese sonido hizo que me corriera.

Mis músculos internos se contrajeron, desbordantes de satisfacción, y ese fue su detonante para derramarse dentro de mí.

—Adoro como, con tan pocas palabras, dices tanto —lo susurré tan bajito que no supe si me había escuchado, pero me lo confirmó cuando comenzó a besarme minucioso, incesante, como si nunca fuera a tener bastante, antes de volver a comenzar.

Su forma de amarme, como si no existiera nada más, como nadie había hecho hasta entonces, me tenía abrumada.

Nunca había tenido que lidiar con mis sentimientos, porque nunca había sentido tanto como cuando estaba con él y, sinceramente, no sabía cómo gestionarlos.

Ahora comprendía lo que era el amor. La expectativa, los roces inesperados, las sensaciones, la caricia furtiva, decir algo que lo llevara al borde del éxtasis, derretirme en sus manos. Ese tira y afloja en el que te resistes, aun sabiendo que al final, acabar juntos, era inevitable.

## ÁLEX

La ansiedad por estar dentro de ella se apoderaba de mí, pero quería disfrutarlo como nunca antes lo había hecho, despacio, y quería que ella me sintiera en cada parcela de su cuerpo.

En tan poco tiempo, había llegado a reconocer sus gestos tan bien, que las palabras sobran y no era de extrañar. No había nada de normal en todo aquello, pero nosotros éramos diferentes.

Me costó demasiado no penetrarla en el mismo instante en que la empujé contra pared. Froté mi miembro contra ella hasta que mi erección se volvió dolorosa y amenazó con romperme el pantalón. Ahí fue cuando me torné exigente.

La desvestí, descubriendo que su ropa interior era tan erótica como ella. Le quité el sujetador y me recreé en sus pezones. Pero no pude hacerlo durante mucho tiempo, antes de apartar las finas braguitas de encaje, y aferrarme a sus pechos turgentes mientras la saboreaba con deleite. Dos orgasmos le sobrevinieron casi seguidos y me maravillé con lo receptiva que era a mis caricias.

La llevé hasta la cama e introduje mis dedos en ella. El sonido de sus gemidos era brutal y no hacía más que subir la temperatura de mi cuerpo. Me agité febril, capturando su boca, invadiendo cada rincón de ella que estuviera a mi alcance.

Era tan jodidamente perfecto, que no esperé que pudiera ser mejor. Pero lo fue.

Cuando tomó el control y me mordió el cuello, mi erección ya estaba descontrolada. Reptó por mi torso hasta ella, lamiéndola una y otra vez, de una forma deliberadamente lenta.

No pude aguantarlo más.

Trencé su pelo entre mis manos, introduciéndome en ella de tal modo, que ambos jadeamos sin control.

Las contracciones de su garganta en mi punta me hicieron enloquecer, arrasado por el calor de un orgasmo bestial.

Y no fue el último.

No tardé demasiado en recuperarme y repetir la acción desde el inicio, con la gran certeza de que nunca tendría suficiente y reconociendo que, a partir de ese momento, ella era mi vida, igual que yo era suyo, en todas las formas en que podía serlo.

Me colé entre sus piernas, en lo que yo ya había empezado a considerar como mi casa. Dejé un reguero de besos por su mandíbula y su cuello, mientras ella se adaptaba a mí. No le costó.

—Me vas a matar —exhaló al borde del éxtasis.

—Lentamente y de placer...

Nos movíamos por inercia, como si lo hubiéramos hecho toda la vida, como si no fuera la primera vez y deseé que ella fuera la última persona con la que hiciera aquello, con la que tendría esa intimidad tan desgarradora. Que nadie me tocara jamás como ella, que nadie conociera mejor mi cuerpo.

—Mírame —exigí y lo hizo—. Quiero perderme en ti cada noche a partir de hoy y encontrarme en tus ojos cada día, como desde la primera vez que me miraste, con esa profunda oscuridad con la que lo envuelves todo.

Las palabras se me atragantaron cuando la vi tan preciosa que dolía observarla. Tan deseable, a todos los niveles, que empezaron a darme miedo los sentimientos y las sensaciones

que despertaba en mí. Pero, por fin, era un miedo de los buenos, con esos con los que estaba deseando vivir.

Se contrajo, apretándose, con un rubor que permanecía instalado en sus mejillas. Puse una mano en su centro, ayudándola a encontrar su placer, mientras yo entraba y salía de su cuerpo sin descanso.

Cuando colocó sus piernas a mi alrededor, llegué a un punto de no retorno. Aceleré el ritmo. Un latigazo de satisfacción nos envolvió en un nuevo y atronador orgasmo, que no cesaba de mandar destellos intensos a cada zona de nuestros cuerpos.

Me tumbé sobre ella, totalmente exhausto.

La miré enroscada a mí y pensé, quizá por primera vez en gran tiempo que, con la vida que llevaba, había tenido mucha suerte de que nuestros caminos se cruzaran.

La abracé durante unos instantes, sintiéndome más feliz de lo que nunca antes había experimentado. Y habría conseguido ser una felicidad plena, si hubiera podido apagar el ruido de mi cabeza.

La apreté fuertemente contra mi cuerpo, como si eso bastara para olvidarme del mundo exterior.

Sin embargo, me fue imposible.

Porque sabía lo que venía a continuación y no podía apartarlo.

Por más que quisiera, por más que me empeñara en ello, no dejaba de presentir cómo se avecinaba la tormenta.

## Capítulo 19. Cuentas pendientes

### ÁLEX

Volví a casa después de dejar a Blake en la mansión. Separarme de ella no era lo que hubiera querido, pero había algo que teníamos que hacer. Algo que le debía a mi familia, a la de mi esposa, y a mí mismo.

Abrí la puerta con mi llave y oteé a mi padre en la penumbra del salón, perdido en sus pensamientos. Alzó la cabeza para mirarme, con un fuego en sus ojos.

—Es la hora —dije solemne.

—Avisaré a tus hermanos para que se preparen —alcanzó su teléfono y escribió un mensaje—. Siéntate con tu padre, Alessandro —me acerqué a su lado, atraído por el tono amable de su voz, tan impropio de él.

—¿Qué ocurre?

—Me gusta esa chica. No te has equivocado con ella.

Entorné los ojos.

—De verdad, ¿lo dudabas?

—Sí —se rio y me resultó extraño—. Últimamente estabas haciendo cosas muy raras.

—Estaba tomando decisiones, papá. Como siempre —expliqué—. Algo a lo que deberías estar acostumbrado.

—Lo estoy, no es eso —se pasó una mano por la frente, casi angustiado—. Es que llevaba tanto tiempo fuera del juego, que estaba desentrenado.

—Ahora que vuelves a ser juez, estás en tu terreno —le dije—. Ahora podemos hacer las cosas a nuestra manera.

—Este será mi último trabajo, Alessandro. A partir de hoy, el negocio es tuyo y de tus hermanos. Tanto los de aquí, como los de Roma.

Parecía cansado, no supe cómo interpretar su pose. Fruncí el ceño.

—¿Te apartas?

—Creo que ya va siendo hora de que le dé a tu madre esa satisfacción.

Me puse en pie de nuevo, sorprendido. Que mi padre dejara voluntariamente el negocio, era un hecho insólito. Siempre había declarado que moriría con las botas puestas y yo nunca lo había cuestionado. No obstante, si eso era lo que él quería, no iba a negárselo.

—Entonces, mi primera orden es que no vengas. No quiero que te expongas a los Léoni.

—Alessandro...

—Si realmente piensas lo que acabas de decir, acatarás mi orden, papá.

## ROMANO

Envolvía a Cósomo entre mis brazos, mientras nos abandonábamos a la resaca de un orgasmo que nos había dejado exhaustos y somnolientos, cuando una melodía nos sacó del trance a ambos.

Estiré el brazo para alcanzar mi teléfono y leí el mensaje que me había llegado.

—Es mi padre, amor —musité desperezándome—. Tengo que irme.

Mi novio se acomodó en mi pecho, impidiendo que me incorporara.

—¿Vais a por los Léoni?

—Sí. Tenemos que acabar con ellos, antes de que ellos lo hagan con nosotros.

—Espera, te acompaño —comenzó a levantarse, pero yo lo paré.

—Prefiero que no lo hagas. Tenerte allí sería una distracción.

Me miró desafiante, con esa pose de sabelotodo que me daba tanto coraje, pero que me encendía de igual forma.

—No me hace especial ilusión ir, pero si tú vas a hacerlo, voy contigo —se sentó a horcajadas sobre mí, mientras decía aquello.

—Amor, estaré con mis hermanos.

Paseó la yema de sus dedos, desde la parte baja de mi estómago hasta mi barbilla.

—Tú decides —pegó mi boca a la suya, solo dejando un centímetro de espacio—. O vamos los dos, o no vamos.

—No me va a pasar nada —me quejé.

—Eso no puedes asegurarlo —no. Desde luego, no podía. Así que no lo contradije.

—Ni se te ocurra decírselo a Blake. Álex no quiere que vaya —se apartó bruscamente.

—Mi prima debería saber que su marido está en peligro, ¿no crees? Yo querría saberlo.

—Prométemelo, Cósomo.

—Vale —aceptó demasiado deprisa, disponiéndose a salir de la casita, mientras yo me levantaba para vestirme.

—¡Ni a Giordano! —grité, pero ya se había marchado.

## ÁLEX

—¿Vas a venir? —Bass le preguntaba a Julia, casi en un susurro.

—No sé si quiero volver a ver a Xesco —contestó con pesar—. Me recuerda demasiado a Bella y a Giovanna.

Todos entendimos sus sentimientos excepcionalmente bien y no pudimos reprochárselos. Yo también preferí que no fuera, no quería que estuviera en peligro, igual que había prohibido terminantemente a mis hermanos que hablaran sobre la emboscada delante de Blake. No debía enterarse siquiera, hasta que estuviera hecho.

Romano irrumpió en la casa, seguido de Cósomo.

—¿Qué haces aquí? —espeté a mi cuñado. Me extrañó que mi hermano le hubiera permitido acompañarnos.

—Voy con vosotros.

—¿Blake lo sabe? —de conocer lo que nos proponíamos, estaba seguro de que ya estaría junto a su primo, pero quería asegurarme.

—No. Y no me parece bien que se lo ocultes —me reprendió.

—No hay tiempo para discutir. Hay que hacerlo ya, antes de que caiga la noche.

—La localización será la del sitio en que pulsemos el botón, ¿verdad? —preguntó Bass, que no dejaba de acariciar el pelo de Julia.

—Exacto —confirmó Roma—. En cuanto lo pulsemos, saltará la alarma.

—Entonces no podemos hacerlo en casa. Hay que hacerlo en algún sitio aislado —dije y ya había pensado en el lugar perfecto—. Vamos.

Nos levantamos para salir de la casa, cuando escuché a Bass despedirse de mi cuñada.

—Más te vale volver —le decía ella acariciando sus mejillas, jadeante.

—No te permito que lo dudes —contestó mi hermano con más autoridad de la que le había conocido nunca.

Se me aceleró el pulso. Conté cada palpitación para concentrarme en otra cosa que no fuera el hecho de cómo, el enfrentamiento con los Léoni, podía cambiar nuestras vidas.

Lo que podíamos perder, era demasiado. Pero aún no sabíamos lo que nos íbamos a encontrar, ni que aquéllo era mucho más grande de lo que jamás imaginamos.

Subimos a la furgoneta que habíamos alquilado días antes y llegamos al emplazamiento. El claro de aquel bosque serviría para la pelea. Aparcamos de forma estratégica, por si teníamos que salir con prisa, y cerca de unos árboles en los que poder ocultarnos si lo necesitábamos.

Cogí el aparato y lo pulsé, ante la atenta mirada de todos. Este emitió una luz roja silenciosa y volvió a apagarse.

Estaba hecho.

Los Léoni estaban avisados.

La idea era que no tardaran en venir. El plan estaba en marcha, y estaríamos esperándolos.



## GIORDANO

Hacer partícipe a Martia de todo, absolutamente todo, lo que me había oprimido durante ese tiempo, era justo lo que necesitaba para liberarme definitivamente de mis demonios.

No me había podido sincerar antes, y eso nos había hecho mucho daño a los dos, y a la relación que manteníamos.

Hice el esfuerzo de contener mi llanto para que el suyo fluyera, pues comprendía que no era solo lo que le acababa de contar, lo que la estaba atormentando.

Martia cargaba con un gran peso sobre sus hombros, que no haría más que incrementarse con el destino que le esperaba a Vera.

—Mi vida, dime algo —le rogué, capturando sus manos con las mías.

—No me puedo creer todo lo que has callado, Giordano.

—Y nadie más puede saberlo.

—Toda la rabia contenida, los desprecios, ¿era por esto? —asentí, suplicándole con la mirada que me perdonara—. Lo que tenga que pasar, pasará, y no podrás evitarlo. Si como dices, Cósomo y Blake son felices, ¿por qué tú tienes que ser infeliz?

Me froté la cara con desesperación. Estaba sumamente agotado. Un dolor cruzó mi cabeza al recordar que mi ojo aún no se había recuperado.

—Porque los he traicionado. Llevo meses ocultándoles todo lo que sabía, haciendome el ignorante. No sé ni cómo he podido, Martia.

—Era una mentira necesaria, cariño —me acarició la espalda.

—¿Pero a qué precio? El sufrimiento que yo he padecido y el que he causado... —moví la cabeza, negando—. ¿Por qué eres tan comprensiva?

—Porque te quiero —hizo una temblorosa pausa—. ¿Y tú a mí?

Me preguntaba si la quería con una duda asomando en su rostro. Ni siquiera sabía cuan recíprocos eran sus sentimientos, y me maldije por no haberle proporcionado esa seguridad, que sí había estado siempre a mi alcance.

—No puede ser de otra manera, mi vida —esperaba que eso le dijera todo lo que necesitaba y, pareció que así era, cuando se lanzó a por mi boca.

—Disfrutemos, por una vez, del camino, mi amor —seguía besándome mientras dijo aquello y no pude hacer otra cosa que devolverle cada aliento que me daba.

La amé con toda la pasión que fui capaz de expresar, sintiendo en mi pecho que nunca nada sería suficiente para resarcir el daño causado. Pero no iba a volver a echarme atrás. Ella no se merecía tener a alguien tan indigno a su lado.

Cuando volví a la mansión, despojado del peso que habían cargado mis hombros durante todo aquellos meses, encontré una nota encima de mi cama.

Fui a buscar a Blake.

No sabía si había llegado ya, pero ella sería la única capaz de descifrarla, porque ya tenía una idea de quién era el remitente.

## BLAKE

Estaba radiante y extrañamente dichosa. La tarde de bodas había sido... pura magia.

El resultado de los varios orgasmos que Álex me dio, seguía muy presente en mi piel, acalorada aún por todos los besos que le había dedicado.

Sin embargo, y muy a mi pesar, lo primero que hice al llegar a casa fue quitarme el anillo y guardarlo en el bolsillo de mi pantalón. Nadie podía verlo. Debía ser un secreto, al menos, hasta que supiera la dirección que tomaba la situación con Constanza y mi padre.

No me había cruzado todavía con mis primos y supuse que continuarían con la celebración. Como debíamos simular haber vuelto juntos, puse rumbo a mi habitación, dispuesta a encerrarme en ella para rememorar, una y otra vez, la jornada.

Todos parecíamos haber alcanzado un final feliz, y esperaba que ese solo fuera el comienzo de todo lo bueno que estaba que estaba por llegar.

Me equivoqué.

—¿De dónde vienes? —me sobresaltó una voz que no quería escuchar por nada del mundo y mi vello comenzó a erizarse.

Me di la vuelta y encaré al traidor.

Qué pena sentí al no poder obviar la realidad, cuando se había impuesto de una manera tan vehemente.

—¿Y a ti que mierda te importa? —respondí con desprecio.

—Traigo vestidos para la boda —lo dijo con una mirada sádica, mordaz.

—No eres bienvenido aquí. La próxima vez, envía a uno de tus esbirros.

—¿Los mismos que me han informado de que llevas dos días saliendo de tu casa, sin que nadie sepa a dónde vas?

—¡No tengo por qué darte explicaciones! ¡tú no eres mi dueño! —me exalté. No conseguía mirarlo a la cara sin sentir la agónica repulsa de su ser.

—¿Has estado con él?

—¡Voy a casarme contigo! —fingí lo mejor que pude—. ¿No te basta con eso?

—Te prohibí que volvieras a verlo —ni siquiera sabía por qué continuaba respirando. Tuve que tener mucha sangre fría para no matarlo en ese mismo instante—. Ya me estás causando más problemas de los debidos.

Si continuaba imponiéndome, no llegaríamos a un buen resultado. Él pensaba que tenía las de ganar, que dominaba la situación, y debía dejar que lo siguiera creyendo, porque eso jugaría en mi favor.

Intenté contener el impulso de vaciar un cargador en su cabeza o de rajarle la garganta. Quizá, podría darle una paliza primero, recrearme un poco en su sufrimiento, antes de acabar con él. Moví la cabeza, activando mi coraza.

—Retira la vigilancia y te daré lo que quieres. Te seguiré el juego, me probaré tus putos vestidos.

—Quiero muchas cosas, cielo —hizo un gesto pensativo que me dio escalofríos—. ¿Porqué no admites lo que ambos ya sabemos?

—¿Y es? —pregunté sin doblegarme.

—Que no tienes otra opción.

—Te lo advertí una vez y no pienso volver a hacerlo — Giordano apareció y lo encaró desafiante—. Sal de aquí y no vuelvas, como no sea con los pies por delante.

John compuso una cara de asco y se dirigió a mí.

—No siempre lo tendrás a él para protegerte —dijo retorcido—. En menos de dos semanas, serás mía.

Qué repugnancia me daba y qué sucia me sentía. Mi primo me acogió entre sus brazos y me recompuse en ellos, aspirando su aroma a seguridad.

—Tranquila, no podrá acercarse más. Le prohibiremos la entrada.

—Eso solo lo alentará. Lo conoces bien, Gio —me separé de él, sin soltarle—. Lo único que lo parará, será la muerte.

—Un destino muy propio para una cucaracha como él, ¿no crees?

Sonreímos. Desde luego, lo era. Y no descansaría hasta hacerlo realidad.

—¿Qué llevas ahí? —señalé su mano y me tendió una nota. La cogí, observando lo que ponía.

—Estaba en mi habitación. Es tan enrevesado que, llámame loco, pero creo que es de Cósomo.

Rzcvrmm yn svrfgn  
Ra ry obfdhr rfgáf rasenfpnqn  
Gr rfcreb Fvthr ry fraqreb.  
Ab rf ha yróa av anqn dhr gr qe zvrqb  
Ny pbagenevb dhvmá gr rknfcreb  
artnaqb yn ernyvqnq  
creb Fv irf ry yhpреб, ¡nqryaagngr!  
Yn wbeanqn gevhasnagr fr nymn pba rfzreb

—Es un mensaje encriptado. Sin duda, es de Cósomo —confirmé. A nadie más se le ocurría enviar ese tipo de mensajes.

—¿Es que si no lo hace, revienta! ¿Por qué no utiliza el chat, como todo el mundo?

—Es muy especialito —la verdad era que, viniendo de él, no me extrañaba. Miré la nota con curiosidad—. Es el sistema ROT13. Sustituye cada letra por su equivalente, trece caracteres por delante en el alfabeto —expliqué. Lo habíamos usado alguna vez, sobre todo cuando éramos pequeños, para esconder a los adultos nuestras fechorías.

—¿Por qué no hablas un idioma que yo entienda? —me dijo Giordano y solté una risita.

—Es como el cifrado César, pero más sencillo. Siendo un experto en ordenadores, deberías conocerlo.

Hizo un ademán con la mano, como si eso no fuera preceptivo. En realidad, era uno de los sistemas de cifrado más fáciles que existían. Cósomo solo quería divertirse.

—Eso y nada, es lo mismo. ¿Sabes lo que significa? —me preguntó mientras yo comenzaba a sustituir las letras para hallar lo que mi primo quería decirnos—. Blake, ¿lo entiendes?

Cuando terminé, leímos el resultado.

Empieza la fiesta.  
En el bosque estás enfrascada.  
Te espero. Sigue el sendero.  
No es un león ni nada que te dé miedo  
Al contrario, quizá te exaspero  
negando la realidad, pero  
si ves el lucero, ¡adelántate!  
La jornada triunfante se alza con esmero.

—Joder, ¿no era suficiente con el sistema ese? ¿también tiene que soltar una parrafada de las tuyas?

—Hay que buscar las palabras ocultas —comencé a conectarlas—. No te preocupes, es simple.

—Sí, es súper elemental, querida, Blake —ironizó cual Sherlock Holmes—. Está claro.

**Empieza la fiesta.**  
En el **bosque** estás **enfrascada**  
**te espero**. Sigue el **sendero**.  
No es un **león ni** nada que te dé miedo  
**Al** contrario, quizá **te exaspero**  
**negando** la realidad, pero  
**si** ves el **lucero**, ¡**adelántate!**  
La **jornada triunfante** se alza con esmero.

—Pequeño genio —exclamé orgullosa—. La emboscada a los Léoni está en marcha y Cósomo quiere que vayamos. Cree que Álex me necesita. Pero lo haga o no, voy a ir.

No quería tener nada que ver con la muerte de Vera, pero deseaba estar presente cuando ocurriera.

—Venga —me instó, antes de ir a buscar nuestras armas y encaminarnos hacia mi coche—. ¿Dónde vamos?

—Al Inwood Hill Park.

—¿En serio? ¿eso lo has deducido por la nota? —me encogí de hombros—. Sois increíbles.

## Capítulo 20. Emboscada

### ÁLEX

El rugido de un coche hizo temblar el suelo bajo nuestros pies. De él salieron Vera, Xesco y Vitorio. La adrenalina fluyó rauda por mis venas. Crujé mis dedos y me preparé para el asalto.

—Por fin nos vemos las caras —dijo Vitorio, tan altivo como de costumbre.

—Podíamos haberlo hecho antes, si no os hubierais escondido como las ratas que sois — contesté, adelantándome un paso.

Mis hermanos me flanqueaban a cada lado, mientras Cósomo aguardaba detrás de la furgoneta, apuntándolos con su pistola.

—No entres en su provocación —Xesco puso una mano en el pecho de su primo, que ya quería lanzarse a por mí. Siempre había sido el más impulsivo—. Cabante —dijo a modo de saludo—. ¿Cómo está la reina de hielo?

—Ni la nombres —amenazó Bass, poniéndose a mi altura.

Así era como ese impresentable llamaba a Isabella, porque sí, era fría como un témpano, pero solo con los desconocidos o con él, desde que ocurrió lo de Giovanna. Y no íbamos a permitir que la utilizara para hacernos más daño.

—No hace mucho que la vi... está incluso más atractiva que antes —se pavoneó despectivo.

—Maldito hijo de puta —masculló Bass, a quien el tema le afectaba especialmente. Tenía una conexión muy fuerte con Alessio y Bella. Más, incluso, que Roma o yo mismo.

Mi hermano apretaba los puños, dispuesto a utilizarlos contra la cara del Léoni. Miré a Romano y él entendió lo que le pedía al instante. Cambió su posición y se situó al lado de Bass.

—¿Dónde está mi abuela? —reclamó Vera asustada, cogiendo el brazo de Vitorio.

Se había atrevido a hablar por primera vez, haciendo referencia a la persona que los había llevado hasta allí. Pero estaba casi seguro de que los Léoni no buscaban solo a Petra, sino a nosotros.

No obstante, le di lo que quería.

Me acerqué a la furgoneta y abrí el maletero.

—Aquí la tienes —señalé el cadáver sin vida de la anciana.

Empezaba a descomponerse y de él salía un olor fétido y repugnante, que no hacía más que añadirle interés al asunto.

—¡No! —Vera hincó las rodillas en el suelo, destrozada—. ¿¡Pero qué habéis hecho, malditos!?

La cara de los Léoni no tenía precio. Mis hermanos y yo sonreímos cuando en ellas se reflejó el conocimiento de que Petra solo había sido un señuelo para atraerlos hasta nuestro terrero.

—Es un trampa —le dijo Xesco a Vitorio.

—Os la podéis llevar, si queréis —comenté despiadado—. Pensamos que querríais darle digna sepultura.

—¿No os bastaba con nuestros padres? —Vitorio hizo una mueca de puro odio.

—Solo descansaremos cuando todos estéis muertos —saboreé su ira—. ¿Quién quiere ser el próximo?

Los Léoni se dispusieron a montarse en el coche para huir, cuando Blake apareció en el suyo, junto con Giordano, bloqueándoles el paso. De lo que mi mujer no se daba cuenta, era de que también nos impedía la salida a nosotros.

—¿Qué mierda haces aquí? —pregunté furioso.

Hacía pocas horas la había dejado en su casa. Protegida.

No quería que los Léoni la vieran, ni que estos supieran que ella era mi punto débil. Eso no nos convenía. ¿Cómo se habría enterado?

—No los pude conocer en mi fiesta de compromiso —comentó dirigiéndose a Xesco y a Vitorio, con una sangre fría que me heló las venas—. No iba a perderme su entierro.

—Mi puño sí conoció tu cara —espetó Vitorio dirigiéndose a Giordano, que no cayó en su provocación, aunque sí se puso delante de Blake, haciéndole de escudo.

—¡Vete! —ordené encolerizado.

—¿No pensabas decírmelo, cariño? —me contestó con esa pregunta—. ¿Ya empezamos con las mentiras?

Con la mirada quise decirle que tuviera cuidado y, a la vez, que no delatara nuestra unión. Ni siquiera debería estar allí.

Era una súplica silenciosa que ella entendió perfectamente, al mismo tiempo que yo comprendí, con rabia e impotencia, que debíamos cambiar de estrategia, porque no pensaba marcharse.

## BLAKE

Podía irme, por supuesto. Podía dejarlo a su suerte. Era mi elección. Y supe que Álex me conocía lo suficientemente bien, como para entender por qué opción me decantaba.

Iba a quedarme.

Estaba más que dispuesta a luchar, si hacía falta.

—¿Porqué no me dejas protegerte? —pidió furioso.

Puso una mano donde yo sabía que tenía su pistola, amenazante. Como si pensara que en cualquier momento la iba a necesitar. Estaba preparado para enfrentarse a ellos y yo iba a estar presente.

—En vez de cuidar tú de mí, podríamos cuidar el uno del otro.

Ese diálogo que establecimos, esa distracción, sirvió para que los Léoni también cogieran sus armas.

Cuando Cósomo gritó, advirtiéndonos, nos pusimos rápidamente a cubierto.

Comenzaron los tiros.

## ÁLEX

Una ráfaga de balas, proveniente de las pistolas de los Léoni, nos asolaba incesante, mientras conseguíamos ponernos a cubierto.

Cósomo, Romano, Bass y yo, nos resguardamos tras la furgoneta. Blake y Giordano se escondieron tras su vehículo.

Habíamos establecido un triángulo con los Léoni y no conseguía tenerlos a tiro.

—Desde aquí no tengo ángulo para disparar —dije fastidiado. El plan se nos había jodido y debíamos buscar una alternativa.

—¿Y si llegas hasta aquél árbol? —señaló Romano y no lo vi tan mala idea.

—Si quiero ir hasta allí, tenéis que hacer fuego de cobertura.

—Eso está hecho, compañero —exclamó Cósomo, solemne—. A la de tres. ¿Preparado?

Hizo la cuenta atrás y salí corriendo.

## BLAKE

Vi como Álex conseguía refugiarse tras un árbol, mientras sus hermanos y mi primo disparaban al aire hasta vaciar sus cargadores. Supuse que desde allí tendría mejor ángulo para enfrentarse a los Léoni.

—¡Blake! —me llamó Vera con voz esperanzada. No la veía, pero lo sentí—. ¡No dejes que me pase nada! —pedía suplicante desde su lado de aquél bosque—. ¡Mi familia no te lo perdonará!

Asomé la cabeza por entre los cristales de mi coche, sin dejarme ver demasiado, y hablé contenida.

—¡No seré yo quién te mate, Vera! —alcé la voz para que me escuchara.

—¡Blake, por favor! ¡tú me conoces! ¡sabes que nunca te haría daño!

Pero de nada servían sus mentiras. Ella quería continuar hablando de un tema sobre el que yo ya había dado mi última palabra. La ignoré deliberadamente, haciéndole un gesto a Álex, que él comprendió.

Cargó su pistola y yo hice lo propio con la mía. Evitaría que los Léoni dispararan, mientras él se encargaba de Vera. Era el eslabón débil y yo me había prometido a mí misma no matarla, pese a que no me faltaran las ganas.

—Gio, tenemos que cubrir a Álex —mi primo ya tenía su arma en la mano.

Sabía que a él le iba a costar disparar más que a mí, puesto que no era lo suyo. Él se manejaba con la tecnología, con la parte intelectual de cualquier plan. Por eso, valoré aún más que estuviera dispuesto a arriesgar su vida por la nuestra.

—Vamos —confirmó y nos pusimos a pegar tiros a través de los cristales. Echaría de menos mi Mazda X5. Iba a quedar irreconocible después de aquéllo, pero valdría la pena.

Vera fue la primera en caer, ante un grito desgarrador de Vitorio, que ya apuntaba a Álex con su arma, cegado por la locura.

Corrí hasta donde se encontraba mi marido, sin pensar a lo que me exponía. Fue un fallo. Un error que cometí por haberme dejado llevar por el corazón, en lugar de por la razón.

Pero no iba a arrepentirme de un acto tan puro y desinteresado. De algo, que me había salido del alma. Porque, si la elección estaba entre su vida y la mía, y si iba a perderle de todas formas, prefería ser yo quién cayera. Lo tenía muy claro.

Escuché un disparo y noté como una bala me atravesaba el hombro. Esa quemazón insistente, ese clavo ardiente, hizo que me desplomara en el suelo y me doblara sobre mí misma por el dolor.

Álex se apresuró a tirar de mí para resguardarme contra el árbol, mientras alguien continuaba disparando. No vi quién era. Quizá fueran todos.

Abrí los ojos, que había cerrado por la presión que me consumía el pecho. Mis primos estaban lejos entre sí, y muy lejos de mí en ese instante.

—¡Blake! —la voz de Cósomo clamaba al cielo, mientras Romano lo retenía.

Giordano expuso su vida al acercarse hasta donde estábamos. Una bala también podría haberlo alcanzado fácilmente. Bass mantenía su posición y poco podría hacer sin más apoyo.

—Ha sido un tiro limpio, estarás bien, pero hay que parar la hemorragia.

—Álex —pensé que ni él se había creído sus propias palabras, pero pronuncié su nombre de igual forma, como si aquéllo fuera un consuelo.

—No digas nada. Estoy contigo.

Se quitó la camiseta y la ató a mi hombro, haciendo un nudo con ella por debajo de mi brazo. La sangre continuaba brotando, mientras la camiseta se iba tiñendo de rojo. El olor a pólvora se disipaba en el ambiente, pero se había quedado impregnado debajo de mi piel.

—Hay que llevarla al hospital —escuché decir a Giordano.

—No —me negué en rotundo. Las heridas de bala siempre eran investigadas por la policía y no debía levantar más sospechas alrededor de mi familia—. Llama a tu padre, que el médico vaya a la mansión.

Cogí mi pistola y me levanté, sujetando la camiseta de Álex sobre mi herida con la otra mano. Me acomodé detrás del árbol y divisé a nuestros enemigos.

—Voy a matarlo —siseé de forma agresiva.

—Blake, ¡no hagas tonterías! —me suplicó Giordano entre dientes.

—¿Lo ves? —preguntó Álex—. ¿Lo tienes a tiro?

—Si no se mueve, sí —siseé con la boca seca.

—Si no te ves capaz, lo haré yo.

—Incluso con una bala en el hombro, creo que tengo mejor puntería que tú —intenté bromear, casi no supe ni cómo—. ¿Quieres que apostemos?

—Me encantaría, pero no es el momento —parecía fatigado, pero no más que yo. Me entraron ganas de vomitar y comenzaba a marearme por la pérdida de sangre—. Tienes que ser rápida, Blake.

—Júzgalo tú mismo, cariño —hice una pausa mientras colocaba la pistola en posición. Algo que me costó demasiado hacer—. Muy atento, si parpadeas, te lo pierdes.

—Dispara —pidió exasperado y lo hice.

Vitorio fue el siguiente en caer, y lo último que vi antes de desmayarme.

## ÁLEX

Vitorio había muerto. El disparo de Blake había dado justo en su cabeza. No tuve ni la más remota idea de cómo lo había hecho. No sabía cómo estaba tan despierta, habiendo sido presa de una bala. Y estuve barruntando sobre ello, hasta que se desmayó en mis brazos.

—Llévatela, Giordano —su coche era el único que podía salir de allí—. Iré en cuanto pueda.

Lo primero era ponerla a salvo. Ya reflexionaría sobre el puto desastre en el que se había convertido mi vida en tan solo unas horas.

Giordano obedeció mi orden. Cósomo quería ir con ellos, pero Romano lo retuvo. Cargué mi arma y apunté a Xesco, que estaba escudado en su vehículo. Era el único que quedaba.

—¡Alto el fuego! —pidió—. Tengo una información que os puede servir.

—¿De qué hablas? —grité para que me oyera por encima del Mazda, que ya se había puesto en marcha, y sin dejar de apuntarle.

—No lo he dicho antes porque sabéis, tan bien como yo, que estamos sujetos a la *omertà*<sup>12</sup>. Es sobre Giovanna.

Miré a mis hermanos, que ya me estaban devolviendo la mirada. Todo lo que tuviera que ver con Giovanna, era relevante. Pero también sabía lo bien que Xesco era capaz de mentir.

—Sal con las manos en alto —exigí y lo hizo.

No dejé mi posición, pero se acercó para que lo escucháramos. Estaba totalmente expuesto. Si no decía la verdad, podíamos acabar fácilmente con él.

—Nosotros no matamos a Giovanna y tenemos pruebas que lo demuestran. Os diré quién fue.

—Eres tan miserable que ni siquiera hay que torturarte para que cantes —farfulló Bass.

—¿Y de qué me iba a servir resistirme, si mis primos ya están muertos?

En eso debía darle la razón, por más me jodiera. Lo que Xesco quería era salvar su culo. Salí de detrás del árbol, manteniendo la pistola en alto.

—Puedes ser tan miserable como quieras, siempre que la información nos sirva. Habla —ordené despectivo.

—Si no me matas, tenemos un trato.

Asentí casi imperceptiblemente. No había preguntado si tenía mi palabra y yo no se la había dado.

Continué acercándome y mis hermanos vinieron detrás. Cósomo se quedó guardándonos las espaldas.

—Arrodíllate —él lo hizo. Metí mi pistola en su boca.

—Habla de una puta vez. Dame un nombre —saqué el arma para que pudiera hacerlo, dejándola apoyada en su cabeza.

Quizá no debería haber insistido. Quizá tendríamos que haber permanecido en la ignorancia. Porque, una vez hubo pronunciado aquel nombre, nadie pudo deshacerlo.

—Alfredo Collati.

No. Aquéllo no era posible. Alfredo formaba parte de nuestra familia, se iba a casar con Mérida. Conocía a Giovanna. La apreciaba. No tenía ningún sentido.

—No mientas, cabronazo.

—¡Imposible! —exclamó Romano.

—Que no os haga dudar —pidió Bass—. Fueron ellos.

Sí. Siempre habíamos dado por hecho que habían sido ellos, pero nunca pudimos demostrarlo, como tampoco pudimos identificar a la mano ejecutora, y mis hermanos lo sabían tan bien como yo.

—¿Qué pruebas tienes? —pregunté.

—Un mensaje que nos enviaron los Pinazzo, en el que Collati ordenaba su muerte. Quería quitarla de en medio porque Alessio iba tras Falco, el hermano de Alfredo.

—Falco se libró por sus propios medios. No hubo condena.

Recordé el juicio en el que Alessio fue el abogado de la acusación. Tuvo que hacerse cargo porque, supuestamente, Falco había defraudado una gran cantidad de dinero al Estado y echaron la culpa a un empleado público que teníamos en nómina.

—Pero manchó la imagen de los Collati y Alfredo quiso vengarse.

—Los Pinazzo no asesinan —aseguró Romano. Eso lo sabíamos. Nuestro padre continuaba en contacto con ellos.

Después de Alfonso, su hijo Mario, se hizo cargo de la jefatura de policía y él no se implicaba en esas cosas. Era corrupto, como toda su familia, pero no mataba.

—No. Pero los Spígola, sí —dijo Xesco—. Ellos ejecutaron el encargo.

Conocíamos a los Spígola lo suficientemente bien, como para saber que lo harían sin dudar. Los Pinazzo y ellos eran clanes hermanados desde hacía décadas.

—Quiero ver ese mensaje —pedí y dejé que Xesco sacara, lentamente, su teléfono para enseñárnoslo.

<<La verdad siempre sale a la luz>>. Era una regla irrefutable. Se cumplía una y otra, y otra vez. Y no podíamos hacer nada para cambiarlo. La habíamos buscado durante demasiado tiempo, sin saber que, de haberla conocido antes, hubiéramos rogado por no encontrarla jamás.

—¡No puede ser! —Bass se llevó las manos a la cabeza. Romano lo secundo—. ¿Por qué tienes tú ese mensaje?

—Marcello es íntimo amigo de Mario, y Falco le autorizó a enviárnoslo. Sabía que nos podía venir muy bien conservarlo.

Increíble. Nunca hubiéramos sospechado de la relación entre ellos. Los considerábamos enemigos acérrimos. Sobre todo, porque los Pinazzo eran aliados de los Spígola, y los Léoni les comían el terreno.

—¿Incluso, pudiendo perjudicar a su hermano? —siguió preguntando Bass, que estaba totalmente desconcertado.

—A Alfredo lo único que le importa es su imagen. Le dio una soberana paliza a Falco cuando lo pillaron. Nunca se han llevado bien.

—Eso es cierto —masculló Romano con rabia.

Sí, sabíamos de la mala relación entre ellos. Tía Mérida siempre nos había dicho que Falco era la oveja negra de la familia. Un despilfarrador nato, a quien solo importaba derrochar el dinero en juego, bebidas y prostitutas.

—Entonces, ¿hemos terminado? —reclamó Xesco, como un iluso.

—Esto no ha hecho más que empezar —declaré, embargado por la furia.

—Has dicho que no ibas a matarme si cantaba.

—Y cumpliré. Te regalaré unas horas más de vida, hasta que Bella venga.

—¿Qué crees que va a hacer la reina de hielo, sino matarme con sus propias manos? —dijo trémulo.

—Creo que tu mujer tiene derecho a darte el último adiós —me regodeé en mis palabras porque, por supuesto, iba a morir de la forma más perversa, pero no antes de que mis hermanos postizos estuvieran presentes y escucharan lo mismo que acabábamos de oír nosotros.

—¡Lo has prometido! —exclamó desquiciado.

—No te he dado mi palabra. Piensa que traicionar la *omertà*<sup>12</sup> se paga con la muerte. Si no lo hago yo, lo harán los Spígola, tú eliges. En cualquier caso, muy pronto dejarás de respirar.

—Y sino, lo harán Bella o Alessio —Romano lo tenía tan claro como yo—. Esto ya no hay forma de contenerlo.

—Bass, córtale la cabeza —señalé a Vitorio—. Quiero que Marcello la vea. Que todo el mundo se entere de que le ocurrirá lo mismo si alguien osa acercarse a Leo, Livia o Mérida.

—Déjalo en mis manos. A mí también me encanta hacer regalos —se ofreció mi hermano enseñando los dientes, con la certeza de que aún quedaba mucha sangre por derramar.

## Capítulo 21. Final inesperado

### ÁLEX

Llevamos a Xesco a casa y lo atamos en la misma silla en la que estuvo su tía días antes. Había algo en todo aquéello que me resultaba casi poético.

Mi padre dijo que se encargaría de vigilarlo y yo le pedí que no lo matara en mi ausencia, más que dispuesto a hacerlo yo mismo cuando mis hermanos postizos estuvieran aquí. Pero aún no los había convocado, porque lo que me preocupaba en ese momento, no tenía nada que ver con los Léoni.

Esperaba en el pasillo de la mansión, a las puertas de la habitación de Blake, tirándome de los pelos. Su familia al completo estaba presente y todos se acercaron a saludarnos. Roma y Bass no me abandonaban en ningún momento y Julia también vino con nosotros en cuanto se enteró.

El abuelo de mi esposa puso una mano tranquilizadora en mi hombro.

—Se pondrá bien, hijo. Mi nieta es fuerte.

—¿Sabe quién soy? —me observó con una sabiduría en los ojos.

—¿Crees que no me he dado cuenta de las veces que habéis venido? No sois tan sigilosos como pensáis, pero sé que eres bueno para ella.

—Yo no estoy tan seguro de eso...

Estaba en guerra conmigo mismo.

No dejaba de pensar en el tiempo desperdiciado, en la rudeza del desconsuelo que ardía en mi pecho, o en el temblor de mis manos. Contuve el impulso de metérmelas en los bolsillos para que nadie se diera cuenta. Estaba frenético.

Blake se había interpuesto entre una bala y yo, joder. Qué había más claro que eso en este jodido mundo.

La única solución que se me ocurría era alejarla. Debía apartarla de mí, al menos, hasta acabar con todo. Pero alejarla, no significaba alejarme. Yo sí continuaría con ella en cada paso que diera. No dejaría que el rubito volviera a ponerle una mano encima.

Así, al menos, tendría la certeza de que viviría o de no ser yo quién la pusiera en peligro. Nada me haría quebrarme más que saber que era mi culpa. Que esa maldita bala la había alcanzado porque estaba allí para protegerme, y no solo por su venganza.

Bien me había pedido que fuera yo quién me ocupara de encontrar a esos miserables y darles su merecido, aunque quisiera estar presente.

Debía enterrar la sensación que habitaba en mi pecho. Debía dejar atrás a Álex y convertirme de nuevo en Alessandro.

## BLAKE

El médico solo tuvo que limpiar mi herida y coserla con seis puntos de sutura. Había sido un tiro limpio y la bala no se había quedado alojada. Tampoco había tocado el hueso, ni ningún tejido vital. Según el doctor, había tenido mucha suerte. Estaba fuera de peligro, al menos, físicamente.

—¡Blake! —mis primos irrumpieron en la habitación y me abrazaron, uno por cada lado. Acaricié sus espaldas con cariño, mientras ellos enterraban sus cabezas en mi cuello.

—Chicos, estoy bien. ¿No me veis?

—He pasado mucho miedo —dijo Cósomo y Giordano asintió, frotándose la cara. Me parecieron tan pequeños, tan inocentes, que se me empeñaron los ojos.

Mi madre los apartó para besarme ella. La siguieron mis tíos y mis abuelos, exigiendo su turno para darme un abrazo o un beso sentido. Después, se acercaron Julia, Bass y Romano.

Aunque me dolía todo el cuerpo, acepté aquellas muestras de cariño como si fueran lo más valioso que poseía. En aquél momento, desde luego, lo eran.

De nada servía lo material que, como siempre decía mi abuelo, se quedaría donde estaba, exhibiéndose insolente, cuando nosotros ya no existiéramos.

Esto, estas personas, eran mi verdadera riqueza.

Miré en derredor y mis ojos no se detuvieron hasta que encontraron los de Álex, que decían más cosas de las que jamás hubiera llegado a imaginar, si no lo hubiera conocido ya tan bien como lo hacía.

Él no me miraba y eso me dolió aún más que el cuerpo.

—Álex —lo llamé—. ¿Qué pasa?

Mi familia salió de la habitación antes de que él contestara, dándonos algo de intimidad. Todos menos mis primos, sus hermanos y Julia, que ya sabían lo que ocurría. Lo vi en sus rostros.

—No puedo estar contigo —una bala no podía hacerme tanto daño como sus palabras.

Me negué en rotundo a aceptar aquéllo. Sabía que había sufrido por mí, pero estaba bien. Me recuperaría. Había cometido un error de principiante, pero estábamos entre la espada y la pared. Tuve que pensar rápido.

Quizá me hubiera equivocado al decidir y, si volvíamos a encontrarnos en una situación parecida, buscaría otras alternativas para protegernos... O no. La verdad era que no me arrepentía. ¡No tenía derecho a enfadarse! Mi única motivación había sido salvarlo.

—No te vas a librar de mí, Álex. Hemos recorrido mucho camino juntos como para que me sueltes esta mierda.

—Hay cosas de las que tengo que encargarme y no quiero que te involucres más.

—Pero, ¿no ves que ya estoy involucrada? ¡tú vida también es mi vida!

Me incorporé, no sin esfuerzo, con la intención de salir de la cama y Giordano me regañó.

—¿Qué haces? ¡ni se te ocurra levantarte! —lo ignoré, tambaleándome y Álex vino en mi ayuda.

Ese solo gesto, me dijo más que cualquier cosa que hubiera pronunciado. Me quería. No tenía ninguna duda de ello.

Me aferré a sus brazos, plantándole cara.

—¿Por qué me apartas? Cuéntamelo —insistí.  
—Tengo que volver a Roma. Esto va mucho más allá de los Léoni.  
—¿Dónde está el problema? Iré contigo —resolví decidida.  
—No.  
—Vamos todos —dijo Cósomo.  
—Os estoy diciendo que no, ¡joder!  
—No era una pregunta —afirmé con decisión—. Cósomo, ¿ha dado la sensación de que estaba preguntando?  
—Para nada —sonrió mi primo, que también quería acompañar a su novio, y yo seguí.  
—Quizá ha sido por mi tono —me burlé alzando las cejas.  
—A mí no me mires —dijo este—. Yo te he entendido alto y claro.

## ÁLEX

No dejaba de fascinarme comprobar lo rápido que me leía. Había percibido mi cambio de actitud antes, incluso, de que abriera la boca. Pero no podía darle lo que necesitaba.

—No quiero que vengas, ni que te incluyas en mis planes, porque no son los tuyos y no lo serán jamás —fui duro.

—¿Por qué dices eso?

—Esto es lo que hacemos. Es lo que somos.

—No. Este no eres tú y, mucho menos, nosotros. Y lo sabes —me clavó un dedo en el pecho—. No te atrevas a hacerme creer lo contrario.

Estaba tan preciosa y tan débil, que lo único que quise en ese momento fue abrazarla. Envolverla con mi cuerpo y estrecharla entre mis brazos hasta que se recuperara, y hacerle jurar, una y mil veces, que no iba a volver a ponerse en peligro de esa forma. Y quedarme a su lado para comprobar que cumplía con su palabra.

Pero no lo hice.

—Nos equivocamos al pensar que teníamos una oportunidad, que podíamos llevar una vida normal dentro de la mafia.

—Lo prometiste y tú no rompés tus promesas.

—Supongo que puedes sumarla al resto de mentiras —sabía perfectamente qué decir para herirla y, no sin pesar, lo utilicé en mi provecho. Debía darse cuenta de que esto era lo mejor para ella.

—No te hagas el tonto, Álex. No lo eres.

—Déjalo ya, ¿vale? Te estás poniendo en ridículo.

Un rayo de dolor nos atravesó a ambos cuando pronuncié aquello, porque hacerle daño a ella, era como hacérmelo a mí mismo.

—¿Para eso te he dado mi corazón en bandeja? —su rabia que quemó—. ¿Para que me lo destroces?

—Lo siento, Blake, pero no va a funcionar.

—¿Qué lo sientes? —me pegó repetidamente en el pecho, con la poca fuerza que tenía—. ¿Y qué sientes, exactamente?

—No tengo tiempo para perderlo en explicaciones. Date por vencida.

—Jamás.

¿Qué hubiera pasado de haber muerto? No hubiera podido deshacerse. Todos mis esfuerzos hubieran sido baldíos. Mi vida hubiera perdido su sentido.

Viéndola así, supe que no podía ser de otra forma.

Esa era la decisión correcta.

—No eres suficiente para mí —en sus ojos pude ver cuánto le habían afectado mis palabras. Y ahí, perdí mi corazón.

## BLAKE

Sus palabras me aniquilaron. Sabía que me harían daño y por eso las dijo. Quería que estuviera de acuerdo con su decisión de alejarme, pero no lo permitiría. Él no contaba con que yo era fuerte, que tenía una coraza inquebrantable.

—¿Le revienta la cabeza? —me exigió más que preguntó Giordano, bastante alterado.

—No te metas —le apunté con un dedo, obligándole a que apartara su vista de él y la fijara en mí. No lo conseguí.

Tenía los puños cerrados alrededor de su cuerpo, preparado para dar el primer golpe.

—Te aseguro que no me supone ningún problema.

Adoraba a mi primo. Sabía que haría cualquier cosa por mí, pero Álex no era cruel por nada, había algún motivo, estaba segura.

—No me mientas, Álex, no lo soporto. ¡Dime qué está pasando!

—Haré lo que me dé la gana cuando crea que tengo que hacerlo. No te debo ninguna explicación, así que no me las exijas.

No me habría parecido tan vulnerable si no hubiera visto cómo le atormentaban sus demonios. ¿En quién se estaba convirtiendo?

Ese no era el hombre que me había hecho el amor pocas horas antes, el que me había tratado con una pasión y una dulzura exquisitas, el que se había adentrado en mí con agonía y desesperación...

Quise observar sus ojos, pero estaban huecos, vacíos, y solo llenos de una misión, la que le esperaba, que resultaba, a todas luces, desoladora.

—Sabes que jamás te impediría hacer nada, Álex. Yo tengo mis tiempos y tú los tuyos. Pero estamos juntos y necesito que me devuelvas la lealtad que yo te he demostrado porque, no sé si te habrás dado cuenta ya, pero daría mi vida por ti.

—No me cargues a mí con tus decisiones. No me corresponden y ya estoy hartito. Esto se ha terminado, Blake.

Una punzada de dolor reverberó en mi hombro, pero supe que no había sido la bala lo que lo había causado, sino las palabras que pronunció un Álex a quien ni siquiera reconocía.

Cerré los ojos y recé, por primera vez en lo que me parecía una eternidad, para que nada de lo ocurrido fuera real. Para que mi mundo, tal y como lo conocía, no acabara de romperse en mil pedazos.

## ÁLEX

Salí de allí como un terremoto, mientras escuchaba a Blake hablar con su primo.

—No quiero... nunca mantengas a alguien al lado que intente apagar tu luz —le pedía.

—Él no es así, Gio. Tú lo sabes —me defendía ella.

Cósono vino detrás de mí y me paró en el pasillo.

—Eres un cabronazo. ¿Por qué juegas con mi prima? Pensaba que la querías. ¡Te has casado con ella!

De lo que no se daba cuenta, era de que la estaba protegiendo. Si lo que el Léoni decía era verdad, lo que nos aguardaba iba a ser espeluznante.

—No te metas, Cósono —le pidió Romano con demasiada dureza.

—Precisamente porque la quiero, estoy haciendo esto.

—¿Y desde cuándo el amor te vuelve tan cruel?

Me mofé de su actitud, aun sabiendo que no debía, porque llevaba toda la razón del mundo.

—Engancharse a una droga es una soberana gilipollez —y Blake era la mía. Si continuaba con ella, jamás tendría suficiente y eso nos perjudicaría a los dos—. No pensé que me creyeras tan iluso —ni tan idiota por haberle dado a alguien el poder de hacerme tan vulnerable.

Clavó un dedo en mi pecho, como lo había hecho su prima unos minutos antes.

—Si vuelves a hacerle daño —me dijo desafiante—, te enterraré.

Romano quiso frenarlo, pero su novio le dio un manotazo antes de volver a la habitación de Blake.

Mi cuñada apoyó una mano en mi espalda, deslizándola de arriba a abajo, en forma de consuelo.

—He visto lo que le ha hecho esa bala por mi culpa —confesé ante su contacto—. No puedo tenerla cerca, Julia.

—Ni lejos tampoco, cariño. ¿Por qué no te das cuenta?

Tenía que apartarla, porque estaba seguro de que podría perderme en ella y no ser capaz de volver, y no podía haber un momento peor para ello. Llegados a ese punto, haría lo que fuera necesario para protegerla.

Sí. No podría mantenerme lejos. Y no lo haría.

Había tomado la decisión correcta.

Estaba seguro.

Porque el dolor que sentía, bien me lo confirmaba.

¿Y qué pasaba cuando todo sonaba a despedida? ¿lo que decía? ¿lo que hacía? ¿incluso, lo que sentía?

Que había que volver a comenzar.

## Epílogo

*Esa misma noche.*

ÁLEX

Mis hermanos y yo fuimos a un colegio católico. Mi madre siempre fue muy creyente y quiso inculcarnos aquélla fe que tanta paz le daba. Fracasó. Pero sí hubo algo que se quedó conmigo con el paso de los años y que no sabía que era cierto... hasta ahora.

Fue Santa Teresa de Jesús quien dijo que hay que tener cuidado con lo uno desea, pues se derramarán más lágrimas por las plegarias atendidas, que por las no escuchadas.

No tuve duda de que el secreto tendría que haberse quedado enterrado dónde estaba, rodeado de recuerdos, rabia y dolor. Todo dolor, hasta el más punzante, hubiera sido mejor que lo que teníamos que enfrentar ahora.

Estábamos a punto de romper una parte de la familia, para salvar a la otra parte. Y no dejaba de pensar en qué mano podía cortarme que me doliera menos.

Pero la realidad se había impuesto y ya no podíamos negarla. Todo lo que habíamos dado por cierto, todo lo que creíamos saber, era mentira. La verdad había salido a la luz y siempre, sin importar lo que viniera después, había que afrontar las consecuencias.

Giovanna se merecía encontrar la paz, allí dónde estuviera.

Llamé al ahijado de mi padre. Al que había sido durante la infancia más que un hermano para nosotros, un segundo padre. Lo cogió al primer tono. Casi tenía la esperanza de que no hiciera.

—Álex, *cosa succede?*<sup>13</sup>

Suerte que con él no tenía que andarme con rodeos.

Sabía que no lo llamaría salvo que fuera importante. Las líneas no eran seguras para mantener conversaciones largas. Un mensaje, incluso una llamada de un minuto, lo podíamos cifrar o hacerlo ilocalizable, pero quería que escuchara mi voz, tanto como yo necesitaba oír la suya.

—Bella y tú tenéis que venir a Nueva York.

—¿Qué ha pasado?

—Os lo contaré cuando estéis aquí. Por ahora, baste decir que hemos encontrado al asesino de Giovanna.

Se hizo el silencio en la línea y esas seis palabras, tan escuetas como complejas, y tan difíciles de pronunciar, fueron suficientes para desencadenar la tormenta. Sin duda, lo peor estaba por venir, y no tardaría en encontrarnos.

## Contenido extra

### BASS

Si hablara de todo lo que Julia y yo habíamos vivido en estos casi dieciocho años que llevábamos juntos, daría para escribir un libro, una saga o, incluso, un decálogo de lo que no había que hacer si formabas parte de la mafia, pero de lo que seguro haría si quisiera conservar a alguien como ella a mi lado. El formato era lo de menos. A mí me encantaba relatarlo de cualquier forma.

Cuando nos conocimos, éramos niños. No contaba más de cinco años y tres palmos del suelo. Pero lo vi tan claro, que siempre creí que había sido una profecía.

Algo divino y asombroso me hizo entender que esa era la chica para mí, con la que debía compartir el resto de mi vida. Y no se equivocó, como no lo hice yo al ir a por ella.

Pero Julia era cabezota y una loca de cojones. Me desafió. Me dijo que era un niño, que la dejara en paz. Nos peleamos, mucho, y en muy poco tiempo. Me exasperaba y me desquiciaba como nadie. Y me enamoré aún más.

Quizá yo tampoco era ajeno a esa tozudez que nos envolvía, y suerte que no me dí por vencido, porque jamás me lo hubiera perdonado.

Ella, en su infinita testarudez, me confesó que sentía lo mismo por mí en cuanto me declaré, que fue una semana después. Y nunca volvimos a separarnos.

Entró en mi casa por la puerta grande. Mis padres la adoraban y, para mis hermanos, era una más. De hecho, llegó cuando a Romano solo le faltaba un mes para nacer, por lo que siempre había estado presente en su vida.

Pero sobre todo, fue un soplo de aire fresco para Alessio e Isabella, que la acogieron con los brazos abiertos, felices de poder centrarse en algo más que en ellos mismos o en su dolor. De apartar la pena y la congoja por todo lo que los rodeaba.

Ya hacía ocho años que sus padres habían muerto. Ocho años en los que habían pasado por todas las fases del duelo, pero no levantaban cabeza.

Alessio tenía ya diecisiete. Bella trece. Parecía increíble cómo pasaba el tiempo a su alrededor, cuándo para ellos se había detenido en aquella fatídica noche.

—¿En qué piensas, cariño? —Julia cogió mi mano, instándome a mirarla.

—Estaba recordando nuestra historia.

—¿Otra vez? Desde luego, debes quererme mucho —sonrió y, por primera vez en la vida, noté que no lo había hecho con ganas. La entendí perfectamente.

Pero la llegada de Julia no fue lo único nuevo en la familia. En Italia había una superstición que decía que, cuándo alguien nuevo entraba en tu vida para quedarse, otra persona tendría que marcharse.

Ese fue el año en que murió Gennaro.

El marido de tía Mérida no pertenecía a la mafia, pero sufrió las consecuencias de haberse emparentado con ella. Iban tras mi padre que, con esa supremacía tan inalcanzable que siempre lo

acompañaba, era muy difícil de liquidar. Por eso, volvieron a ir a por su mano derecha, igual que habían hecho con Fredric.

El bueno de Gennaro murió, dejando una desoladora incertidumbre a su paso. Nuestro primo Leo, no se lo creía. Tenía nueve años y apenas comenzaba a entender de qué iba el asunto. Tía Mérida lo soportó con una entereza, que cualquier persona admiraría. Y lo superamos... como pudimos.

La alegría que transmitía Julia, tan ajena a todo nuestro mundo, ayudó. Y yo, que ya apuntaba maneras, me volví igual que ella. Optimista, despreocupado, afable, pícaro... me encantaba encandilar, poner una sonrisa en la gente, disfrutar de la vida mientras durara.

Intenté transmitirles mi humor a Alessio y a Bella. Pero el aura negra que siempre les acompañaba, me lo impidió. Aunque yo nunca desistí en mi empeño.

Hasta que crecimos, y entendí que había cosas imposibles, por mucho que yo insistiera. Pero no se lo dije a nadie, solo a Julia.

¿Y qué me contestó? Lo que cabría esperar en una persona como ella. En alguien tan increíblemente auténtica y leal.

Me dijo: <<Cariño, tú no dejes de intentarlo. Verás como, al final, siempre hay una manera>>.

Así que le hice caso. Pocas personas había tan sabias como ella, con tan corta edad. Le tenía una fe absoluta. No podía equivocarse.

Seguimos creciendo y mi novia continuaba acompañándonos en el viaje. Sí, quizá se pueda intuir. Julia era fiel como nadie. Mi familia era la suya, y yo también adoraba a sus padres, aunque no quisieran tener nada que ver con la mafia. Jamás pude reprochárselo. ¿Exponerse de esa forma? Solo un loco lo haría. Eso, o que hubiera algo que te atara a ello y de lo que no podías escapar.

Ambas circunstancias, eran mi caso.

Y parecía que mi optimismo daba sus frutos, pues la amiga de Bella, la que la hizo sonreír de nuevo cuando tan insoportable se tornaba, fue también la que alegró la vida de Alessio.

Giovanna Beligio. Un regalo de Dios.

Por eso debía ser que el Todo Poderoso decidió llevársela tan pronto. Porque era muy valiosa.

Recordaba perfectamente el día de su boda. Mi hermano postizo, tan serio, educado, meticuloso y estricto, se deshizo en caricias cuando la tuvo delante. Joder, fui tan feliz por verlo reír a carcajadas, parecía tan inocente y joven, sin un atisbo de todo lo que había sufrido en su rostro...

Y Bella. Mierda. Estaba preciosa, exultante, emocionada. Su cabello rubio la hacía destacar por encima de todos, a la par que la novia, tan similar a ella en aspecto.

Eran almas gemelas.

La primera vez que Giovanna vino a casa, con tan solo diez años, Bella les dijo a mis padres que traía a su hermana buena, porque ella era la malvada. Habría que imaginarse el carácter que tenía...

Álex, Roma y yo, lo habíamos soportado durante toda nuestra vida. Pero nunca pudimos dejar de adorarla. Cualquiera que la conociera en realidad lo haría, aunque su lado cariñoso solo salía a la luz con la familia. Con nosotros.

Fue mi consejera en más de una ocasión, cuando la cagaba estrepitosamente con Julia. Ella siempre me decía: <<Enano, ¡ni se te ocurra perderla!>>. Y yo, por supuesto, acataba. Porque mi novia era única. Y yo podía ser impulsivo y un poco gilipollas, pero no hasta ese punto.

Por eso, cuando tuvimos que venirnos a Nueva York, le pedí que lo hiciera conmigo. Pero mi padre, con su inmensa autoridad, decidió que Julia era perfecta para encargarse de ocultar o cerrar nuestros negocios en Roma. Y de nuevo, acaté con una sonrisa. No podía desmentirlo, porque era así. Mi novia estudiaba derecho, sabía lo que hacía, y no estaba emparentada con los Cabante.

Además, ella aceptó, por lo que no me quedó otra opción que estar de acuerdo y esperar junto al teléfono cada noticia que Leo me daba sobre ella, enfundado en esa forma de ser tan optimista, que siempre me había servido de escudo.

Y no es que estuviera fingiendo, ya la había asumido como un talento natural. Sin embargo, no podía llamar a Julia y contarle cómo me estaba sintiendo. Cuánto la echaba de menos. Y tampoco podía hablarlo con mis hermanos porque, si no hubiera adoptado esa actitud, si me hubiera venido abajo, ¿habría podido permitirse Álex ser tan distante y serio? ¿hubiera podido Romano ser tan descuidado? Y la vida siguió su curso, casi sin proponérmelo, hasta que Leo me dijo que la habían amenazado y me faltó tiempo para correr en su busca.

Cuándo la tuve entre mis brazos, todo mi jodido mundo vio la luz de nuevo. Por eso, no lo dudé. En cuánto la traje a Estados Unidos, le pedí que se casara conmigo.

No fue bonito, ni romántico. No puse velas, ni preparé nada especial. Simplemente, le hablé del día en que nos conocimos. Una historia que contábamos varias veces al año a quién quisiera escucharla. Sí, así éramos.

Le dije que seguía amándola igual que ese día, quizá más, y que no concebía que me dijera que no. Así que la insté a decirme que sí, para pasar a la acción y celebrarlo.

Alzó las cejas, con una sonrisa evidente en su rostro, esa que pocas veces podía contener, porque no estaba en su naturaleza el exhibir una pose de seriedad.

Me contestó que, si era lo suficientemente listo, si la conocía tan bien como presumía hacerlo, ya sabía la respuesta.

¿Sí? Le pregunté como un loco, cogiéndola en volandas.

<<No te permito que lo dudes>>, me dijo, recibíendome en su boca. <<¿Por qué has tardado tanto?>>, preguntó, correspondiéndome a un beso que todavía no había terminado... un beso que se convertiría en leyenda.

Y la verdad era que, después de todo lo ocurrido, ni siquiera me lo había podido plantear antes.

Éramos unos críos que habían crecido demasiado rápido, sin disfrutar del presente. Siempre intrigando, consolando a alguien, siendo optimistas, cuando los demás no sabían serlo. Poniendo buena cara y tragándonos los sentimientos, que solo compartíamos entre nosotros. Habíamos madurado demasiado pronto y todavía nos quedaba mucho que afrontar. Suerte que lo hacíamos juntos, porque de no ser así, no habría encontrado la manera.

También recordaba el día en que me enteré de la relación entre Bella y Xesco, porque fue el día en que Giovanna murió. Tenía ese recuerdo tan vívido en mi cabeza que, aún hoy, podía recrearlo a la perfección. Y no era solo que salieran juntos. No. Se habían casado en secreto, lejos de mis padres, de Alessio, de mi familia, y muy lejos de mí. Pero no pude odiarla, porque entendí lo distorsionada que podía verse la vida, con ese amor tan tóxico que Xesco le daba.

Recordé el entierro de Giovanna y cómo Bella puso una mano en el hombro de Alessio, mientras envolvía a Dani en un abrazo, protegiéndola contra su regazo. Pensé que, la carga que estaban soportando, era indescriptible. Joder, cómo recordaba ese día y cuánto desearía poder olvidarlo.

Tuve la certeza de que Daniela había venido al mundo para que ellos tuvieran un motivo para

continuar respirando. Esa niña tenía una sensibilidad fuera de lo normal. Esperaba que lo que había visto, con tan solo cuatro años de edad, no le pasara factura.

Putos Léoni. Y ahora nos enterábamos de que no fueron ellos quienes mataron a la mujer de Alessio. Que había sido un encargo del Collati. Esa idea era inconcebible.

—Creo que deberías hablar con Bella —me dijo Julia.

—Lo sé —suspiré aletargado.

—Que lo retrases, no lo hará más fácil, cariño.

Oí a mi hermano postizo a través de la línea. Álex lo había llamado para pedirle que vinieran. Alessio no se inmutó cuándo escuchó aquello, pero Bella sí lo haría. Y quería ser yo quién contuviera su ansia. Marqué su número en mi teléfono, con el estómago encogido.

—¡Enano! —contestó con una alegría que le duró muy poco.

—Bella —dije trémulo—, Álex está hablando con tu hermano, tenéis que venir a Nueva York.

—¿Estáis bien? ¿qué ha ocurrido?

—Es grave... —hice una pausa. No sabía cómo soltarlo sin hacerle daño de nuevo—. No quiero decirlo en voz alta porque, si lo digo, será real.

—Vivimos con una puta pistola en la cabeza, contando los minutos. ¿Crees que lo digas podrá sorprenderme? —el tono de su voz cambió, helándome la sangre. Ahí estaba la Isabella de siempre. La fría. La malvada.

—Se trata de Giovanna... Joder, es una locura.

—Y si no me entero por ti, jamás te lo perdonaría y lo sabes. Por eso me has llamado.

Sí, por eso me obligué a continuar.

—No la asesinaron los Léoni...

Relaté la historia, lo que nos había ocurrido, y ni mis tintes de humor consiguieron atenuar las palabras pronunciadas. Esto era demasiado grande como para asumirlo en unos minutos. Quizá, siquiera, en toda una vida.

Alguien en quién confiábamos nos había traicionado. Y no sabía si esta vez seríamos capaces de superarlo. Aunque yo nunca iba a dejar de buscar la manera.

No lloró. No era su estilo. Pero la rabia sí hizo su aparición. Alzó la voz. Se cagó en todo. Intenté calmarla como pude, creí incluso haber soltado alguna risita nerviosa sin pretenderlo. Amenazó a todo bicho viviente, hasta el punto de hacerse casi imposible contener su ira. Pero yo seguí intentándolo. Aún lo hago.

# **LAS DIEZ FAMILIAS**

## **Familia Marconi: Manhattan**

Florenzza Bonetti

Annetta Spígola y Doménico

Lena De Lucchi y Roberto

Bianca y Agostino

Blake

Giordano Cósomo

## **Familia Cabante**

Alessio y Fiona Stanti

Mérida (Alfredo Collati)

Alessandro

Sebastian (Julia)

Romano

Leo (Livia)

**Familia Gulio: Staten Island**

Ignato

Sylvana y Noah

Fiorella (Carrick)

**Familia Lorenzo: Queens**

Micaelo y ~~Petra Léoni~~

Salvatore y Graziella

Lucrezia Martia ~~Vera~~

**Familia Inchenza: Bronx**

Palmiro y Rosetta

Matteo   Elio   Fredo

**Familia Ricco: Brooklyn**

Luciano y Kinsley

John   Searlett

### **Familia Spígola: Sicilia**

Hemelda y Edgar      ~~Lucho~~      Anneta

Marco      Vincenzo      Antonello (Renata)

### **Familia Léoni: Roma**

~~Santos~~ y Marieta      ~~Ricardo~~ y Estefanía      Petra

Xesco      ~~Vitorio~~      Marcello

**Familia Escalante**

Fredrie y Sofia

Alessio (~~Giovanna~~)

Isabella (Xesco)

Daniela

**Familia Belgio**

Romeo y Teresa

~~Giovanna~~ (Alessio)

Livia (Leo)

Daniela

## Notas

1. Periodistas.
2. Internet profunda. Se denomina así porque está compuesta por todo aquel contenido de Internet que, por diversos motivos, no está indexado por motores de búsqueda.
3. Excursión. Blake se refiere a hacer de guía.
4. El jefe de todos los jefes.
5. Mi hijo mayor.
6. Amor mío.
7. Está bien.
8. Buenos días.
9. Lo hablo perfectamente, pero nací en América y mis padres pensaron que era original.
10. Buenos días, señora. Encantado.
11. Los cannoli son los dulces más conocidos de Sicilia, difundidos por todo el territorio nacional.
12. La Ley del Silencio. Es el código de honor siciliano que prohíbe informar sobre las actividades delictivas consideradas asuntos que incumben a las personas implicadas.
13. ¿Qué ocurre?

## Agradecimientos

Este libro ha nacido en una época convulsa y, curiosamente, es lo que me ha permitido escribirlo. No deja de maravillarme cómo se alía el destino con el tiempo, haciendo que cada cosa ocupe su lugar.

Tengo que dar las gracias a todas las personas que han apoyado mis libros, como lo haría una mejor amiga. Con consejos, ánimos, nervios, emoción e ilusión.

Así que, aquí van algunas menciones especiales:

Gracias **@ladyromanticbook, Irene Bueno**, por haber querido formar parte de este libro desde el inicio. Tus palabras, tu sabiduría lectora y las horas de charlas interminables, han sido claves para mí. Álex y Blake en su tarde de bodas y el extra de Bass, son para ti. Gracias por haber sido mi lectora cero y una compañera inmejorable para este viaje. Espero seguir contando contigo en la próxima aventura y siempre.

Gracias **@leerleerymasleer, Olivia. @yoleoromantica, Lorena. Y @mystorycloud, Marilu**, por vuestro apoyo constante en cada cosa que hago y vuestros comentarios e ideas para que los libros lleguen a más personas. Me encanta compartir lecturas con vosotras y nuestros ratitos intercambiando opiniones sobre ellas. Es una alegría llevaros en mi teléfono, a solo un click de distancia.

Gracias **@mil\_libros\_con\_té, Diana**, por haber compartido conmigo tus opiniones y esas estupendas reseñas. Sé que este mes es muy especial para ti. Te deseo toda la felicidad del mundo en esa aventura en la que te embarcas.

Gracias **@ratita\_entre\_libros, Lucía**, por tus increíbles reseñas. Eres maravillosa.

Gracias **@laivetobooks, Laura**, por tus comentarios sobre Realidad y Superstición, las correcciones y el tiempo que les has dedicado tan desinteresadamente. Cuando leas esto, allá por Leyenda... espero que haya merecido la pena.

Gracias **@fantasticomundodelibros, Paola y @lectuarentena, Marta**, por el tiempo que me habéis dedicado. Vuestras opiniones y comentarios han sido de mucha ayuda.

Y un **GRAN GRACIAS**, a mi **FAMILIA**. A mis padres y a mi hermano, sin los que yo no sería yo, en ningún sentido. Vosotros sois los que inspiráis el aroma a familia que se respira en estos libros. Poco hay que pueda deciros, para tanto como hacéis por mí siempre.

¡Espero no olvidarme de nadie! Si es así, me lo perdonáis, por favor :D

Y a ti, que estás leyendo esto. **MUCHAS GRACIAS**. Espero verte en el siguiente libro, en redes, o dónde la vida nos lleve.

Con todo mi cariño,  
Raquel.



La historia continúa en... Leyenda: la Mafia soy yo.

¡Os espero!



Y si os ha gustado,

os invito a leer otras de mis historias en Amazon.

## Sobre la autora

¡Qué ilusión me hace que estés aquí!

Imagino que si has aterrizado en esta página, es porque has leído el libro. Lo primero, ¡espero que te haya gustado! ¡me encantaría saber tu opinión!

Ahora, me gustaría contarte algo sobre mí, por si tienes curiosidad por saber quién ha escrito esta mafiosa locura... :)

Estudié derecho hace muchos, muchos años. Aunque no soy tan mayor, tengo treinta y dos, pero ya te habrás dado cuenta de que el tiempo pasa realmente rápido.

Mi verdadera vocación siempre ha sido escribir y llega un momento en que hay que plantearse dejar de construir los sueños de los demás para perseguir los tuyos propios. Eso hice.

Mis tres primeras novelas: Haz que cuente, Bendita locura y Realidad: la Mafia es tu vida, las publiqué en 2017 bajo el seudónimo de Eva del Río.

Aunque Eva me acompañará siempre, os podéis imaginar lo feliz que hace haberlas publicado con mi nombre real, ¡por fin!

Este mismo año, 2020, he escrito Te lo concedo (la tercera parte de Haz que cuente), Superstición: el poder de la Mafia (la segunda parte de la saga Mafia) y Profecía: la Mafia es solo el comienzo, que es el que tienes ahora entre las manos.

¡Y hay más en proyecto! Tengo muchas vidas dando vueltas en mi mente, esperando el momento perfecto para hacer su aparición...

En poesía y narrativa teatralizada, he publicado Impronta y Dónde está la salida.

Podéis encontrarme en redes y comentar lo que queráis. ¡Me encanta hablar sobre libros! Míos o no. Soy una lectora bastante intensa.

Os las dejo, por si queréis pasaros:

Instagram: @missattard

Facebook: RaquelAttardAutora

Goodreads: raquelattard

Pinterest: RaquelAttardAutora

Mi web: raquelattard.com

Siempre digo que vivir tantas vidas, a través de cada personaje, es un lujo que solo el lector se puede permitir. Pero tener el placer de crearlas y verlas volar, es la gran suerte del escritor. Gracias por acompañarme en cada aventura.



# ÍNDICE

[Sinopsis](#)

[Copyright](#)

[Nota de autora](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1. Profecía](#)

[Capítulo 2. La función debe continuar](#)

[Capítulo 3. Un puto kamikaze](#)

[Capítulo 4. Algunas verdades a medias](#)

[Capítulo 5. Una menos](#)

[Capítulo 6. La estrategia](#)

[Capítulo 7. La proposición \*indecente\*](#)

[Capítulo 8. La \*carta\* sobre la mesa](#)

[Capítulo 9. El traidor](#)

[Capítulo 10. Confesión](#)

[Capítulo 11. Pistas](#)

[Capítulo 12. Libertad](#)

[Capítulo 13. Mi adicción](#)

[Capítulo 14. Toda la verdad... de las mentiras](#)

[Capítulo 15. Despedida](#)

[Capítulo 16. La boda](#)

[Capítulo 17. Sí, quiero](#)

[Capítulo 18. Inolvidable](#)

[Capítulo 19. Cuentas pendientes](#)

[Capítulo 20. Emboscada](#)

[Capítulo 21. Final inesperado](#)

[Epílogo](#)

[Contenido extra](#)

[LAS DIEZ FAMILIAS](#)

[Notas](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)